

FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA
ESCUELA DE POSGRADO



LA LITURGIA FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Una espiritualidad litúrgica a partir de la enseñanza de la
Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada
liturgia

(Tesis para optar el grado de Maestro en Sagrada Teología con mención
en Teología Dogmática)

Presentado por: RUTH BEATRIZ FLORES JIMÉNEZ

Asesor: PBRO. DR. PEDRO HIDALGO DÍAZ

Lima-Perú

2022

0.3%

Fecha: 2023-01-18 11:25 PET

* Todas las fuentes 100 | Fuentes de internet 36 | Documentos propios 7

<input checked="" type="checkbox"/>	[0]	ebin.pub/enciclopedia-de-la-eucaristaa.html	0.0%	421 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[1]	pdfcookie.com/documents/62561188-celam-la-celebracion-del-misterio-pascual-wrvr68m8eevo	0.1%	379 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[2]	dokumen.pub/download/la-liturgia-en-la-vida-de-la-iglesia-culto-y-celebracion.html	0.1%	379 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[3]	archive.org/stream/comentariosbiblicosehomileticos/104546119-Vaticano-II-Comentario-a-La-Constitucion-Sobre-Liturgia_djvu.txt	0.1%	364 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[4]	institutovallarta.files.wordpress.com/2015/02/los-sacramentos-borobio-dionisio.pdf	0.1%	311 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[5]	www.mercaba.org/Libros/lopez martin, julian - la liturgia de la iglesia.pdf	0.0%	356 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[6]	ebin.pub/la-liturgia-de-la-iglesia.html	0.0%	357 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[7]	pdfcoffee.com/borobio-dionisio-los-sacramentos-2-pdf-free.html	0.0%	263 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[8]	www.mercaba.org/Libros/borobio, dionisio - eucaristia.pdf	0.0%	262 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[9]	repository.upb.edu.co/bitstream/handle/20.500.11912/1906/TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y	0.0%	273 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[10]	nanopdf.com/download/espiritualidad-liturgica-el-evangelizador-de-santa-maria-reina_pdf	0.0%	203 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[11]	www.mercaba.org/Libros/ofatibia, ignacio - bautismo y confirmacion.pdf	0.0%	182 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[15]	"K Berckholtz - Tesis doctoral - Conciencia de la Iglesia.pdf" fechado del 2019-11-20	0.0%	144 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[16]	www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_25031992_pastores-dabo-vobis.html	0.0%	140 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[17]	www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/apost_exhortations/documents/hf_ben-xvi_exh_20100930_verbum-domini.html	0.0%	149 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[18]	"LEA, JUAN DE DIOS.pdf" fechado del 2021-05-28	0.0%	147 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[21]	www.xs4all.nl/~trinidad/liturgia.html	0.0%	128 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[24]	"Chico, Armando.pdf" fechado del 2019-12-05	0.0%	111 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[25]	www.es.catholic.net/catholic_db/archivosWord_db/16429144-sintesis-de-la-espiritualidad-catolica-1.pdf	0.1%	101 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[26]	matematicas.unex.es/~navarro/gregoriano/righetti1.htm	0.0%	111 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[27]	www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_25031996_vita-consecrata.html	0.0%	108 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[28]	mercaba.org/LITURGIA/NDL/E/espiritualidad_liturgica.htm	0.0%	107 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[33]	www.biblia.work/diccionarios/espiritualidad-liturgica/	0.0%	90 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[36]	www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosanctum-concilium_sp.html	0.0%	77 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[37]	www.sanvicenteferrer.org.mx/pdf/biblioteca/Sacrosanctum-Concilium.pdf	0.0%	76 resultados
<input checked="" type="checkbox"/>	[41]	pdfcoffee.com/67-cirilo-de-jerusalen-catequesis-2-pdf-free.html		

DEDICATORIA

A Lydia Jiménez, Directora del I.S. Cruzadas de Santa María, por su maternal impulso para el desarrollo de los estudios teológicos, valorados siempre a la luz de la Mayor Gloria de Dios y servicio de la Iglesia.

A los jóvenes, que son el impulso para la vivencia de una vida entrega en el mundo y en el estudio, especialmente por aquellos que Dios me ha permitido encontrarme en el camino personalmente.

AGRADECIMIENTO

Mi agradecimiento especial por el empuje significativo que han dado para el desarrollo de este trabajo de investigación a las Cruzadas de Santa María, mi familia espiritual.

También a los docentes que me permitieron adentrarme en los estudios teológicos por su ejemplo de entrega al quehacer teológico.

INTRODUCCIÓN

El hombre es un buscador de infinito y la dimensión espiritual no puede estar ausente de su desarrollo personal. En la época actual, se presentan múltiples opciones que intentan llenar el sentido de trascendencia. Muchas de las experiencias «espirituales» que el hombre contemporáneo puede vivir no son claras en su expresión. Otras le encierran en un mero inmanentismo. Con capa de espiritualidad se presentan diversas «prácticas religiosas» en las que no siempre el espíritu humano y su relación con Dios, que es quien da vida a ese espíritu, se toma en consideración¹. El hombre termina encerrado en sí mismo, en la búsqueda de una auto felicidad, en un estado de bienestar apático o centrado en su capacidad de tener y poder como medio de autorrealización, entonces «cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien»². En general podemos notar en «la proliferación de nuevos movimientos religiosos, algunos tendientes al fundamentalismo y otros que parecen proponer una espiritualidad sin Dios»³. Parecería que esto solo afecta a los no creyentes, sin embargo, muchos católicos corren también el riesgo de serlo solo de nombre o de poseer una pseudo espiritualidad centrada en sí mismos o en elementos que no dan plenitud a sus vidas⁴ porque no se nutren de la verdadera fuente: Dios uno y trino.

¹ Cf. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Jesucristo portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la "Nueva Era"*, 03.II.2003.

² FRANCISCO, *Exhort. Apost. Evangelii Gaudium*, n.2.

³ *Ibid.*, n.63. Véase también: FRANCISCO, *Exhort. Apost. Christus vivit*, n.184.

⁴ Cf. FRANCISCO, *Exhort. Apost. Evangelii Gaudium*, n.2, 6; ID., *Exhort. Apost. Gaudete et exsultate*, n.36-62.

Debido a todo ello, hoy parece haber una renovada necesidad de verdadera espiritualidad que logre satisfacer lo profundo del corazón del hombre pues la sed de Dios sólo es posible satisfacerla con Él mismo⁵, así la vida espiritual sólo puede ser entendida a cabalidad como vida según el Espíritu Santo, vida de la persona que se deja conducir hacia su santificación, respondiendo a la vocación dada por Dios «sed santos, como Yo soy santo» (Lv 19,2). En este sentido la Iglesia, colaboradora en la acción salvadora por designio del Dios hecho hombre, en su liturgia nutre dicha vida espiritual, puesto que en ella Jesucristo ejercita su sacerdocio transformando al fiel a semejanza de Dios, es decir santificándolo, y de este modo el hombre, siempre en comunión con Él, puede «adorar en espíritu y verdad» (Jn 4,24)⁶.

Esta vinculación entre liturgia y espiritualidad no siempre ha sido notoria, pues en la vida eclesial se han presentado periodos en los cuales se malentendió la liturgia, entendiéndola solo como un conjunto de normas o rúbricas que el sacerdote debía seguir para una adecuada celebración, convirtiéndose en algo totalmente externo o decorativo para los fieles. En otros momentos, la liturgia no fue sino un conjunto de prácticas de piedad que se debían realizar, al igual que otras de diversa índole, sólo en ciertos momentos de la vida para obtener gracias específicas.

Estas consideraciones fueron renovadas a partir del Concilio Vaticano II que mediante la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963) desarrolló una visión teológica de la liturgia, presentándola como «acción sagrada por excelencia, cuya eficacia [...] no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia»⁷, ya que de ella «mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios»⁸.

Han pasado casi 60 años desde la promulgación de este documento y los intentos por poner en obras sus postulados han sido muchos y diversos. Aunque la visión meramente jurídica o estética de la liturgia ha menguado, sobre todo en los ámbitos teológicos, en la labor pastoral se puede constatar que para los fieles jóvenes y laicos, en su mayoría, las celebraciones litúrgicas son consideradas principalmente bajo el aspecto de ceremonias protocolares muy bien cuidadas pero cuyo contenido esencial termina siendo soslayado, ya que no causan mayor efecto en su vida espiritual que el de una adecuada función bien realizada o se convierten sólo en un acontecimiento más de la vida cristiana que se debe cumplir (esto se evidencia, por ejemplo, en la participación de la

⁵ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n.27.

⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.7.

⁷ *Ibid.*, n.7.

⁸ *Ibid.*, n.10.

INTRODUCCIÓN

Eucaristía), sin hacer referencia a la radicalidad de su relación con Dios, de la acción del Espíritu Santo en el hombre, que es la raíz de la espiritualidad cristiana. Incluso en el contacto con miembros de institutos de vida consagrada se puede ver que se acentúan diversos aspectos de la vida cristiana para establecer la relación del creyente con Dios, pero no encuentran en la liturgia la fuente del dinamismo de su propia vida espiritual.

Esta realidad plantea la necesidad de desarrollar el vínculo de la liturgia con la espiritualidad de los creyentes, la cual quedó planteada en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* al señalar que la liturgia «es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano»⁹, siendo éste el interés del presente escrito.

De este modo, partiendo de lo expresado en este numeral, cabe preguntarse ¿Qué referencias se pueden encontrar en las Sagradas Escrituras y la Tradición de la Iglesia para entender la liturgia, la espiritualidad y la relación entre ambas? ¿Qué datos nos presenta la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia y su relación con la espiritualidad? ¿Cuál es la espiritualidad que brota de la liturgia de la Iglesia? ¿Cómo se nutre la espiritualidad cristiana desde la liturgia? Estas preguntas marcan el itinerario de esta investigación que queda estructurada en tres capítulos.

Desde los datos sobre espiritualidad litúrgica que se pueden hallar en la Revelación (capítulo primero) se recoge las concepciones que el pueblo de Israel desarrolló con respecto al culto sagrado en el Antiguo Testamento, las que fueron perfeccionadas con la revelación de Cristo, y desde el Nuevo Testamento se acentúan las referencias del culto espiritual que constituye a los creyentes en verdaderos adoradores. Junto a ello la Tradición de la Iglesia muestra que el desarrollo del culto cristiano iba acompañado de la búsqueda del desarrollo espiritual de los fieles, de ello dan evidencia las formulaciones de los Padres de la Iglesia desde los inicios y presentan un mayor desarrollo en las catequesis mistagógicas que elaboran. Aunque posteriormente se halle un periodo de disociación entre la liturgia y la espiritualidad de los fieles, será el aporte de los teólogos en el Movimiento litúrgico el que suscitará nuevamente el interés por esta vinculación. El Magisterio de la Iglesia, entrado ya el siglo XX, colocará el acento en la liturgia y la relación de ésta con la espiritualidad del cristiano mediante documentos como el *Motu proprio Tra le sollecitudini* de Pio X, la Encíclica *Mediator Dei* y el Decreto *Maxima redemptionis nostrae mysteria* de Pio XII, y la doctrina desarrollada posconcilio en el pontificado de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. A ello se puede sumar el contenido del Catecismo de la

⁹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.14.

Iglesia Católica (1992) que respalda la necesaria fuente de la liturgia para la vida espiritual de los cristianos.

El capítulo segundo trata el panorama de la liturgia desde la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, allí se presenta a la liturgia desde su relación con el misterio de Dios, orientada al Padre, por medio de Jesucristo, junto con la acción del Espíritu Santo, enmarcándola así en el horizonte de la historia de la salvación, para definirla como acción sacerdotal de Cristo y actualización del misterio pascual. Se muestra, entonces, la liturgia como fuente primaria y necesaria de espiritualidad cristiana para todos los creyentes, desde la participación activa de los fieles en ella, que tiene su raíz en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados.

Posteriormente, se presenta el desarrollo teológico de la liturgia como fuente de espiritualidad (capítulo tercero) entendiendo que ésta última es la vida del cristiano que se deja conducir por el Espíritu Santo, quien obra en el fiel para su santificación, que fue obtenida mediante la Pascua de Cristo y que favorece la vivencia de la filiación divina, reflejándose esa acción divina en el estilo de vida cristiana que se adopta, con un espíritu misionero y contribuyendo a dar el sentido cristiano a las realidades temporales. De este modo el desarrollo de una espiritualidad litúrgica consiste en la disposición necesaria de todo cristiano para la vivencia en el Espíritu a partir de las notas propias de la liturgia, que conlleva a una prolongación del misterio celebrado en la vida concreta del cristiano haciendo de la misma un culto de grato olor a Dios. En consecuencia, se presentan algunos aspectos en los que la liturgia nutre la espiritualidad de todo fiel, como son: la consideración de la filiación divina desde la vivencia litúrgica; el despliegue del espíritu evangelizador propio de todo cristiano que da testimonio primero con su vida y también con la palabra en su quehacer apostólico; la más genuina comunión en la Iglesia que brota de la acción de Dios y que conlleva al servicio entre los hermanos; el incentivo de la relación personal con Dios (de lo que trata la oración), conjugando la oración personal y comunitaria en la Iglesia; y la contribución para que los fieles puedan santificar el tiempo y santificarse en todo tiempo.

Posteriormente se trata de la liturgia como la base sólida y objetiva para una genuina espiritualidad cristiana, por lo que la espiritualidad litúrgica no es una vía optativa para los fieles. Sumado a ello se ha de considerar que la vivencia de la espiritualidad litúrgica no sólo abarca la participación plena de la celebración sino que comprende momentos de preparación y disposición para la misma, así como una prolongación cierta en la vida del creyente hasta hacer de ella un culto espiritual¹⁰. Se

¹⁰ Cf. Rm 12,1-2.

INTRODUCCIÓN

trata de una correspondencia entre liturgia y vida, tal como lo señala el Papa Francisco:

«La constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* define la liturgia como “la primera y más necesaria fuente en la que los fieles beben el espíritu verdaderamente cristiano” (n. 14). Esto significa reafirmar el vínculo esencial que une la vida del discípulo de Jesús y el culto litúrgico. Esto no es ante todo una doctrina que se debe comprender, o un rito que hay que cumplir; es naturalmente también esto pero de otra forma, es esencialmente distinto: es una fuente de vida y de luz para nuestro camino de fe.

Por lo tanto, la Iglesia nos llama a tener y promover una vida litúrgica auténtica, a fin de que pueda haber sintonía entre lo que la liturgia celebra y lo que nosotros vivimos en nuestra existencia. Se trata de expresar en la vida lo que hemos recibido mediante la fe y lo que hemos celebrado (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10).»¹¹

En breve, todo este recorrido permite mostrar que la liturgia, tal como es enseñada a partir de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* es la primaria, necesaria y más importante fuente para la espiritualidad de todo cristiano.

¹¹ FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa del III Domingo de Cuaresma*, Parroquia romana de Todos los santos, 7.III.2015.

CAPÍTULO I

DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

En este primer capítulo intentaremos presentar un esbozo de las bases que se pueden hallar en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; en la Tradición de la Iglesia, sobre todo en el estudio de los Padres de la Iglesia; y en algunos aportes del Magisterio de la Iglesia en los siglos más recientes, que nos permitan poder comprender cómo la liturgia se constituye en fuente de la vida espiritual para los creyentes o, dicho de otro modo, cómo se ha desarrollado una espiritualidad litúrgica.

1. Datos de la Sagrada Escritura respecto de la liturgia y espiritualidad

La concepción de liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo por medio de signos sensibles que significan y realizan la santificación de los hombres y permiten rendirle el culto íntegro a Dios¹, es la que se puede relacionar con una auténtica espiritualidad, entendiendo ésta como el modo de ser y vivir según el Espíritu orientado hacia la búsqueda de la santidad en la identificación con Cristo acorde con la voluntad de Dios Padre. La comprensión de la liturgia, así entendida, ha ido fraguándose a lo largo de la historia de la Iglesia; pero algunos de sus rasgos esenciales los podemos encontrar ya en la comprensión del culto en los textos bíblicos entendidos como expresión de la Revelación divina.

Si partimos del término *leitourghia* (λειτουργία) y sus derivados, éstos serán introducidos en la versión de la Biblia de los LXX, con un sentido esencialmente religioso queriendo expresar la acción cultual o servicio

¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.7.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

del pueblo hacia Dios². En el Antiguo Testamento hacen referencia al oficio que los sacerdotes y levitas realizaban en nombre y en favor del pueblo elegido (Nm 4,33); además de este sentido, en el Nuevo Testamento se usará para hacer referencia al ministerio cultural de Cristo (Hb 8,1-2), el culto de la comunidad cristiana (Hch 13,2) y las obras de caridad (Flp 2,29-30).

Partiendo de estas consideraciones, más que una revisión exegética exhaustiva, en esta parte de la investigación se pretende presentar la comprensión del culto que se halla en la revelación bíblica, resaltando cómo ella configura la espiritualidad en el creyente.

Considerando que la revelación divina se da en la unidad de ambos testamentos en la Sagrada Escritura y que «el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo y el Antiguo está patente en el Nuevo»³, la concepción del culto en el Antiguo Testamento será la preparación donde se reconocerán las notas que Jesucristo llevará a su plenitud en el Nuevo Testamento, mostrando el sentido de una liturgia vivida en espíritu y verdad. La relación de ambos testamentos es, este punto, de una continuidad y novedad.

1.1 *Datos en el Antiguo Testamento*

En referencia a la consideración del culto en la historia del pueblo de Israel que es narrada en el Antiguo Testamento se debe tener como referencia clave el acontecimiento del éxodo. El éxodo no es sólo un acontecimiento que ocurrió una vez en la historia, sino que toma carácter de memorial por el cual el acontecimiento pasado se evoca, celebrándolo en el presente y frente a él se despliega una perspectiva de futuro y esperanza⁴.

A través de esta experiencia Israel se comprenderá cada vez más como el pueblo de Dios, depositario de su alianza, siendo «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19,5-6). En este sentido, su culto toma valor en tanto es expresión de la fe individual y comunitaria, siendo ligado a la consideración de las maravillas que Dios ha hecho con su pueblo, interpretando a la luz de Dios su propia historia.

En el libro del Éxodo la salida del pueblo israelita del dominio del faraón de Egipto hacia la tierra prometida, tiene una dimensión más allá de sólo una liberación política. En la interpretación de Ratzinger el pueblo de Israel sale de Egipto para dar culto a Dios⁵. El faraón intentó negociar

² M. RIGUETTI, *Historia de la liturgia*, 8.

³ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Dei Verbum*, n.16.

⁴ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 55-56.

⁵ Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, 38.

políticamente este hecho, pero no fue posible, porque es Dios mismo quien le va a mostrar a Israel cómo quiere que se le rinda culto. En el desierto Dios hablará a su pueblo mediante el Decálogo (Ex 20,1-17) y ofreciéndole su Alianza (Ex 24).

Con ello vemos que Dios llama a su pueblo escogido a rendirle culto, esperando la respuesta del mismo, pero esta respuesta no se basa sólo en un conjunto de acciones rituales que intenten agradarle, como lo hacían las culturas paganas; sino que pide un culto verdadero que abarque toda la existencia. La adoración que pide Yahvé está conformada por los actos culturales a los que debe acompañar una vida conforme a la voluntad de Dios; así la verdadera adoración es la vida del hombre que se ha dejado configurar por Él. Ratzinger explicando este punto refiere que:

El “culto” considerado en toda su amplitud y profundidad, va más allá de la acción litúrgica. Abarca, en última instancia, el orden de toda la vida humana en el sentido de las palabras de Ireneo: el hombre se convierte en glorificación de Dios, y queda, por así decirlo, iluminado por la mirada que Dios pone en él: esto es el culto.⁶

El verdadero culto supone siempre la iniciativa de Dios que muestra cómo podemos adorarle, por ello la liturgia verdadera no parte de la propia creatividad humana, sino que es vivencia de la llamada primera de Yahvé para con su pueblo. Implica siempre el reconocimiento de esta primacía de Dios sobre el hombre. Cuando el hombre se olvida de que es él quien debe subir hasta Dios y pretende abajarlo cae en la idolatría, tal como le sucedió al pueblo de Israel cuando adoró al becerro de oro a los pies del Sinaí (Ex 32), según la interpretación de este suceso que hace Ratzinger⁷, aparentemente era un acto de adoración, pero en realidad era una fiesta donde la propia comunidad se afirma a sí misma, por ello se convierte en un culto arbitrario y egoísta, dejando de ser un encuentro con Dios vivo⁸.

La escucha atenta a la palabra de Dios por parte del pueblo escogido, implica la realización de un culto integral de la propia existencia, tal como Yahvé lo ha trazado; por ejemplo, en Dt 10,12-13 se le pide un amor total y exclusivo junto con la vivencia de sus mandamientos. Para la vida del

⁶ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, 41.

⁷ Cf. *Ibid.*, 43.

⁸ Cabe señalar que la liturgia presenta una dimensión festiva en tanto que es celebración de los misterios de la fe, se trata de entender la liturgia como una fiesta memorial donde se celebra la acción de Dios en favor de los hombres. Debido a la breve extensión de nuestro estudio centrado en la relación entre la liturgia y espiritualidad no se ahondará explícitamente este tema, para el cual se puede revisar entre otros: RATZINGER, J., *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*, Desclée de Brouwer 1999³; CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA, *La liturgia es una fiesta*. Cuadernos Phase 27, Barcelona 1991.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

pueblo de Israel es clave la unidad consecutiva entre el encuentro con Yahvé liberador en la historia, la celebración de estas acciones en el culto, y la respuesta coherente a la fidelidad de la alianza. La conjunción de estas notas es el ideal que se remarca al pueblo en todo el Antiguo Testamento⁹.

Sin embargo, a pesar de tener estas consideraciones Israel en la práctica muchas veces estableció un hiato entre ellas, resultando un rito alejado de la interpelación de Dios y de la fidelidad a Su voluntad. Un rito que se vive sin sentido. Ante esta realidad Yahvé volverá a hablar a su pueblo por medio del surgimiento de los profetas, que combaten un culto vacío y formalista que convive a la par de numerosas injusticias en la vida social que reflejan lo alejado que estaba el corazón de este pueblo de la fidelidad a Dios. Los profetas denuncian que «los sacrificios y las ofrendas presentadas a Dios en el templo de nada sirven si no van acompañados de sentimientos de entrega interna a la Ley de Dios con sus consecuencias de amor al prójimo»¹⁰, no se quedan viendo las minuciosidad de las manifestaciones externas del culto, ponen el acento en la raíz ética y religiosa del mismo.

Los profetas exhortan una y otra vez a la vivencia de un culto verdadero, criticando el ritualismo legalista en que se ha caído: «Yo, detesto, aborrezco vuestras fiestas, no me aplacan vuestras solemnidades» (Am 5,21); su crítica es dura pues el culto es sólo exterior: «Dice el Señor: Este pueblo se me acerca de palabra, y me honra sólo con sus labios, pues su corazón está lejos de mí, y el respeto que me demuestra son preceptos enseñados por hombres» (Is 29,13). Exhortan a la vivencia de la dimensión interior del culto: «Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,6).

Lo que Dios no acepta de estos cultos vacíos es que se dan con malas disposiciones en el corazón, el verdadero culto a Dios se rinde con un corazón recto y justo. El valor del culto está estrechamente ligado a la interioridad que debe poseer el pueblo: «mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros» (1S 15,22). Constantemente se reclama este principio de interioridad propio del culto en la que se realiza la conversión del corazón y en la que se fraguan el amor y el temor de Dios¹¹.

Este reclamo abre la perspectiva de la esperanza de un nuevo culto, es la dimensión escatológica que mediante el culto alaba a Dios por sus grandes maravillas realizadas en su favor a la vez que espera una nueva creación, en la que Dios mismo prepare los corazones con Su espíritu

⁹ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 55-56.

¹⁰ M. GARCIA, *Biblia comentada. Libros proféticos*, 9.

¹¹ Cf. P. GRELOT, «Liturgie et vie spirituelle. I. La liturgie dans l'Écriture», DSpl, 875.

para que el hombre pueda rendirle un verdadero culto (Jr 31,31-34). Se espera poder alcanzar la salvación final siendo una humanidad reconciliada (Ez 36,25-26).

Se puede afirmar, entonces, que el Antiguo Testamento, en lo referente al culto nos ofrece como preparación a la novedad del culto cristiano una triple dimensión: comunitaria, interior y escatológica, que con la venida de la Palabra Encarnada se llevará a plenitud para la santificación de los hombres y la glorificación de Dios mediante la liturgia cristiana.

1.2 *Datos en el Nuevo Testamento*

En el Nuevo Testamento aparece la novedad del Evangelio, la Venida de Cristo marca una discontinuidad en la continuidad de lo heredado desde el Antiguo Testamento también en relación con el culto a Dios por parte del hombre, ante la existencia de esta realidad nueva los textos bíblicos neotestamentarios tomarán distancia de las categorías culturales tal como se entienden en el judaísmo (sacerdocio, sacrificio, templo, liturgia, etc.), por su parte, «el Nuevo Testamento usa los términos culturales refiriéndolos a la vida de Cristo, especialmente a su paso de la muerte a la gloria, e igualmente a la vida de los cristianos»¹². Con ello se quiere evitar que los cristianos caigan en un ritualismo vacío y caduco como el que veían en el culto pagano y judío que los rodeaban.

Con la aparición de Cristo se realiza el verdadero culto, ya no se tratará de un culto sustitutivo como cuando se ofrecían animales para el sacrificio, sino que ahora es el Hijo hecho hombre quien se entrega por la salvación de los hombres, rindiendo la verdadera adoración de Dios que lleva a la unión de la humanidad con Su creador. Este será un sacrificio vicario cuya única motivación es el amor, y es a esa vivencia del amor a la que el hombre está llamado desde su creación a imagen y semejanza de Dios, en Cristo la humanidad encuentra su vocación «a esa entrega por amor que es la única y verdadera adoración»¹³.

Sólo Cristo rinde la verdadera adoración pues la Palabra que se hace carne eleva toda la carne en la adoración a Dios. Así los misterios de la vida de Cristo como su encarnación, muerte y resurrección son interpretados como verdadera, única y definitiva liturgia. La vida de Jesús lleva a cumplimiento lo que pedían los profetas en su crítica al culto en el Antiguo Testamento, por ello las antiguas instituciones culturales pierden valor frente a la novedad cristiana que presenta un

¹² J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia*, 58.

¹³ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, 68.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

culto que hace presente la conversión, misericordia y la fidelidad a la alianza establecida por Dios¹⁴.

Jesucristo se coloca en el centro del culto, es la novedad personal, «en su persona y en su existencia, se realiza la cumbre del diálogo cultural entre Dios y su pueblo»¹⁵. Toda la vida de Cristo es el verdadero culto agradable a Dios pues toda ella responde a la voluntad del Padre hasta su culmen en el sacrificio pascual (Jn 4,34; 6,38-39).

En su vida terrena Jesús no se rebela ante las instituciones culturales de Israel, sino que pone énfasis en las condiciones que le dan su verdadero valor. Él participó como judío piadoso en las celebraciones en el Templo y en las reuniones de los sábados en las sinagogas, pero remarcaba que en el culto se había perdido el verdadero sentido como cuando expulsó a los vendedores del Templo de Jerusalén (Mc 11,15-17; Mt 21,12-13; Lc 19,45-48; Jn 2,14-16). Además, ante la gran cantidad de preceptos que se habían establecido como parte del culto centró todos ellos en el amor a Dios y al prójimo como claves para interpretar la Ley tal como lo señaló en su conversación con un escriba (Mc 12,28-31; Mt 22,34-40; Lc 10,25-28). Jesús pone las exigencias del culto en el amor y el perdón del hermano al decir: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt 5, 23-24).

En relación con la enseñanza del verdadero culto a Dios que nos ha dejado Jesucristo cabe resaltar el diálogo que sostiene con la samaritana en el pozo de Jacob (Jn 4,5-30), en él revelará que los verdaderos adoradores adorarán en espíritu y en verdad. Considerando este pasaje, podemos hallar en la primera parte del diálogo la referencia al agua viva que Jesús ofrece, capaz de calmar la sed del hombre, que se ha hecho deseada por la samaritana. Se hace referencia al «don de Dios» que según León-Dufour es la consideración de Dios que se ha vuelto hacia los hombres en su favor para colmarlos. Jesús en esta primera parte de la conversación ha invitado a la mujer a remontarse a Dios mismo que es de dónde brota todo: el pozo, el agua y Jesús mismo que lo está revelando¹⁶. El agua viva simbolizará el Espíritu Santo y la revelación de Jesús que nos la da como don.

La introducción a la cuestión referida al culto viene precedida por la pregunta provocadora de Jesús respecto al marido de la mujer, se trataría, al entender de algunos exégetas, de un texto simbólico que quiere hacer notar la infidelidad religiosa de los samaritanos, puesto que ellos no han tenido una relación exclusiva con Dios, tal como la mujer

¹⁴ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual*, 61-62.

¹⁵ *Ibid.*, 63.

¹⁶ Cf. X. LEÓN-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan*, 287.

que no tiene marido. Pero esta interpretación no puede considerarse de modo exclusivo como señala Schnackenburg, sino más bien en relación a la iniciativa de Cristo por suscitar la fe en la samaritana¹⁷.

El pasaje central para nuestra consideración (Jn 4, 20-24) empieza con un anuncio escatológico «llega la hora» y «ha llegado», da pie al anuncio de una forma de adorar en la cual el espacio no es lo principal pues se hace presente en la persona de Jesús, el verdadero culto empieza «ahora» con Él mismo. Se marca así que el hombre es conducido a una proximidad con el Padre que antes no había sido conocida.

Acorde con los exégetas, la palabra *pneuma* (v.23) hace referencia, en la tradición joánica, al Espíritu divino. Además, la expresión *verdad* en los escritos del cuarto evangelista refieren a la verdad divina revelada por Jesús de la cual los creyentes van a participar: la adoración al Padre presupone la acogida de Su Palabra, la vivencia de la relación filial. Así al analizar la frase «en espíritu y verdad» quiere darse a entender que el verdadero culto se da cuando el hombre se encuentra con Dios, y que esto sólo es posible cuando Dios mismo capacita al hombre con Su gracia. El segundo término refuerza el primero (en forma de endíadis), remarcando que la verdadera adoración sólo se da cuando es el Espíritu que revela la Verdad de Cristo quien motiva al hombre¹⁸.

Si consideramos todo el pasaje en su unidad se puede comprender que el don del agua viva, que se da a los que creen en la palabra de Jesús y han renacido por el Espíritu, es la condición para poder rendirle culto en espíritu y verdad; y sólo porque se tiene ese don es posible la verdadera adoración. Schnackenburg nos presenta algunas consideraciones en este punto: para la adoración de Dios es necesario que el hombre sea colmado y penetrado por el Espíritu de Dios por medio del bautismo que nos hace hijos en el Hijo; la verdadera adoración sólo es posible en la unión con Cristo el único mediador entre Dios y los hombres; el culto va dirigido al Padre; no se trata de un culto individualista sino que es sostenido por la comunidad que es cuerpo místico de Cristo con su carácter universal; el culto en espíritu y verdad encuentra un equilibrio, dando al culto exterior su verdadero valor en tanto lo espiritualiza; y se vuelca en frutos en la vida de los creyentes¹⁹.

La propia vida de los cristianos se hace culto a Dios en tanto que han asimilado la vida misma de Cristo en su existencia. La vida que es fiel a la voluntad de Dios se hace verdadero culto, transformando su existencia humana y el mundo mismo. El culto nuevo que se inaugura desde Cristo abarca la vivencia de cada creyente entendida como un sacrificio

¹⁷ Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según san Juan*, 504.

¹⁸ Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según san Juan*, 506-507; X. LEÓN-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan*, 296-297.

¹⁹ Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según san Juan*, 508-509.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

espiritual, en tanto se hace dócil al Espíritu Santo; y sacrificio existencial, en tanto abarca toda la existencia viviendo según Dios sus responsabilidades seculares propias²⁰. La vida se cristifica haciéndose culto en espíritu y verdad al Padre.

Desde la novedad del Evangelio el culto adquiere una centralidad cristológica, Jesucristo es tomado como sacerdote por excelencia, ofrenda inmaculada y santa, y Él mismo es el templo; sólo por medio de Él los creyentes pueden tener acceso a Dios y entrar en intimidad confiada con Él. A la vez el culto también se «pneumatiza», puesto que los creyentes viven «en el Espíritu» que nos da Cristo resucitado, de este modo «la existencia íntegra del creyente en el mundo, vivida en fidelidad al Espíritu de Cristo, puede llegar a convertirse en “culto espiritual”, en el culto perfecto de los últimos tiempos»²¹.

Esta concepción de la vida cristiana como culto es la que se puede encontrar en Rm 12, 1-2:

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto.

En este texto bíblico se puede encontrar la visión del culto propia de la novedad del Nuevo Testamento donde «para el cristiano su culto, su adoración, su liturgia es la vida misma en conformidad con las enseñanzas de Jesús y a impulsos de su Espíritu, en la caridad fraterna, en el servicio; a estos actos se aplica la categoría cultural»²². El verdadero culto es la vida concreta, como la de Jesús.

Ratzinger considerando este pasaje pone el acento en la expresión griega λογικὴν λατρείαν de Rm 12,1 que literalmente dice «culto conforme al Logos» (que es traducido como culto espiritual) de este modo se quiere significar que la propia persona se hace sacrificio incorporándose al verdadero Logos que es Cristo, la plena adhesión al Señor es lo que permite tener con Él una única existencia espiritual²³.

Con tal afirmación no se quiere menospreciar la existencia de algunos ritos por los que los cristianos «celebran» el misterio de Cristo. Así pues, se puede afirmar que el culto de la vida tiene necesidad de la liturgia eclesial para que se mantenga como tal, y no caiga en la irrelevancia²⁴.

²⁰ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual*, 60-61.

²¹ X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 61.

²² J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y vida cristiana», 52.

²³ Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 310-311.

²⁴ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 62.

Para poder tener una vida de comunión con Cristo se requieren de los signos que el mismo ha dejado, en los cuales Él mismo se hace presente y obra en los creyentes con la fuerza de su espíritu.

Siguiendo a Castellano se puede afirmar que la vida para que sea cristiana y como tal un culto agradable a Dios requiere que el creyente sea consciente de que:

está invitado a participar sacramentalmente en su misterio [el de Cristo] en el bautismo; a unirse al cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía para recibir constantemente la efusión de su Espíritu, que él nos da junto con el Padre. Eso lo hace participando en la “nueva liturgia eclesial”, que tiene una esencial referencia cristológica²⁵.

De lo anterior se deja notar que no se puede vivir como Cristo, siendo discípulos suyos, sin vivir en Cristo, sin recibir su Espíritu entrando en la comunión con Él por medio de la liturgia, esto es de las celebraciones de los signos sagrados. Se trata de mantener un sano equilibrio, entonces, en la consideración del nuevo culto espiritual como la vida misma del discípulo de Cristo y la valoración de la existencia de momentos culturales en los que se celebran los misterios del Maestro y Señor, como son el Bautismo, la fracción del pan, la proclamación de la palabra, las oraciones, entre otros²⁶. La liturgia cristiana es el nexo entre la existencia cultural de Jesús y la vida cultural de los cristianos, pues a través de sus diversos elementos nos permite entrar en comunión con Cristo y estar bajo la guía de su espíritu. Queda claro que lo que fundamenta la liturgia cristiana no es un rito sino una existencia, no es un mito sino una persona y esa persona es Cristo.

Esta conjugación de la centralidad de Cristo con los misterios de su vida actualizados por medio de la liturgia eclesial y que generan que la vida de los creyentes sea un verdadero culto espiritual es la novedad del culto cristiano que se halla presente desde los textos del Nuevo Testamento.

En relación con ello en la Carta a los Hebreos²⁷ se nos deja notar cómo la ofrenda voluntaria de Cristo, desde su propia concepción hasta la consumación de su muerte y resurrección es suprema (Hb 10,5-7), ha sido realizada de una vez para siempre (Hb 10,10) y ya desde su glorificación, Cristo mediador de la nueva alianza opera una alianza en favor de sus fieles frente a Dios (Hb 9,24). En la Iglesia esta liturgia celestial está presente en el memorial eucarístico. En él Jesús ha resumido su propia vida, verdadero culto y sacrificio, a través de un gesto simbólico y cultural, Augé lo interpreta así:

²⁵ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual*, 64.

²⁶ Cf. J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y vida cristiana», 53.

²⁷ Cf. Hb 9,13-14; 10-11-13; 13,9-16.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

Compendiada en un gesto ritual, cultural, repetible, celebrativo, Jesús entrega su vida a los discípulos para que hagan memoria suya en el rito (“haced esto en memoria mía”) y en la propia existencia (“tomad y comed”) inseparablemente. Como Cristo ha recopilado su existencia (el verdadero culto) en los signos, también la existencia humana (el culto espiritual) se compendia en momentos-signo que en cierto modo se separan de lo cotidiano para celebrar el gran evento que da sentido a lo cotidiano²⁸.

Si bien la primera comunidad cristiana tal como nos lo narran los Hechos de los Apóstoles continua algunas tradiciones culturales del pueblo judío como acudir al Templo o a las sinagogas (Hch 2,46; 3,1; 13,14; entre otros) no es en eso que radica la centralidad del culto. La proclamación de la Buena Nueva, recibida por encargo de Cristo, será lo central para la nueva comunidad, que busca dar a conocer la salvación que Jesús, el Mesías e Hijo de Dios ha traído para los hombres (Hch 2,37-41). Esta salvación viene por la fe en el Evangelio que pide una renovación interior, cuyo centro es el acontecimiento de la muerte de Cristo para la remisión de los pecados estableciendo la nueva alianza, y su resurrección gloriosa por la que alcanza al hombre la justificación.

Los creyentes viven una fe en comunidad, se reúnen convocados a la *ekklesia*; los fieles son los santos convocados que invocan el nombre de Jesucristo, así nos lo refiere ya san Pablo en sus cartas (cf. 1Co 1,2). Se van diferenciando de los aspectos culturales judíos en tanto que la incorporación a esta asamblea se realiza mediante el rito litúrgico del bautismo en el nombre de Jesús (Hch 2,41;8,16;10,48;19,5;22,16), se reúnen con los fieles en casas particulares para las oraciones (Hch 4,23-31), la fracción del pan (Hch 2,42) y el ejercicio de la caridad fraterna (Hch 4,32-35).

Un elemento clave de esta primera comunidad cristiana en su celebración es la «fracción del pan» que es la participación en la mesa de Cristo resucitado (Hch 20,7.11). Es la «cena del Señor», como la llama san Pablo, que tiene como finalidad la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo (1Co 10,16-17), desde los inicios se entiende que es una participación del memorial de la última cena de Jesús que fue recogido como un encargo del propio Cristo (1Co 11,23-26). Esta reunión común se celebra el primer día de la semana (Hch 20,7) en memoria de la resurrección del Señor. La participación del fiel no queda reducida a la asistencia de la asamblea, sino que debe irradiarse en su existencia

²⁸ «Riassunta in un gesto rituale, culturale, ripetibile, celebrativo, Gesù consegna la sua vita ai discepoli perché ne facciano memoria nel rito (“fate questo in memoria di me”) e nella propria esistenza (“prendete e mangiate”) inseparabilmente. Come Cristo ha raccolto la sua esistenza (il vero culto) nei segni, così l’esistenza umana (il culto spirituale) si raccoglie in momenti-segno che in certo qual modo separano dal quotidiano per celebrare però il grande evento che dà senso al quotidiano.» M. AUGÉ, «Elementi di spiritulità liturgica», 28-29.XI.2007.

cotidiana, según su propio carisma cada creyente debe ser reflejo de Cristo convirtiendo sus acciones en un sacrificio espiritual (Rm 12,6-13).

De lo considerado se puede notar que en los inicios del cristianismo existía una relación de unidad entre la liturgia y la espiritualidad. La espiritualidad del creyente nacía y se desarrollaba siempre en vinculación con la celebración de los misterios de Cristo por medio de los signos sagrados; y la vida espiritual de los fieles buscaba ser un reflejo de la vida de Cristo con quien había entrado en comunión a través de la liturgia eclesial. Siguiendo a Farnés se puede sostener que «los fieles realizaban los gestos recibidos del señor *espiritualmente* y no como meros ritos externos»²⁹.

2. La espiritualidad litúrgica desde la Tradición de la Iglesia

La Iglesia fiel a lo recibido de los apóstoles mantiene en su doctrina, en su vida y en su culto la Tradición viva que guarda la fe de los fieles y permite se desarrolle en plenitud, contando con la asistencia del Espíritu Santo.

2.1 El aporte de los Padres de la Iglesia

En la Iglesia primitiva surgen grandes figuras que son testigos de esta Tradición³⁰, pues con la ortodoxia de sus enseñanzas y la ejemplaridad de su vida marcan una pauta para el discernimiento en la comprensión de la fe, éstos son los llamados Padres de la Iglesia.

Es importante contar con las enseñanzas de estos Santos Padres de la Iglesia para enriquecer la comprensión de una espiritualidad litúrgica; considerando que este tema no ha sido abordado directamente como tema específico en sus tratados, se busca vislumbrar en su doctrina algunos puntos claves para mostrar cómo los conceptos de liturgia y espiritualidad se encontraban unidos en la vida de fe de los creyentes desde los primeros siglos.

La Iglesia post apostólica entendía que el ámbito del culto que vivían no se quedaba reducido a un conjunto de ritos, ceremonias o normas que realizar, sino que se constituía en el centro de las relaciones de fraternidad y caridad, y del testimonio de los creyentes. Así «en los testimonios de la liturgia primitiva podemos advertir el fenómeno de una estrecha continuidad entre la celebración litúrgica y la vida de los creyentes»³¹. En la vida ordinaria eso se reflejaba en la práctica de la

²⁹ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 95.

³⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Dei Verbum*, n.8.

³¹ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual*, 67.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

comunidad de bienes, trabajo, hospitalidad y la disposición al martirio que los primeros cristianos entienden están vinculados a la dimensión sacrificial del culto que viven.

Uno de los primeros escritos de la comunidad eclesial primitiva es la *Didajé* o *Doctrina de los doce apóstoles*, en la cual se halla testimonio de la vivencia de las celebraciones de los primeros creyentes, de ella se desprende que era clave para la vida cristiana la celebración del bautismo que los incorpora a la comunidad creyente. La fórmula bautismal estaba ya estipulada desde el principio y la preparación para la recepción de este sacramento era cuidada con el ayuno, además se comprendía que el bautismo da el acceso a las cosas santas, como lo es la Eucaristía, la cual era estrictamente reservada sólo para los bautizados³². En este primer texto también se encuentran recogidas algunas de las primeras oraciones de agradecimiento de los prefacios.

Pero no basta con que se participe de las acciones culturales, sino que la coherencia de vida respecto a lo que se cree se le pedirá en mayor medida al fiel en tanto sirva de un modo destacado a la comunidad, por ello será puesta como criterio para el reconocimiento de los auténticos profetas: «Sin embargo, no todo el que habla en espíritu es profeta, a no ser que posea las actitudes del Señor. Por su conducta, se conocerá al falso profeta y al profeta»³³.

Además, la vivencia de la caridad entre los creyentes se presenta como requisito para la pureza del sacrificio celebrado, siendo necesaria la reconciliación como hermanos para una adecuada celebración del día del Señor, así señala el texto «todo aquel que esté en contienda con su compañero, que no se reúna con vosotros mientras no se haya reconciliado, para que vuestro sacrificio no quede mancillado»³⁴; sumado a ello, la comunión de bienes se presenta como signo de la fraternidad propia de los cristianos ya que tiene como fuente no sólo una vivencia social sino la comunión de los bienes celestiales en primer lugar³⁵.

Junto con este texto anónimo, dentro de los Padres Apostólicos se puede destacar la figura de San Clemente Romano, uno de los primeros sucesores de la cátedra de san Pedro, quien en su *Carta primera a los corintios* exhorta a los fieles a vivir en santidad en tanto son parte de un pueblo escogido por Dios³⁶, al cual fueron incorporados por el bautismo; así la fe debe ser mostrada en las obras, por ello exhorta a los cristianos diciendo: «apresurémonos a llevar a cabo toda obra buena con fervor y

³² Cf. *Didajé*, IX, 5.

³³ *Ibid.*, XI, 8.

³⁴ *Ibid.*, XIV, 2.

³⁵ Cf. *Ibid.*, IV, 8.

³⁶ Cf. CLEMENTE ROMANO, *Carta primera a los corintios*, XXIX-XXX.

generosidad de ánimo»³⁷. Además, el autor invita a considerar la confesión de nuestros pecados como acto de sacrificio de nosotros mismos que le es grato a Dios³⁸, pues muestra la sincera conversión. La persona espiritual será quien se deje llevar por el espíritu de Dios y sea dócil a su voluntad para lo cual tendrá que mortificarse a fin de poder ser ejemplo para los demás.

Esta visión del cristiano, como hombre realmente poseído por Cristo, la mantiene también san Ignacio de Antioquía quien dará la mayor muestra de tal identificación y pertenencia mediante el martirio. Para este autor, «la vida espiritual se desarrolla al interior de la iglesia, en la asamblea, en la eucaristía, en la obediencia y en la unión con el obispo»³⁹, por ello en la carta que dirige a los efesios, los exhorta a acudir a la Eucaristía como signo de unidad que los hace fuertes frente a las acciones de Satanás, pues la Eucaristía es «medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Jesucristo»⁴⁰. La unidad de los fieles en torno y bajo el obispo es la condición que pide este Padre de la Iglesia a los cristianos para considerar la validez de la celebración del culto divino que realizan⁴¹. La unidad de la Iglesia se refleja en la comunión de un solo pan en la Eucaristía, ella es el centro de tal unidad, esto lo refiere diciendo:

Poned, pues, todo ahínco en usar de una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo, juntamente con el colegio de ancianos y con los diáconos, consiervos míos. De esta manera, todo cuanto hicieres, lo haréis según Dios⁴².

Esta unidad se debe reflejar también en las obras pues, para el obispo de Antioquía, la fe está muy ligada a la caridad, en tanto que ambas nos unen al Señor, así lo deja notar cuando pide a los tralianos: «Así, pues, revestidos de mansedumbre, convertíos en nuevas criaturas por la fe, que es la carne del Señor, y por la caridad, que es la sangre de Jesucristo»⁴³.

Como en este texto, Ignacio de Antioquía usa referencias eucarísticas en sus cartas cuando trata de consideraciones profundas en la vivencia del cristiano, ello se nota en mayor medida cuando haga referencia al martirio que concibe como verdadero sacrificio de sí mismo a semejanza de la ofrenda del pan y vino que se presenta en el sacrificio del Altar; si la vida espiritual consiste en un revestirse cada vez más de Cristo en su

³⁷ CLEMENTE ROMANO, *Carta primera a los corintios*, XXXII,1.

³⁸ Cf. *Ibid*, LII.

³⁹ A. HAMMAN, «Espiritualidad», *DP*, 773.

⁴⁰ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los efesios*, XX,2.

⁴¹ Cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los magnesios*, IV,1.

⁴² IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los filadelfios*, IV, 1.

⁴³ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los tralianos*, VIII,1.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

pasión y muerte para participar en su resurrección, el martirio es lo que más asemeja a Cristo, por ello ante la posibilidad de ser privado de la gracia martirial pide a los romanos: «Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo»⁴⁴. A las puertas ya de su martirio, este santo obispo sólo encuentra la fuente de su deseo de unirse totalmente a Cristo en el pan de Dios, que es carne de Jesucristo, y en su sangre que es amor incorruptible, todos los demás deleites no le atraen.

En el siglo II, van a surgir los Padres Apologístas que intentan proponer una defensa de la fe cristiana frente a los ataques externos e internos que recibía, para ello valiéndose de la cultura helénico-romana de su tiempo van a presentar la doctrina cristiana.

Entre ellos se encuentra san Justino quien en su *I Apología* después de mostrar los argumentos del cristianismo como verdadera religión, muestra la vivencia del bautismo como regeneración de los que aceptan vivir esta fe que se les presenta, éstos son los iluminados que renuncian radicalmente a la vida anterior de pecado y se proponen la vivencia de la virtud⁴⁵. El bautismo se imparte en la Eucaristía con lo cual quedan vinculados ambos sacramentos. Justino es claro en afirmar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, de la cual sólo pueden participar los bautizados⁴⁶.

Pero junto con la vivencia de los sacramentos aparece la vivencia de la caridad concreta con los necesitados de la comunidad, la limosna se hace presente en la liturgia como aportación de los bienes propios que son presentados y llevados hacia el que preside la celebración dominical:

Y él [el que preside] socorre con ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad⁴⁷.

Otra figura en este periodo es san Ireneo de Lyon, que tendrá como principal misión la defensa del cristianismo frente a los gnósticos. Por ello, para hacer frente a una noción espiritualista de la religión con la que se pueden confundir muchos cristianos, sin dejar de considerar el culto espiritual, pondrá el acento en el aspecto exterior y material de la religión cristiana y su culto. A este respecto, Borobio puede afirmar: «Ireneo valora la ofrenda interior del corazón, pero ante el espiritualismo

⁴⁴ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los romanos*, IV, 1.

⁴⁵ Cf. JUSTINO, *Apología I*, 61.

⁴⁶ Cf. *Ibid.*, 66.

⁴⁷ JUSTINO, *Apología I*, 67, 6.

profesado por los gnósticos, se ve llevado a subrayar y defender los elementos materiales de la fe cristiana»⁴⁸.

Ireneo presenta a la Eucaristía como compuesta por un elemento celestial que procede de la invocación de Dios que se realiza y otro terrenal que se conforma por los componentes materiales que se toman de la creación⁴⁹. Afirma una presencia real corpórea de Cristo en la Eucaristía, haciendo referencia a la dimensión sacrificial de la misma, Jesucristo ha hecho oblación de su cuerpo y su sangre para darnos vida y resucitarnos con Él⁵⁰.

Si bien en los autores ya mencionados se pueden hallar descripciones y nociones acerca de cómo se vivía y entendía el culto cristiano en estas comunidades primitivas, el primero en presentar un texto propiamente litúrgico será san Hipólito de Roma en *La Tradición apostólica* (s. III). En esta obra se puede apreciar la constitución de la Iglesia en los diferentes ministerios que la conforman. A través de esta obra el autor busca conservar la tradición que se ha heredado desde antiguo, dando para ello algunas indicaciones.

En el texto se detallan aspectos celebrativos concretos respecto de posturas y gestos que se deben realizar en las celebraciones culturales, pero ello no se queda en un mero formalismo ritualista sino que san Hipólito invita a acompañar con la disposición interior el sentido de cada uno de los ritos que se van aconteciendo, así podemos encontrar en la ordenación episcopal la indicación dirigida a los fieles: «Que todos guarden silencio, orando en su corazón por el descenso del Espíritu Santo»⁵¹. Y narrando el proceso de la iniciación cristiana, descrito en detalle, nos muestra cómo se instaba a la verdadera conversión de los catecúmenos, puesto que el bautismo ha de requerir una conformación de la conducta con las enseñanzas del Evangelio, la renuncia a Satanás que se decía expresamente debía ser correspondida en cosas muy concretas que formaban la vida corriente en esa época⁵², así por ejemplo los candidatos debían renunciar a la práctica de algunos oficios indecorosos y ocupaciones deshonestas.

Respecto de la vida de la comunidad, en *La Tradición apostólica* se hace referencia a ciertas reuniones para el culto, pero estas asambleas litúrgicas no son cotidianas, por lo que aun dándole la prioridad a estas asambleas eclesiales, se propone a todos los fieles un método de plegarias

⁴⁸ X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 81.

⁴⁹ IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*, IV, 17,5.

⁵⁰ *Ibid.*, IV, 18, 5.

⁵¹ HIPÓLITO DE ROMA, *La Tradición apostólica*, 44.

⁵² Cf. *Ibid.*, 71-73.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

para el día y la noche, que pueden impregnar su vida y trabajo⁵³, así durante la jornada van glorificando a Dios y llenando de sentido trascendente su quehacer diario.

También en este periodo se encuentra Tertuliano, quien en su obra *De oratione* considera que la oración del cristiano es un verdadero sacrificio espiritual. Partiendo de la esencia del sacerdocio bautismal cada fiel presenta a Dios su oración como víctima agradable; para este Padre la oración es:

Esta víctima –ofrecida de todo corazón, alimentada de la fe, preparada con la verdad, intacta por la inocencia, limpia por la castidad, coronada por el amor-la debemos llevar, con el sequito de las buenas obras, entre salmos e himnos, hasta el altar de Dios para obtener todo de él⁵⁴.

La oración cristiana es eficaz no porque dependa de los hombres o sus esfuerzos sino producto de la gracia de Cristo, Él mismo oró al Padre la oración por excelencia que es el *Paternoster*, que será materia de comentario para Tertuliano. La eficacia de la oración es todopoderosa para el bien y se muestra en la acción sacramental, por ello este autor puede decir: «Sólo la oración es la que vence a Dios; pero no quiso que obrase ningún mal, sino que le confirió un poder omnímodo para el bien.[...]Esta misma oración borra los pecados»⁵⁵.

Para los Padres de la Iglesia el sacrificio de Cristo que se actualiza en la Liturgia conlleva a que la vida de los fieles se haga también sacrificio espiritual, Clemente de Alejandría en este sentido refiere que para llegar a ser una persona espiritual el cristiano debe asemejarse a Cristo «mediante todo el servicio para con Dios [...] y a su vez conforme al servicio del culto, la enseñanza y la práctica del bien»⁵⁶, en su vida debe reflejarse esa semejanza mediante la mansedumbre, la filantropía y la piedad magnánima para hacer de ella un sacrificio agradable a Dios. La ofrenda de sí mismo a Dios no consiste en cosas exteriores sino en la entrega sincera de un corazón contrito, de la persona misma⁵⁷, que le lleva también al cuidado de los demás.

Entender la vida como un sacrificio espiritual para el creyente es la visión de fondo que también tiene Orígenes al recomendar al cristiano, en una homilía: «al menos lo que se enseña y se lee en la Iglesia, confiémoslo a la memoria, para que al salir de la iglesia, haciendo obras de misericordia y cumpliendo los divinos preceptos, ofrezcamos un sacrificio “con incienso y aceite en memorial al Señor” (cf. Lv 6,15)»⁵⁸.

⁵³ Cf. HIPÓLITO DE ROMA, *La Tradición apostólica*, 112-114.

⁵⁴ TERTULIANO, *De oratione*, 28,4.

⁵⁵ TERTULIANO, *De oratione*, 29,2.

⁵⁶ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, VII, 13.2.

⁵⁷ Cf. *Ibid.*, VII, 14-15.

⁵⁸ ORÍGENES, *Dieciséis homilias sobre el Levítico*, IV, 9.

Además, para este autor el hombre que ha nacido de su fe, vive racionalmente y observa las leyes y preceptos divinos puede ofrecer sacrificios espirituales, en tanto que es un hombre espiritual en el que reside la presencia de Cristo y el Espíritu Santo, así dice:

Este mundo tiene al Hijo de Dios, tiene al Espíritu Santo [...] Oye asimismo lo que te dice Cristo: “Y he aquí que estoy con ustedes todos los días hasta la consumación del tiempo” (Mat 28,20). Y sobre el Espíritu Santo dice: “Infundiré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán” (Jl 2,28). Por tanto, cuando veas que tienes todas las cosas que el mundo tiene, no debes dudar que también los animales-que se ofrecen como víctimas-los tienes dentro de ti; y de esos mismos debes ofrecer espiritualmente las víctimas⁵⁹.

En el contexto de estos autores durante el siglo III hubo periodos de cese en las persecuciones, por lo que la Iglesia pudo seguir desarrollándose y expandiéndose, con ello surgen nuevas comunidades cristianas, las cuales tendrán ciertos matices en las formas litúrgicas, pero en todas ellas la clave de la espiritualidad del cristianismo será el bautismo y el martirio, siempre alimentada desde una conciencia de pertenencia eclesial⁶⁰. La unidad de la Iglesia se mantiene aún en la diversidad, pues el núcleo central de la celebración es el mismo en todas las comunidades. Ahora bien, si ya se tenía establecido el catecumenado como etapa preparatoria para el bautismo que incorpora a la Iglesia, el aumento de cristianos en número no siempre garantizará una adecuada conversión de los mismos. Ello se verá remarcado cuando el cristianismo se convierta en la religión oficial del Imperio romano.

En el siglo IV la Iglesia tendrá la labor de convertir un mundo pagano en un mundo cristiano, esta tarea no le será fácil puesto que el pueblo recibe mucha influencia del paganismo y la cuestión política empieza a pesar sobre la Iglesia, dada la intromisión de algunos funcionarios y los compromisos estatales que asume, ello generó que muchos de los nuevos cristianos no se convirtieran a la fe verdaderamente sino en búsqueda de pretensiones políticas o sociales.

Al interior de la Iglesia van a surgir grandes disputas teológicas que llevarán al desarrollo de los grandes concilios y la formulación de las definiciones dogmáticas frente a las controversias trinitarias.

Debido a toda esta panorámica en este periodo se pondrá gran empeño en la preparación para el bautismo, «la catequesis bautismal, al mismo tiempo doctrinal, ascética y litúrgica, ocupa un papel privilegiado. Es una invitación a la conversión y a la fe a través de la vida evangélica»⁶¹. La preparación catecumenal tiene como centro el Símbolo de la fe y se va a

⁵⁹ ORÍGENES, *Dieciséis homilias sobre el Levítico*, V, 2.

⁶⁰ X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 73.

⁶¹ A. HAMMAN, «Espiritualidad», *DP*, 774.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

centrar en los que realmente buscan convertirse, los *electi*, quienes serán sujeto de la formación integral cristiana que se daba en el tiempo de cuaresma; durante este proceso se realizaban los escrutinios que eran exorcismos con imposición de manos de parte del Obispo y se terminaba con las catequesis mistagógicas posteriores a la recepción del sacramento en la semana de Pascua.

La labor formativa de los Padres de la Iglesia se desarrolla en gran medida en sus catequesis, así por ejemplo san Gregorio de Nisa al explicar la grandeza del sacramento del bautismo pone hincapié en el contraste en lo que se ve aparentemente y la realidad sobrenatural que se realiza, así refiere:

Estás viendo cómo el principio es poca cosa y es fácil de realizar bien: fe y agua; la fe, porque está dentro de nuestro libre albedrío; el agua, porque es familiar a la vida humana. Sin embargo, el bien que de ellas nace es tan grande y de tal índole que implica la familiaridad con la propia divinidad⁶².

Este vínculo que se establece con lo divino es lo que hace necesaria la conversión de la vida del bautizado, pues en ella se verá reflejada la acción real de la gracia del sacramento, pues si se sigue bajo el dominio del pecado entonces el «agua solo era agua, porque no se ha dado ahí el don del Espíritu Santo»⁶³. Si el Espíritu mora en el alma del bautizado entonces debe vivirse conforme a Él en las acciones concretas de la cotidianidad.

Otra figura que exhorta con fuerza a la valoración del bautismo en la vida del cristiano con sus catequesis es san Ambrosio de Milán. Sus catequesis parten de una explicación de los gestos del rito del bautismo exhortando a que el fiel recuerde y tenga presente aquello que ha prometido y a quién se lo ha prometido⁶⁴; además para motivar el conocimiento de la grandeza que encierra este sacramento, pues es de donde brota la santificación de la persona, hace una lectura tipológica de algunos textos del Antiguo Testamento.

Su llamamiento a la fidelidad de la fe que se ha recibido y profesado en el bautismo es clara y contundente, pues recuerda que este sacramento da la muerte a los placeres mundanos, por ello aunque sea a riesgo de la propia vida se debe elegir ser fiel a Cristo: «No elijas aquello en lo cual no fuiste ungido; elige aquello en lo que fuiste ungido, de suerte que prefieras la vida eterna a la vida temporal»⁶⁵. También es manifiesta la afirmación del sacerdocio común: «cada uno es ungido para el sacerdocio, y también es ungido para el reino; pero es un reino espiritual y un

⁶² GREGORIO DE NISA, *La gran catequesis*, XXXVI, 2.

⁶³ *Ibid.*, XL, 3.

⁶⁴ Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Los sacramentos*, Libro I, II, 4.

⁶⁵ *Ibid.*, Libro II, VII, 24. Este mismo sentido lo explica en *ID.*, *Los misterios*, VII,41.

sacerdocio espiritual»⁶⁶. Estas gracias bautismales serán perfeccionadas con el sacramento de la confirmación, que permite un crecimiento en la vida espiritual por el perfeccionamiento de los dones del Espíritu Santo⁶⁷.

San Ambrosio desarrolla también doctrina sobre la Eucaristía, exhortando a la comunión del cuerpo y sangre de Cristo ya que otorga el perdón de los pecados. Siguiendo su razonamiento, si el hombre siempre es consciente de su pecado requiere siempre de la medicina que ponga remedio a este mal, esa medicina es la Eucaristía. Este Padre de la Iglesia propone que los cristianos tengan una vida centrada en la Eucaristía, así cada día debe ser vivido de tal manera que se disponga a recibir este Don, del cual se recibe lo necesario para la vida cotidiana⁶⁸.

El hombre, señala además este autor, tiene la capacidad de poder hacer oración en todas partes y aún rodeado de muchas personas o quehaceres pues la oración nace del espíritu⁶⁹, en consecuencia, en la interioridad de cada hombre se puede hacer oración la vida misma.

En la segunda mitad del siglo IV aparece la figura de san Juan Crisóstomo, representante de la escuela antioquena, quien en sus *Catequesis bautismales* remarca, como los ya mencionados Padres de la Iglesia, la fuerza de la gracia que actúa en el bautizado a quien se pide dar fruto en sus obras por la fe en Dios que los hace fieles, este fruto se da a través de la limosna, las oraciones, la castidad y todas las virtudes⁷⁰.

Esto se complementa con la visión de la Eucaristía, ya que la comunión que se recibe forja la necesidad de una conducta ejemplar. Este Padre de la Iglesia invita a considerar la grandeza de este sacramento y cómo la recepción de la comunión marca la pauta de nuestro comportamiento, para ello se vale de la reflexión acerca de los miembros del cuerpo que entran en contacto con la Eucaristía, por ejemplo, refiere:

Piensa en lo que recibes en tu mano, y jamás la levantes para golpear a alguien, y no mancilles con semejante pecado la mano enaltecida con un don tan grande. Piensa en lo que recibes en tu mano, y consérvala limpia de toda avaricia y rapiña⁷¹.

De la participación del banquete eucarístico el cristiano saca las fuerzas para el combate espiritual que debe vivir diariamente. Esta vida según Dios se hace para los demás una luz que muestra el don recibido, pues en todo el quehacer se debe buscar la gloria de Dios, lo que excluye poner los ojos en cualquier gloria humana. No se trata de un esfuerzo

⁶⁶ AMBROSIO DE MILÁN, *Los sacramentos*, Libro IV, I, 3.

⁶⁷ Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Los misterios*, 42.

⁶⁸ Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Los sacramentos*, Libro IV, VI, 28; Libro V, IV, 25; también en ID., *Los misterios*, IX, 58.

⁶⁹ Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Los sacramentos*, Libro VI, III, 12.

⁷⁰ Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis bautismales*, I, 1.

⁷¹ *Ibid.*, I, 2.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

meramente voluntario para mostrar la figura de buen cristiano, sino que Juan Crisóstomo pone el énfasis en que teniendo una conducta óptima se puede atraer a los demás para que miren al Señor que es quien da la posibilidad de un vivir así, de esta manera los espíritus rectos glorificarán a Dios. A su entender todas las labores cotidianas de los cristianos se impregnan de un sentido trascendente, ya sea un trabajo manual, una ocupación militar o política⁷².

Por su parte, Teodoro de Mopsuestia en sus homilias referidas a la Eucaristía hace uso del método mistagógico para mostrar «la fuerza del sacramento y de los ritos que en él se realizan y el porqué de cada uno de ellos, a fin de que, habiendo conocido su razón de ser, recibáis con gran caridad lo que va a suceder»⁷³. De este modo partiendo de la explicación de la materialidad de los ritos, exhorta a considerarlos con una lectura desde la fe, para poder así participar más plenamente del misterio que se celebra.

Al comentar el rito de la comunión, junto con la presentación de la grandeza de recibir en las manos a Dios mismo, exhorta a que los comulgantes puedan expresar su ternura y confianza: «Con un amor grande y sincero fijas tus ojos en él (en el cuerpo) y lo besas y presentas tus plegarias a Cristo, Señor nuestro, ahora tan cercano a ti, porque ya gozas de la gran confianza (*parresía*) que anhelabas»⁷⁴.

Así, la Eucaristía es presentada como alimento espiritual que da la vida a los fieles, siempre relacionada con el Bautismo que es de donde el cristiano ha nacido. La comunión sacramental permite seguir recibiendo esa vida nueva puesto que el fiel entra en común unión con Cristo muerto y resucitado, es un encuentro personal, por ello señala: «cada uno de nosotros, al tomar un trozo, cree firmemente que recibe a Cristo entero»⁷⁵. Junto con esta dimensión personal, también se reafirma la dimensión eclesial de la comunión que es factor de unidad en un solo cuerpo, por eso señala que para poder recibir con pureza la comunión antes será necesario que todo resentimiento con los hermanos esté acabado⁷⁶, pues en la espiritualidad cristiana el gesto de la reconciliación con el hermano es el requisito indispensable para la pureza de corazón que requiere la celebración.

También, en este tiempo, como representante de la escuela de Jerusalén, se presenta la figura de San Cirilo quien instruyó a sus fieles acerca de los sacramentos de iniciación cristiana mediante sus

⁷² Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis bautismales*, VII, 12-13; VIII, 21; IX, 10-11; XII, 17.

⁷³ TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilias catequéticas*, XII, 1.

⁷⁴ *Ibid.*, XVI, 28.

⁷⁵ *Ibid.*, XVI, 19.

⁷⁶ Cf. *Ibid.*, XV, 40-42.

catequesis pre bautismales y las catequesis mistagógicas después de haber vivido los «misterios». Desde el inicio el santo obispo exhorta la participación de los catecúmenos diciendo: «prepara tu corazón para recibir la enseñanza, para participar en los santos misterios. Reza más, para que Dios te estime digno de los misterios celestiales y eternos. No ceses ni de día ni de noche»⁷⁷. En referencia al bautismo, el obispo nos señalará que este sacramento no sólo limpia los pecados sino que lo más sobresaliente es que permite que el fiel sea injertado en Cristo, participe de su muerte y resurrección⁷⁸. Y en referencia a la crismación de la Confirmación remarca la posesión de Cristo y del Espíritu Santo que viene con ella, lo que llama al cristiano a vivir conforme a lo que ha recibido⁷⁹; esto es reforzado más aun con la recepción del cuerpo y sangre del Señor en la Eucaristía, así nos dice:

Fortalece en la fe tu corazón cuando comas este pan, que da alimento espiritual y alegra el rostro de tu alma. Quiera Dios que tú –con el rostro descubierto en una conciencia pura y viendo como un espejo la gloria del Señor- camines de gloria en gloria. En Cristo Jesús, Señor nuestro, para quien es el honor y el poder y la gloria por los siglos de los siglos⁸⁰.

Cirilo de Jerusalén señala, además, que la recepción de la Eucaristía favorece la santidad en los hombres:

Santos son los dones presentados [sobre el altar], que han recibido la visita del Espíritu Santo. Santos sois también vosotros, considerados dignos del Espíritu Santo. Las cosas santas, pues, para los santos recíprocamente. [...] En realidad sólo uno es santo, santo por naturaleza; nosotros somos santos, pero no por naturaleza, sino por participación, por el esfuerzo y por la oración⁸¹.

En la edad de oro de la patrística surge San Agustín quien ofrecerá en este siglo su aporte teológico abarcando un amplio horizonte de toda la teología desarrollada hasta entonces; en el campo de la teología sacramentaria explicará la realidad del sacramento como signo visible de una realidad invisible⁸², en tanto que ambas realidades guardan semejanza⁸³, y, frente a los donatistas, defenderá la eficacia de los sacramentos, definiendo que ésta procede de la misma acción de Cristo y no en dependencia de la cualidad del ministro que celebra⁸⁴.

El aporte de este Padre de la Iglesia no sólo se da en materia doctrinal, sino que da luces para la vivencia en la vida espiritual de los cristianos.

⁷⁷ CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis bautismal*, procatequesis, 16.

⁷⁸ Cf. *Ibid.*, XIX,4; XX.

⁷⁹ Cf. *Ibid.*, XXI.

⁸⁰ *Ibid.*, XXII,9.

⁸¹ *Ibid.*, XXIII,19.

⁸² Cf. SAN AGUSTÍN, *De Civitas Dei*, X,5.

⁸³ Cf. SAN AGUSTÍN, *Cartas*, 98,9.

⁸⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de Juan*, 6,7.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

En su misión como obispo vela por la auténtica vivencia de la fe y el crecimiento personal de la misma en cada uno de sus fieles, por ello en sus sermones se pueden hallar pistas para el desarrollo de una espiritualidad que nace de la liturgia que se celebra. Esto sobre todo en los sermones pascuales donde exhorta a los neófitos a guardar la fidelidad al don recibido mediante el bautismo, frente a la tentación de ser como los hombres malos que también se dicen cristianos⁸⁵, para ello se debe vivir la humildad y dejar el pasado de pecado porque se ha renacido a una nueva vida⁸⁶.

Al hablar de la Eucaristía, invita a que cada fiel se haga consciente de que «nos hemos convertido en su cuerpo[de Cristo] y, por su misericordia, somos lo que recibimos»⁸⁷, de ahí que ofrece un símil de la vida cristiana con el pan eucarístico, en este sentido refiere:

Volved ahora la mente a vosotros mismos: no existíais, pero fuisteis creados, llevados a era del Señor y trillados con la fatiga de los bueyes, los predicadores del evangelio. Mientras se os mantenía en condición de catecúmenos, se os guardaba en el granero. Disteis vuestros nombres, comenzasteis a ser molidos con ayunos y exorcismos. Luego os acercasteis al agua, fuisteis bañados y hechos unidad; al llegar el calor del Espíritu Santo, fuisteis cocidos y os convertisteis en pan del Señor⁸⁸.

San Agustín al ir describiendo algunas partes de la celebración eucarística pone también el acento en la actitud interior que debe acompañar cada gesto o palabra, pues en la vivencia de la celebración el fiel se debe esforzar para que la respuesta que da sea sincera y que sea acorde con la realidad, por ejemplo, el «Amén» debe ser una manifestación de su total acogida y asentimiento de aquello que se ha proclamado.

La Eucaristía es el sacramento de la unidad de los cristianos, pues como el pan es uno sólo, así los fieles son un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo y sus miembros, a semejanza del pan que se forma con una multiplicidad de granos y del vino que se obtiene fruto de muchas uvas⁸⁹.

La celebración cotidiana de los misterios de nuestra redención era para san Agustín la causa del gran gozo que ilumina la vida⁹⁰, abre el horizonte elevando la mirada al cielo y suscita la esperanza en la llegada del día de la manifestación gloriosa de Cristo.

El obispo de Hipona desarrolla también el tema de la oración litúrgica de la Iglesia como plegaria donde el sujeto es el mismo Cristo, a diferencia de la oración personal en la que es el cristiano quien eleva su plegaria. Así, por ejemplo, al comentar el salmo 85, que en el versículo 2 dice

⁸⁵ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermones*, Sermón 376A.

⁸⁶ Cf. *Ibid.*, Sermón 353.

⁸⁷ *Ibid.*, Sermón 229.

⁸⁸ *Ibid.*, Sermón 229.

⁸⁹ Cf. *Ibid.*, Sermón 229A.

⁹⁰ Cf. *Ibid.*, Sermón 229D.

«guarda mi alma, porque soy santo», presenta al mismo Cristo recitando esa oración porque sólo puede ser santo el Hijo de Dios encarnado, por lo que cada vez que los fieles proclaman esta oración lo hacen insertados en Él como su cuerpo. La presencia de Cristo con y en los fieles cuando oran en asamblea litúrgica permite que sea el Hijo el que ore al Padre en esos momentos. A este respecto Agustín señala:

Quando hablamos a Dios, suplicando, no separamos al Hijo de la plegaria, y cuando ruega el Cuerpo del Hijo, no aparta de sí a su Cabeza, y así es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el único Salvador de su Cuerpo, el cual pide también por nosotros y en nosotros; y también oramos nosotros. Ora por nosotros como Sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a Él como nuestro Dios. Reconozcamos en Él nuestra voz, y su voz en nosotros⁹¹.

En resumen, en las consideraciones presentadas por los Padres de la Iglesia se puede notar que en los primeros siglos la espiritualidad de los cristianos estaba grandemente marcada por la vivencia de los sacramentos de iniciación. La vida del creyente giraba en torno a lo que se celebraba. Se puede sostener que «esta espiritualidad bautismal y martirial a un tiempo, viene a su vez alimentada por una fuerte conciencia eclesial»⁹².

La liturgia para los cristianos es una vivencia concreta de su fe, medio por el cual se configuran con Cristo a través de los ritos que celebran pues «el cristianismo no es una realidad puramente espiritual. Su esencia espiritual se manifiesta a través de las realidades visibles, y en eso consiste precisamente la liturgia»⁹³. Así el hombre nace a la vida cristiana, muriendo a una vida mundana, a través del bautismo, desarrolla esta gracia bautismal por medio de la confirmación, y adquiere la fuerza para recorrer el camino cristiano de la Eucaristía que lo une plenamente a Cristo y a su Iglesia. Para los Padres la liturgia es un encuentro personal y comunitario con Cristo, la asamblea litúrgica es el lugar por excelencia de la cristología⁹⁴.

2.2 *La liturgia en relación con la espiritualidad cristiana después de la época patristica*

En el contexto general de la liturgia, durante el siglo IV se presentan algunas características propias, así pues, con el reconocimiento de la Iglesia, mediante el Edicto de Milán (313 d.C.), ella adquiere también un

⁹¹ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 85,1.

⁹² X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 73.

⁹³ J. DANIELOU, *Sacramento y culto según los santos Padres*, 280.

⁹⁴ Cf. R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 38-39.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

espacio de culto, surgen las grandes construcciones como son las basílicas donde el centro de las mismas será el Altar. Estas construcciones se darán sobre todo en las grandes ciudades como Roma, Constantinopla y Jerusalén.

Los edificios para el culto marcan también un nuevo sentido en la espiritualidad del cristiano de esta época, pues ahora el centro de la celebración se fija en el sacrificio en el Altar y la predicación de la palabra lo acompaña, además se pasa de pequeños espacios de reunión a una celebración con multitud de personas⁹⁵.

En relación a esto último también hay que considerar que dada la concesión al Papa y a los obispos de los honores y privilegios correspondientes a las altas dignidades del imperio, la celebración litúrgica también se va impregnando de gestos y palabras propias de los ceremoniales de la corte como la genuflexión, el beso de los pies o el trono, las luces o el incienso que la van haciendo cada vez más ostentosa.

Sumado a ello la diversificación de los ritos litúrgicos durante los siglos IV-V «fueron reconducidas, si no a una forma única, que hubiera sido imposible, a algunas formas principales adoptadas por las grandes iglesias; estas formas, fijadas establemente, constituyeron las grandes familias litúrgicas que aún existen, en su mayoría»⁹⁶. Estas son: tipo siríaco (Antioquía), tipo alejandrino (Alejandría), tipo galicano (Arles) y tipo romano (Roma)⁹⁷.

Esta diversidad también reflejará las diferencias en los acentos doctrinales que ponen las diversas escuelas teológicas de este periodo y para un cuidado de la ortodoxia en las celebraciones las plegarias se van a establecer mediante composiciones escritas, sobre todo ante la influencia de las herejías arrianas y el gnosticismo.

Para hacer frente a la postura arriana que subordinaba al Hijo, se va a favorecer el realce de la infinita majestad de Jesucristo, por lo que la consideración de su naturaleza humana se va relegando. Para Borobio resultado de esta coyuntura anti arriana y de la remarcación de la divinidad y majestuosidad de Dios que se observa desde el siglo IV se produce una baja frecuencia de la comunión sacramental por parte de los fieles⁹⁸. Esto último se da en consonancia con la consideración de la celebración Eucarística como *mysterium tremendum*, concibiendo que su

⁹⁵ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 97.

⁹⁶ M. RIGUETTI, *Historia de la liturgia*, 219.

⁹⁷ Cf. *Ibid.*, 218.

⁹⁸ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 100-101.

dignidad es excelsa en grado sumo, por lo que el fiel participa de ella con un profundo temor reverencial⁹⁹.

Sumado a ello, el siglo V, en el campo teológico, pasa de abarcar temas trinitarios a la consideración de las controversias de carácter cristológico que surgen al interior de la Iglesia. En esta coyuntura en el culto, se percibe un desplazamiento de la oración cristiana a través de Cristo a la oración dirigida a Cristo¹⁰⁰.

La época de gran creatividad litúrgica llega hasta el siglo VII-VIII, a partir del siglo IX con el surgimiento del Imperio carolingio se pretendió unificar litúrgicamente a Occidente mediante la liturgia papal romana, destacando posteriormente en este intento el papa Gregorio VII con su legislación en materia litúrgica.

En la Edad media los monasterios empiezan a tomar importancia en tanto son centros culturales donde se elaboran formas literarias, musicales y artísticas al servicio del culto a Dios que fueron adoptados poco a poco en la devoción de los fieles¹⁰¹. Entre ellos destacará la orden de Cluny que, siguiendo la regla de san Benito, colocan el acento en la oración y los oficios litúrgicos, así como la devoción a la Virgen María y los santos.

La espiritualidad se va ver influencia también por el surgimiento, más adelante, del Cister y san Bernardo, que van a propiciar la primacía de la devoción interna. Esta línea se mantendrá hasta el surgimiento de la *devotio moderna* a finales de la Edad Media, en la que la meditación sistemática va a sustituir la consideración de los textos de la liturgia¹⁰².

De este modo, el pueblo fiel era cada vez más distante de las consideraciones de la Patrística con respecto a la liturgia, el pueblo ya no comprendía la lengua, ni los ritos, ni símbolos que se usaban en la liturgia, debido a su poca formación y lo recargado que éstos se presentaban. La presencia de los fieles en los ritos se reducía a una sensibilidad global, donde las devociones y los ejercicios piadosos van a ir tomando fuerza; además la participación de la vida sacramental se va reduciendo cada vez más.

En este contexto surgirán nuevas escuelas de espiritualidad en las que la liturgia será sólo un soporte de algo que es vivido en tanto propuesto por conceptos que previamente alimentan la espiritualidad de la familia religiosa¹⁰³.

⁹⁹ Cf. E. LANGE, «Liturgie et vie spirituelle. II. Liturgie et vie spirituelle dans les Églises chrétiennes. Liturgie eucharistique en orient et en occident (1^{er}-4^e siècles)», DSp, 890.

¹⁰⁰ Cf. P.-M. GY, «Liturgie et vie spirituelle. B.Liturgies occidentales», DSp, 901.

¹⁰¹ Cf. *Ibid.*, 905.

¹⁰² Cf. *Ibid.*, 906.

¹⁰³ Cf. R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 39-41.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

Poco a poco la liturgia se vio sólo como el aspecto exterior de la vida cristiana y se propuso la meditación como el método más adecuado para entrar en contacto con Dios, para vivir la espiritualidad. Se destaca así, de la liturgia, solamente el aspecto sensible, ceremonial y decorativo del culto, basado en el cumplimiento de las rúbricas. El pueblo se alejó de la liturgia, expresando su fe mediante la piedad popular. La liturgia quedó limitada, en la mayoría de los casos, al clero y la vida monástica.

Será hasta el siglo XIX y con mayor claridad el siglo XX donde se busque renovar la concepción de liturgia, con un intento de volver a las fuentes originarias y con ello una revaloración de la genuina espiritualidad católica, que brota desde la liturgia.

3. Consideraciones en el Magisterio de la Iglesia

Si bien el depósito de la fe está contenido en la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura, éste ha sido confiado a la Iglesia, quien posee la misión de poder interpretarlo auténticamente bajo el auxilio del Espíritu Santo, realizando esta misión a través de su Magisterio. Este Magisterio está siempre al servicio de la Revelación y posee autoridad¹⁰⁴, por ello sus aportes ayudan a identificar aquellos puntos por donde el Espíritu Santo va guiando a la Iglesia; de ahí que sea necesario tener referencia de sus postulados acerca de la relación entre liturgia y espiritualidad.

3.1 Antecedente: el movimiento litúrgico y la búsqueda de renovación litúrgica en clave espiritual

En la época medieval la liturgia de la Iglesia se fue alejando cada vez más de los fieles, pues se concentraba en una serie de ritos complejos que no se llegaban a entender en su significación y esto se acentuaba aún más por el desconocimiento del latín por parte de los laicos. El espacio que no pudo cubrir la liturgia fue llenado por las devociones personales y las prácticas piadosas populares, las cuales se veían como la fuente de la espiritualidad común.

La liturgia se fue presentando sólo desde su aspecto exterior lo cual la iba alejando cada vez más de la espiritualidad de los fieles. La aparición de la *devotio moderna* en los siglos XIV-XV ayudó a concentrar en la meditación y la oración personal el encuentro con Dios, por lo que la liturgia se muestra como un elemento ceremonial del culto público, reservado en su esencia para el clero y la vida monástica.

¹⁰⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Dei Verbum*, n.10.

El Concilio de Trento (1545-1563) que buscó unificar las celebraciones en la Iglesia latina se concentró en la fijación de fórmulas y ritos, dando pie a un periodo en el cual se coloca el acento en el cumplimiento de las rúbricas¹⁰⁵, en menoscabo de la consideración teológico-espiritual de la liturgia.

Ante un panorama juricista o estético de la liturgia fueron surgiendo al interior de la Iglesia intentos por considerar los aspectos más teológicos de la misma. Desde el siglo XIX, como reacción frente a toda la corriente del Iluminismo, surge al interior de los teólogos católicos deseos de una renovación litúrgica, teniendo como exponente a dom Prosper Guéranger (1805-1875), quien al fundar la abadía de Solesmes (1833) procuró en ella el ejercicio de una vida litúrgica intensa, esta vivencia y sus escritos influyeron más allá de las fronteras francesas hacia Alemania y Bélgica. Este abad proponía el acercamiento de los fieles a la liturgia, de ahí que en su obra *El año litúrgico* indicara que su finalidad es «servir de intérpretes a la Santa Iglesia, la de poner a los fieles en condición de poder seguirla en su oración durante cada estación mística, y aun cada día y cada hora»¹⁰⁶, de esta manera el fiel puede gustar del misterio del Espíritu Santo que vivifica el año litúrgico con el fin de santificar el tiempo de los hombres, con ello la fe se va esclareciendo año tras año -aunque mantenga su misterio- y se forma en los fieles cada vez más el sentido teológico y se desarrolla la vida de gracia¹⁰⁷.

Borobio resume la concepción de la liturgia para Guéranger en la siguiente cita:

La liturgia es la oración por excelencia del Espíritu en la iglesia, es la voz del cuerpo de Cristo, de la esposa orante en el Espíritu; en la liturgia hay una presencia privilegiada de la gracia; en la liturgia se encuentra la expresión más genuina de la iglesia y su tradición; la clave de inteligencia de la liturgia es la lectura cristiana de antiguo testamento y la del nuevo testamento apoyada en el antiguo¹⁰⁸.

Junto con ello los estudios científicos colocan el interés por el desarrollo de la historia de la liturgia, que se ve enriquecido con la aparición de las amplias ediciones de los Padres de la Iglesia latinos y griegos, lo que permite estudiar desde otras perspectivas la liturgia medieval-tridentina¹⁰⁹.

Estos fueron ya los inicios de lo que se conocerá como Movimiento litúrgico, el cual se considera un movimiento espiritual, que buscaba «la

¹⁰⁵ Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 147-150.

¹⁰⁶ P. GUÉRANGER, *El año litúrgico. I. Adviento y navidad*, 31.

¹⁰⁷ Cf. *Ibid.*, 37-38.

¹⁰⁸ X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 162.

¹⁰⁹ Cf. M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 45.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

espiritualidad que rezumaba y se contenía en las celebraciones y en sus formularios y ritos. La liturgia se veía por encima de todo como fuente y escuela de espiritualidad»¹¹⁰. Así la espiritualidad litúrgica empieza a ser considerada explícitamente.

Entrado ya el siglo XX, estas nuevas concepciones influirían en la reforma de Pio X que buscaba fomentar una participación activa en los fieles, quienes se encontraban alejados o se veían como extraños ante la celebración litúrgica. Haciendo eco de estas ideas dom Lambert Beauduin (1873-1953) promueve el desarrollo del movimiento litúrgico, a partir del Congreso de obras católicas (Malinas, 1909), el cual pretende llegar a los fieles laicos; acorde con este fin este abad publicó su *Misal* popular¹¹¹ para propiciar la pastoral litúrgica en las parroquias pues considera que a través de la participación de los bautizados en la liturgia, ésta puede inspirar la piedad y la vida cristiana¹¹².

En su obra *La piedad de la Iglesia* (1914) Beauduin señala que la finalidad de la liturgia, comprendida como las acciones donde se desarrolla plenamente el sacerdocio de Cristo, es «hacer de nosotros hostias vivas y santas, ofrecidas cada día para la gloria del Padre, en unión con el único Sacrificio de Jesucristo»¹¹³, de esta manera toda la vida del hombre es renovada, entra en la esfera de lo que es santificado, «lugares, tiempos, personas, residencias, elementos, años, días y horas, todo, incluso nuestro alimento y nuestro descanso nocturno, es bendecido y entra de alguna manera con nosotros en la economía sobrenatural: “nuevas criaturas”»¹¹⁴. Para cumplir tal fin, señala el abad claramente, es necesaria la participación de todos los fieles en la liturgia, así refiere que

Para todos los fieles de la Iglesia católica sin excepción, la participación más activa y más frecuente posible en la vida sacerdotal de la jerarquía visible, según las modalidades establecidas por esta jerarquía en su canon litúrgico constituye el régimen normal e infalible que asegurará, en la Iglesia de Cristo, una piedad sólida, santa, abundante y verdaderamente católica¹¹⁵.

En este punto vemos que el abad vincula la vivencia de la liturgia con el desarrollo de una espiritualidad, una piedad como le llama, verdaderamente cristiana, por eso las demás muestras de piedad no pueden igualársele, pues la liturgia asegura la plena influencia santificante del sacerdocio de Cristo en los fieles. Este autor coloca el

¹¹⁰ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 78.

¹¹¹ Cf. P. JOUNEL, «Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II», 102-103.

¹¹² Cf. X. BASURKO – J. GOENAGA, «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», 163.

¹¹³ L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia*, 14.

¹¹⁴ *Ibid.*, 15.

¹¹⁵ *Ibid.*, 15.

acento de la primacía de la piedad litúrgica en su carácter jerárquico, dado que

La vida de Dios se encuentra en Cristo; la vida de Cristo se encuentra en la jerarquía de la Iglesia; la jerarquía la hace presente en las almas por medio de su poder sacerdotal; este poder sacerdotal se ejerce por medio de este conjunto de actos auténticos realizados en conformidad con los libros litúrgicos [...] estos actos son, pues el manantial primero e insustituible de la verdadera piedad católica¹¹⁶.

Estas ideas eran soporte para las propuestas del movimiento litúrgico que se estaba gestando y que pretendía sustentar la piedad, acciones y vida –en consecuencia– de los cristianos en las verdades fundamentales de la liturgia. Este será el punto central que persiga tal movimiento: «hacer vivir, al pueblo cristiano por entero, gracias a una misma vida espiritual, alimentada en el culto de su Madre, la santa Iglesia»¹¹⁷ y para ello proponen acciones al interior de la misma celebración y fuera de la misma.

En su fase expansiva, después de la Primera Guerra Mundial, el movimiento llega a Alemania, donde surgirán otros de los más ilustres exponentes: dom Odo Casel (1886-1948), desde la abadía de Maria Laach, desarrollando la teología de los misterios y Romano Guardini (1885-1968) con su libro *El espíritu de la liturgia* dirigido a las filas de los jóvenes estudiantes.

La propuesta de Casel parte de la consideración del cristianismo como *mysterium*, es decir, «una acción divina, el cumplimiento de un designio eterno de Dios por una acción que procede de la eternidad de Dios, que se realiza en el tiempo y en el mundo y que tiene su término final en el mismo Dios eterno»¹¹⁸, siendo así que Cristo se presenta como el *mysterium* que se ha revelado a los creyentes a través de la economía de salvación, pero aún continúa como misterio en tanto que es divino, inaccesible a la inteligencia por sí sola y solo revelado por la gracia¹¹⁹.

El misterio de Cristo, según Casel, abarca no solo su persona sino también su obra redentora en bien de su Iglesia, por la cual a través de hechos y actos hace posible que la humanidad de los hombres pueda acceder a la divinidad misma; en el centro de tales actos está el sacrificio del Señor que abarca su muerte y resurrección. La Iglesia, como esposa de Cristo, ofrece este sacrificio único dado de una vez para siempre y lo hace participando activamente en este sacrificio, de ahí que cada cristiano se va haciendo otro Cristo¹²⁰. Para alcanzar tal fin se da la

¹¹⁶ L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia*, 14.

¹¹⁷ *Ibid.*, 43.

¹¹⁸ O. CASEL, *El misterio del culto en el cristianismo*, 6.

¹¹⁹ Cf. *Ibid.*, 9; 11.

¹²⁰ Cf. *Ibid.*, 10-12; 19-20.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

conjugación de la iniciativa divina que ofrece la gracia y la respuesta activa del hombre por la que se asocia a esa obra salvadora; esta confluencia se da mediante «los Misterios del culto, es decir, acciones sagradas que nosotros realizamos, pero que el Señor (por el ministerio de los sacerdotes de la Iglesia) realiza simultáneamente en nosotros. Por estas acciones, podemos participar en los actos redentores de Cristo»¹²¹. Dado que permiten esta comunión con los sufrimientos reales de Cristo, Casel señala que «los ritos sagrados que simbolizan el Misterio de Cristo y lo realizan en nosotros merecen, pues con todaa [sic] razón, ser llamados, a su vez, misterios»¹²², entre ellos destaca el misterio sacrificial de la Misa que permite que el Misterio del culto pueda continuar a través de los siglos el Misterio de Cristo.

De este modo, continúa señalando el autor, la liturgia para ser entendida en su adecuado sentido necesita recurrir a la noción de *mysterium* dado que no sólo hace referencia a un culto externo sino que abarca también la donación interna y absoluta que comprende el culto cristiano¹²³. Esto es así para toda la Iglesia, por lo que todos los fieles deben participar activamente en la liturgia, según su orden sagrado, su condición y las normas establecidas pues por el carácter sacramental del Bautismo y Confirmación participan del sacerdocio de Cristo¹²⁴. Como consecuencia de estas consideraciones se entiende que «la comprensión cada vez más profunda y la participación cada vez más viva en el *mysterium* deben convertirse en el centro mismo de la vida cristiana y deben constituir aquel sacrificio del todo agradable a Dios»¹²⁵.

Por su parte, en su obra *El espíritu de la liturgia* Guardini piensa la liturgia como la manifestación más perfecta de la vida espiritual que se ha desarrollado universalmente y se ha hecho la vía ordinaria de la vida de piedad colectiva¹²⁶, siendo definida como «el culto público y oficial de la Iglesia, ejercido y regulado por los ministros»¹²⁷. En su relación con la piedad no litúrgica, la liturgia se sitúa como la norma, es la *lex orandi*, por lo que «la oración no litúrgica deberá siempre ajustarse a ella, renovarse y fertilizarse en ella»¹²⁸. Ahora bien, también señala que la liturgia no es la única expresión de espiritualidad para el creyente, sino que se espera que junto con la vida litúrgica se pueda cultivar una vida de oración individual¹²⁹.

¹²¹ O. CASEL, *El misterio del culto en el cristianismo*, 13-14.

¹²² *Ibid.*, 16.

¹²³ Cf. *Ibid.*, 39.

¹²⁴ Cf. *Ibid.*, 67.

¹²⁵ *Ibid.*, 70.

¹²⁶ Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 7.

¹²⁷ *Ibid.*, 8.

¹²⁸ *Ibid.*, 9.

¹²⁹ Cf. *Ibid.*, 48.

Además el sujeto de la liturgia es la Iglesia en cuanto es una unidad orgánica vivificada por el Espíritu Santo, formar parte de ella implica para el fiel renunciar a sus propias vías espirituales, salir de sí mismo para vivir la verdadera fraternidad, implica pasar de un yo a un nosotros¹³⁰. Y en la Iglesia se aprende el estilo espiritual mediante la liturgia, lo que permite que el creyente pueda desenvolverse con verdadera libertad en su vida interior, siempre dentro del orbe objetivo y espiritual, católico¹³¹.

Para este autor, la liturgia no sólo aborda una dimensión puramente espiritual sino que abarca también la corporalidad, para ello se vale del símbolo por el cual el contenido espiritual se traduce en un acto o un movimiento corpóreo y la acción exterior puede influir en un movimiento interior¹³². De ahí el sentido de los movimientos corporales, acciones, gestos y todo lo tangible en la celebración litúrgica.

Guardini pone de relieve que muchas veces se persigue en todas las cosas una finalidad práctica, utilitaria, mas insta a mirar el sentido que pueden encerrar algunas cosas aparentemente carentes de utilidad; esto llevado a la vida de la Iglesia permite comprender que en ella existan medios que persiguen una finalidad práctica, pero hay otros que no responderán a este criterio, como lo es la liturgia, pues ella tiene su razón de ser en sí misma en tanto que su fundamento de ser es Dios¹³³. En este punto se vale de la expresión de la liturgia como un juego, entendiendo éste como «el desbordamiento de vida, sin más fin que la plenitud y la expresión de esa misma vida, pero llena de sentido en su puro existir»¹³⁴, de ahí que vivir la liturgia sería un «jugar ante Dios», convirtiéndose cada uno en obra de arte, siendo y viviendo ante su presencia. Hay que reconocer que es el Espíritu Santo quien ha ordenado este juego, por lo que –señala- se debe

aprender a resignarse a no estar siempre en actividad, a no hacer algo, a no querer esperar o investigar la finalidad de todo lo que se realiza, a sentirse dichosa con sólo estar entretenida en la presencia de Dios, a vivir con libertad, alegría y arte este juego de la liturgia, que su mismo Dios y Señor reglamentó y ve con ojos de complacencia¹³⁵.

También, este autor, quiere evitar que se encierre la liturgia en una visión estética de la misma por ello reafirmará que lo primordial en la liturgia es «ser instrumento de salvación: para nosotros en la liturgia no debe tratarse con preferencia de otra cosa que de la verdad y del sentido

¹³⁰ Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 29-33.

¹³¹ Cf. *Ibid.*, 47.

¹³² Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 52-56.

¹³³ Cf. *Ibid.*, 65-66.

¹³⁴ *Ibid.*, 68.

¹³⁵ *Ibid.* 70.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

vital»¹³⁶, lo que más se busca con la liturgia es la salvación. Teniendo tales consideraciones se puede, luego, apreciar la plena belleza de la liturgia.

Prosiguiendo con su desarrollo, el Movimiento litúrgico toma más fuerza cuando en París se funda en 1943 el Centro de pastoral litúrgica que «aconsejado por teólogos de fama, atento a las necesidades del pueblo cristiano, deseosos de fidelidad a la disciplina canónica abrió el camino en Francia a las reformas del Concilio Vaticano II»¹³⁷.

Dentro del Movimiento litúrgico surgieron, además, otros representantes como el abad I. Herwegen y el monje Möhlberg en Alemania; Pius Parsch en Austria; Caronti en Italia; y los monasterios de Montserrat y Silos en España; entre otros.

Tales avances en varias regiones, no estarán exceptos de ciertas oposiciones que deberán superar, siendo una de las más notables el debate entre la espiritualidad basada en las prácticas de devoción y la nueva piedad litúrgica que promovía este Movimiento, teniendo como abanderados de las posturas al jesuita Navatel y al benedictino Dom Festugière respectivamente, pues «según Festugière la liturgia era el mejor alimento de la espiritualidad, según Navatel, por el contrario, la liturgia era únicamente la parte sensible del culto oficial de la Iglesia»¹³⁸; será hasta 1947 cuando Pio XII mediante la Encíclica *Mediator Dei* reconozca los esfuerzos que emprendieron estos teólogos. Influenciado por sus aportes iniciará algunas reformas parciales que serán continuadas luego por el Papa Juan XXIII hasta el inicio del Concilio Vaticano II.

3.2 *Magisterio pontificio desde el siglo XX*

A fines del siglo XIX y el siglo XX surge el Movimiento litúrgico –como ya hemos referido– que buscaba favorecer el acercamiento de los fieles a las celebraciones litúrgicas con un intento de colocar la liturgia como fuente de la espiritualidad.

Esta influencia llega hasta el Magisterio de la Iglesia desarrollado en este periodo, así Pio X en el *Motu proprio Tra le sollecitudini* (1903) en el que abordaba el tema de la música sacra, propone que la liturgia tiene como finalidad «la gloria de Dios y la santificación y edificación de los fieles»¹³⁹ y por eso la música que se usa en ella debe incentivar la devoción de los fieles y disponerlos para acoger la gracia propia de los misterios

¹³⁶ R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 85.

¹³⁷ P. JOUNEL, «Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II», 104.

¹³⁸ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 80.

¹³⁹ PIO X, *Motu proprio Tra le sollecitudini*, n.1.

sagrados, poniendo de esta manera un acento en la interioridad de la celebración.

Por su parte Pio XII en la encíclica *Mediator Dei* (1947) da cuenta del nuevo despertar que estaba presentándose en los estudios litúrgicos lo cual favorecía la vida espiritual de los cristianos en cuanto que las celebraciones eran mejor comprendidas, se incentivó una mayor participación de los fieles y las oraciones litúrgicas fueron más estimadas; colocando en el centro de la piedad el culto eucarístico¹⁴⁰. El centro de la liturgia se halló en la acción de Jesucristo en ella, por ello se la define como:

El culto público que nuestro Redentor tributa al Padre como cabeza de la Iglesia, y el que la sociedad de los fieles tributa a su Fundador y, por medio de Él, al eterno Padre: es, diciéndolo brevemente, el completo culto público del Cuerpo místico de Jesucristo, es decir de la Cabeza y de sus miembros¹⁴¹.

A diferencia de las anteriores consideraciones sobre el culto, en esa encíclica se coloca como primera finalidad de la liturgia la santificación de los hombres y luego la glorificación de Dios. La primacía la adquiere Dios quien actúa a través de la liturgia para hacer presente sus maravillas y transformar a los hombres hasta llegar a ser otro Cristo, que es definitiva en lo que consiste la santidad.

Además, se intenta considerar tanto el factor externo de la liturgia como su interioridad; se señala que el culto tiene que ser esencialmente interno pues «es necesario vivir en Cristo, consagrarse completamente a Él, para que en Él, con Él y por Él se dé gloria al Padre»¹⁴². Poniendo este énfasis se previene del peligro de convertir la liturgia en un mero ritualismo vacío, haciendo de ella sólo un ceremonial decorativo o un conjunto de leyes que se deben cumplir por mandato de la jerarquía eclesiástica¹⁴³. De ello se entiende que el alma rinde verdadero culto a Dios cuando se va elevando a la perfección de la vida, por eso puede afirmar que «todo lo que se refiere al culto religioso interior tiene realmente su importancia; pero el alma de todo ello ha de ser que los cristianos vivan la vida de la liturgia, nutriendo y fomentando su inspiración sobrenatural»¹⁴⁴.

En relación con las prácticas de piedad personales, refiere que éstas tienen importancia para alimentar, estimular, vigorizar y animar en el camino a la santidad¹⁴⁵, pero no deben entrar en competencia con la

¹⁴⁰ Cf. Pío XII, *Enc. Mediator Dei*, n.8.

¹⁴¹ Pío XII, *Enc. Mediator Dei*, n.29.

¹⁴² *Ibid.*, n.34.

¹⁴³ Cf. *Ibid.*, n.35; 38-39.

¹⁴⁴ *Ibid.*, n.242.

¹⁴⁵ Cf. *Ibid.*, n.45-46; 52; 217; 219; 228.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

liturgia, la cual tiene superioridad; más bien deben armonizarse pues en ambas actúa el Espíritu Santo.

La acción santificadora de la liturgia opera en cada uno y en todos los fieles¹⁴⁶, con ello se refuerza el papel de los laicos que antes se encontraban más alejados de la liturgia; en referencia a la Eucaristía se señala que los fieles cristianos también se ofrecen junto con Cristo, se hacen hostias espirituales. Así también en relación al Oficio divino se señala que éste contribuye para que a lo largo del tiempo y las diversas condiciones humanas los fieles se unan con Dios íntima y constantemente, pues el espíritu acompaña la voz para irse apropiando de aquello que se recita, consagrando a Dios toda la persona y sus acciones¹⁴⁷.

Partiendo de esta concepción de la liturgia en el pontificado de Pio XII, surgirá también el Decreto *Maxima redemptionis nostrae mysteria* (1955) por el cual se restaura la liturgia de la Semana Santa, considerando que en ella se celebran los más grandes misterios de nuestra redención que se centran en el misterio pascual de Cristo. En este decreto refiere que las celebraciones de estos días poseen especial fuerza y eficacia sacramental en la alimentación de la vida cristiana que no puede ser reemplazada por ninguna otra devoción extralitúrgica¹⁴⁸, estableciendo de este modo indirectamente la superioridad de la liturgia como alimento de la vida cristiana.

En el pontificado de san Juan XXIII se dará inicio al acontecimiento que ha marcado la Iglesia en el siglo XX y posteriores: la apertura del Concilio Vaticano II, que marca una renovación en la mirada de la Iglesia sobre sí misma y su misión en el mundo; el Papa Pablo VI será el encargado de concluir el concilio e iniciar la puesta en marcha de las propuestas que han surgido en él. Uno de los principales temas a tratar en el Concilio fue la liturgia mediante la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, que fue el primer documento en ser promulgado y da pie a una consideración más teológica de la liturgia de la Iglesia. El contenido de este documento se abordará en el segundo capítulo de este escrito. No obstante, señalamos lo que será una idea fuerza del pensamiento conciliar: «Al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu

¹⁴⁶ Cf. Pio XII, *Enc. Mediator Dei*, n.48; 105; 120; 122.

¹⁴⁷ Cf. *Ibid.*, n.172; 180.

¹⁴⁸ «Etenim sacrosanctae hebdomadae ritus, non solum singulari dignitate, sed et peculiari sacramentali vi et efficacia pollent ad christianam vitam alendam, nec aequam obtinere possunt compensationem per pia illa devotionum exercitia, quae extraliturgica appellari solent, quaeque sacro triduo horis postmeridianis absolvuntur» SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RITOS, *Decretus generale Maxima Redemptionis*, 16.XI.1955.

verdaderamente cristiano»¹⁴⁹. Quedando así consagrada la relación estrecha entre liturgia y espiritualidad.

En el periodo posterior al Concilio Vaticano II, se presenta el pontificado de san Juan Pablo II quien en la carta *Dominicae Cenae* (1980) sobre el misterio y culto de la Eucaristía, refiere que ésta da la posibilidad a los fieles de ser edificados y vivificados para ofrecer sacrificios espirituales¹⁵⁰, pues dado que es fuente de amor se constituye en el alma de toda la vida cristiana, que no es otra cosa que el camino del amor a Dios y al prójimo, así «fruto vivo de este culto [eucarístico] es la perfección de la imagen de Dios que llevamos en nosotros, imagen que corresponde a la que Cristo nos ha revelado. Convirtiéndonos así en adoradores del Padre “en espíritu y verdad”»¹⁵¹. Una vida así, señala esta carta, toma un estilo sacramental, en la cual Dios actúa en el fiel por medio de los sacramentos en virtud del sacerdocio común de cada bautizado para hacerle llegar en el Espíritu a la plena madurez de Cristo¹⁵².

Además, en este documento se considera que la dimensión sacrificial de la Eucaristía remarca la capacidad de todos los miembros del cuerpo de Cristo de hacerse ofrenda a Dios y vivir en la unión con Dios y entre los hermanos, así refiere:

En cambio todos aquellos que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como él [el sacerdote ordenado], ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados por el pan y el vino, desde el momento de su presentación en el altar. [...] El pan y el vino se convierten en cierto sentido en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu¹⁵³.

En el nuevo milenio el magisterio de Benedicto XVI presentará algunas referencias sobre la espiritualidad que nace de la liturgia sobre todo en la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (2007) que en su segunda parte indica que la *actuosa participatio* que se pide a los fieles en la liturgia debe ser comprendida como una participación «partiendo de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida cotidiana»¹⁵⁴, para poder alcanzar este propósito hace falta que los fieles posean ciertamente un espíritu de conversión continua, que se favorece con el cultivo del silencio y recogimiento, el ayuno y la confesión sacramental; así como una participación en la vida eclesial que los motive a dar testimonio en el

¹⁴⁹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.14.

¹⁵⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Caenae*, n.2.

¹⁵¹ JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Caenae*, n.5.

¹⁵² Cf. *Ibid.*, n.7.

¹⁵³ *Ibid.*, n.9.

¹⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Postsinodal Sacramentum Caritatis*, n.52.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

ámbito donde se encuentren. Así la liturgia nutre la interioridad de la persona que participa en la celebración y ésta puede corresponder fructuosamente con lo celebrado ofreciendo su propia vida en unión con Cristo para la salvación del mundo entero¹⁵⁵.

En este documento se exhorta a cuidar que los fieles posean las disposiciones interiores que corresponden a los gestos y las palabras de las celebraciones para ello se propone la ayuda de las catequesis mistagógicas, a imitación de las realizadas en las primeras comunidades cristianas; se plantea el establecimiento de un itinerario mistagógico que interprete los ritos vividos a la luz de los acontecimientos salvíficos, que profundice en el significado de los ritos y que lleve éstos a una repercusión en la vida concreta de los fieles¹⁵⁶.

En la tercera parte de esta Exhortación, se nos presenta la Eucaristía como misterio que se ha de vivir, como cumplimiento del nuevo culto, que está referido a la «ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia»¹⁵⁷. Se presenta el sacrificio en referencia a hacer sagrada toda la realidad humana a la luz de Cristo para transfigurar todos los aspectos de la vida (pensamientos, palabras y obras) pues «el cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana»¹⁵⁸. Se trata, en definitiva, de un nuevo modo de vivir cristianamente todas las circunstancias de la existencia haciendo de ellas una ofrenda agradable a Dios.

Tomar conciencia de esta verdad ayuda a vivir la verdadera espiritualidad, es decir, una vida según el Espíritu, pues se renueva la mentalidad de los fieles para poder apreciar al mundo y sus posibilidades desde la nueva mirada que busca insertar a Dios en las realidades temporales desde cada una de las situaciones existenciales de los laicos, pues en ellas van respondiendo a la vocación puesta desde su Bautismo¹⁵⁹.

La puesta en práctica de la caridad es propia a la Eucaristía, sostiene la Exhortación, pues este sacramento hace realidad la comunión con Dios y con los hermanos, así el amor acogido conlleva al deseo de corresponder al mismo con la totalidad del propio ser contando con las

¹⁵⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Postsinodal Sacramentum Caritatis*, n.64.

¹⁵⁶ Se plantea un itinerario mistagógico que comprenda: la interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos, introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos y enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana en todas sus facetas. BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Postsinodal Sacramentum Caritatis*, n.64.

¹⁵⁷ *Ibid.*, n.70.

¹⁵⁸ *Ibid.*, n.71. Y en este mismo sentido puede verse: BENEDICTO XVI, *Lectio divina en el Seminario romano mayor*, 15.II.2012.

¹⁵⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Postsinodal Sacramentum Caritatis*, n.77; 79.

limitaciones propias de la fragilidad humana; ahora bien, esta respuesta no puede quedar reservada al ámbito privado sino que se hace manifiesta en nuestras relaciones sociales que reclaman la coherencia eucarística¹⁶⁰.

La liturgia de la Iglesia posee este dinamismo en la espiritualidad de los fieles, nos dice Benedicto XVI en el *Motu proprio Summorum pontificum*, pues ya ha impulsado a lo largo de todos los siglos a los santos y ha hecho fecunda la piedad de los fieles; por ello la liturgia ha estado presente en la preocupación de los pontífices.

Por su parte, el magisterio del Papa Francisco también se hace eco de su predecesor en cuanto reafirma que el verdadero culto espiritual que nos permite la liturgia es la donación de la propia persona y en esto radica su originalidad cristiana que evita que caiga en un sentido sagrado genérico o en un esteticismo vacío. Señala el Papa que «al ser acción de Cristo, la liturgia impulsa desde dentro a revestirse de los mismos sentimientos de Cristo, y en este dinamismo toda la realidad se transfigura»¹⁶¹. La liturgia nos permite entrar en el misterio de Dios y ser en Él, nos permite vivir la experiencia transformativa, solo así se hace fuente de vida y luz para la vida cristiana¹⁶².

En sus escritos el Papa Francisco siempre ha dejado notar algunos referentes que pueden favorecer la comprensión de una espiritualidad cuyo origen está en la liturgia.

En esta línea en su Encíclica *Lumen Fidei* (2013), el Sumo Pontífice señala que la fe como luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo se transmite de esta manera a través de la liturgia de la Iglesia, pues ésta «pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones»¹⁶³. Los sacramentos van a implicar, así, toda la vida del creyente por ello la existencia humana tomará un sentido sacramental, «en el que lo visible está abierto al misterio de lo eterno»¹⁶⁴.

En consecuencia, al considerar el bautismo recuerda que no se trata de sólo una profesión de fe, sino que el bautizado es una criatura renacida que adquiere una nueva forma de vivir en la Iglesia como hijo de Dios, implicando toda la persona en esta transformación radical¹⁶⁵, esto se resume en la afirmación «quien confiesa la fe, se ve implicado en la verdad que confiesa»¹⁶⁶.

¹⁶⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Postsinodal Sacramentum Caritatis*, n. 82-83.

¹⁶¹ FRANCISCO, *Mensaje a los participantes en el simposio «Sacrosanctum concilium. Gratiud y compromiso por un gran movimiento eclesial»*, 18.II.2014.

¹⁶² Cf. FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa del III domingo de Cuaresma*, 7.III.2015; *Homilía en la Misa en santa Marta*, 10.II.2014.

¹⁶³ FRANCISCO, *Enc. Lumen Fidei*, n.40.

¹⁶⁴ *Ibid.*, n.40.

¹⁶⁵ Cf. *Ibid.*, n.41-42.

¹⁶⁶ *Ibid.*, n.45.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

Esta implicación conlleva a comunicar aquello que se ha recibido y experimentado, de ahí que en su primera Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) el Papa Francisco relaciona la liturgia con la evangelización señalando:

La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo¹⁶⁷.

El Papa pone el acento en esta vinculación necesaria pues la dimensión misionera es imprescindible para una verdadera vida espiritual previniendo que en ocasiones ésta se «confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora»¹⁶⁸, este peligro se acentúa en un entorno cultural en el que se pretende una espiritualidad sin Dios. Francisco invita a la puesta en obra concreta de la fe en actos de caridad y evangelización, pero recuerda que se debe evitar el peligro del activismo: «las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen»¹⁶⁹.

Debido a esto dedica el quinto capítulo a mostrar los rasgos para ser evangelizadores con espíritu, que viven una acción evangelizadora donde el Espíritu Santo es el alma de la misma; aunque no desarrolla en su totalidad cómo la liturgia aporta en esta espiritualidad señala que la adoración eucarística o la celebración de la fe aportan en su riqueza y no se pretende sean reemplazadas¹⁷⁰.

En el contexto de la liturgia este documento cuando habla de la homilía, hace referencia a la celebración litúrgica como momento de diálogo de Dios y su pueblo¹⁷¹, dentro del cual la homilía se hace «parte de la ofrenda que se entrega al Padre y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración»¹⁷², de ahí que tenga como finalidad el fomento de la comunión con Cristo que transforme la vida.

Cuando el Papa habla de espiritualidad remarca que debe transformar el corazón, por lo que es necesario el fomento de un espacio profundo de oración junto con la vivencia del compromiso misionero¹⁷³.

¹⁶⁷ FRANCISCO, *Exhort. Apost. Evangelii gaudium*, n.24.

¹⁶⁸ *Ibid.*, n.78.

¹⁶⁹ *Ibid.*, n. 82.

¹⁷⁰ Cf. *Ibid.*, n. 260.

¹⁷¹ *Ibid.*, n.137.

¹⁷² *Ibid.*, n.138.

¹⁷³ *Ibid.*, n.262.

Continuando con su magisterio, el Papa en su Encíclica *Laudato Si* (2015) sigue remarcando que la espiritualidad implica una relación de intimidad con Dios por la cual se acoge el amor de Dios y se le adora a causa del mismo¹⁷⁴, así la espiritualidad ecológica que propone implicará un salir de sí para entrar en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas, «una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad»¹⁷⁵. En este sentido la liturgia ofrece el espacio donde esta comunión se haga más plena.

Y en la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia* (2016) presenta la riqueza de una espiritualidad matrimonial. Explicando lo que abarca el sacramento del matrimonio, puso el acento en el encuentro de los esposos con Cristo que sale hacia ellos, mediante el sacramento, para acompañarlos en su caminar haciendo presente el amor de Dios en la comunión de los esposos¹⁷⁶, pues «el matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros»¹⁷⁷.

En su Exhortación apostólica referente a la santidad en el mundo actual, *Gaudete et exsultate* (2018), conecta la liturgia con el concreto vivir de la persona, por eso refiere que «nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos»¹⁷⁸. Desde la interioridad de la persona ésta se ofrece y sale transformada a renovar en Cristo el mundo con una entrega a los hermanos que le rodean, por ello el Papa Francisco afirma que «quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia»¹⁷⁹.

Sin embargo, no se puede deducir que haya un menosprecio por la celebración litúrgica pues el mismo Papa señala que es medio de santificación ya conocido¹⁸⁰. Además al señalar que uno de los rasgos de la santidad actual es el vivir en comunidad éste encuentra su plenitud en la celebración litúrgica ya que el «compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera»¹⁸¹. Y en referencia a la Eucaristía refiere que en ella «el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo

¹⁷⁴ Cf. FRANCISCO, *Enc. Laudato Si*, n.73.75.

¹⁷⁵ *Ibid.*, n. 240.

¹⁷⁶ Cf. FRANCISCO, *Exhort. Apost. Amoris laetitia*, n.73.

¹⁷⁷ *Ibid.*, n.121.

¹⁷⁸ FRANCISCO, *Exhort. Apost. Gaudete et exsultate*, n.104.

¹⁷⁹ *Ibid.*, n.107.

¹⁸⁰ *Ibid.*, n.110.

¹⁸¹ *Ibid.*, n.142.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora»¹⁸². Además, la posibilidad de santidad en todos los fieles parte de la gracia del Bautismo¹⁸³.

Sumado a sus escritos para poder comprender los misterios que encierra la celebración litúrgica que realiza la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía, el Sucesor de Pedro brindó un ciclo referido a ésta en la Audiencia General que tiene los miércoles desde el 08 de noviembre de 2017 al 4 de abril de 2018 en las que, al estilo de las catequesis mistagógicas de los Padres de la Iglesia, intentó de una manera sencilla y profunda explicar el significado de este sacramento para la vida de la Iglesia y de cada fiel.

Desde la primera catequesis se entiende que la Eucaristía «hace de nuestra vida un sacrificio espiritual de alabanza y agradecimiento y hace de nosotros un solo cuerpo con Cristo»¹⁸⁴, por eso para el Pontífice es clave señalar que en ella hay un encuentro con Dios real, se da una teofanía cuando participamos en la Misa, que es signo de Su amor hacia el hombre. Así «a través de la celebración eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal»¹⁸⁵, por ello el Papa insiste en no confundir la participación de la Eucaristía con la asistencia a un mero espectáculo. La participación activa de la totalidad de la persona a la que instruye el Papa a través de esta formación litúrgica para los fieles, es la que permite el paso de la celebración a la vida, pues «los cristianos no van a Misa para hacer una tarea semanal y después se olvidan, no»¹⁸⁶. Al salir de cada celebración se busca hacer en cada realidad en la que el fiel se encuentra como hizo Cristo, pues en esto radica la santidad, hacer de Sus pensamientos y sentimientos los propios, que los fieles se dejen transformar por la fuerza del Espíritu Santo.

En esta misma línea la Carta apostólica *Desiderio desideravi* (2022) hace un llamado al cultivo de una adecuada formación litúrgica de los fieles, dando importancia al cultivo del *ars celebrandi*¹⁸⁷. Las reflexiones propuestas por el Papa Francisco parten de lo ya expresado por la Constitución *Sacrosanctum Concilium* respecto de su visión teológica de la liturgia para favorecer que todo el pueblo de Dios pueda beber de ella como fuente principal para la espiritualidad cristiana¹⁸⁸.

¹⁸² FRANCISCO, *Exhort. Apost. Gaudete et exsultate*, n.157.

¹⁸³ Cf. *Ibid.*, n.15.

¹⁸⁴ FRANCISCO, *Audiencia General*, 8.IX.2017.

¹⁸⁵ FRANCISCO, *Audiencia General*, 22.IX.2017.

¹⁸⁶ FRANCISCO, *Audiencia General*, 04. IV.2018.

¹⁸⁷ Cf. FRANCISCO, *Carta Apost. Desiderio desideravi*, n.62.

¹⁸⁸ Cf. *Ibid.*, n.16; 61.

Para poder vivir de este modo la liturgia, es necesaria la fe que permite reconocer la iniciativa divina ante la cual el hombre debe responder con la entrega de sí mismo a ese amor¹⁸⁹. La centralidad de la liturgia está en el misterio pascual de Cristo, que es el único y verdadero culto que se puede rendir al Padre, el cual se actualiza para permitir el más genuino encuentro con el Señor que hace posible que el fiel sea alcanzado por su poder salvífico¹⁹⁰. Este encuentro comienza en el Bautismo, por el cual el creyente se incorpora en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, de este modo siendo hijos en el Hijo se puede ser parte de la ofrenda perfecta de Cristo al Padre¹⁹¹.

El Papa Francisco indica, además, que la liturgia, entendida en su belleza más plena, libra a los fieles de la «mundanidad espiritual» expresada bajo forma de gnosticismo y neopelagianismo; frente al primer peligro, la liturgia no encierra en un subjetivismo sino que siempre que se celebra se habla de un «nosotros» que es Cristo-Iglesia; frente al segundo, la liturgia muestra la gratuidad de la salvación que se ofrece como don y se acepta con docilidad¹⁹².

Retomando la concepción de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (n.7), el Papa busca cultivar el asombro por el regalo de la salvación obtenida mediante el misterio pascual de Cristo que se hace presente y eficaz en la acción litúrgica a través los gestos simbólicos¹⁹³. Para poder asombrarse, se requiere de una formación litúrgica seria y vital, que se despliega en dos aspectos: una formación para la liturgia y una formación desde la liturgia¹⁹⁴.

Para el primer aspecto, se recomienda el estudio de la ciencia teológica y la transmisión accesible a todos los creyentes del mismo, así se podrá conocer y comprender aquello que se celebra, además se debe considerar que este estudio debe ir siempre acompañado de la práctica de una fe viva¹⁹⁵. Partiendo de esto último, el segundo aspecto de la formación litúrgica permite experimentar la celebración como lugar de real comunión con Dios, una relación que implica toda la vida del creyente y es capaz de configurar al fiel cada vez más con Cristo¹⁹⁶. Para alcanzar este fin la liturgia usa la vía sacramental, es decir, se vale de los símbolos, de ahí que sea necesario redescubrir el valor de los mismos desde una experiencia vital, esto es adquirir una actitud que permite comprenderlos

¹⁸⁹ Cf. FRANCISCO, *Carta Apost. Desiderio desideravi*, n. 5-6.

¹⁹⁰ Cf. *Ibid.*, n. 10-11.

¹⁹¹ Cf. *Ibid.*, n.14-15.

¹⁹² Cf. *Ibid.*, n. 17-20.

¹⁹³ Cf. *Ibid.*, n. 21-26.

¹⁹⁴ Cf. *Ibid.*, n. 34.

¹⁹⁵ Cf. *Ibid.*, n. 35-38.

¹⁹⁶ Cf. *Ibid.*, n. 41.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN

como canales de gracia. Para ello, el Papa señala que es importante cuidar vital e interiormente el *ars celebrandi*¹⁹⁷, siempre a la luz de la acción del Espíritu Santo operante en la liturgia¹⁹⁸. Este arte implica a todos los bautizados¹⁹⁹ aunque los ministros adquieren una responsabilidad especial dado que poseen el servicio de la presidencia de la asamblea²⁰⁰ que debe vivirse desde la conciencia de ser, por la ordenación sacerdotal, una presencia particular del amor de Dios por su pueblo²⁰¹.

En resumen, partiendo del tratamiento de la liturgia según las consideraciones del Concilio Vaticano II se centra la mirada en su aspecto teológico, lo que ha sido la base para la mejor comprensión del desarrollo de la espiritualidad que de ella se desprende y que debe arraigar en los fieles que participan en la celebración, de este modo el Magisterio de la Iglesia se ha puesto cada vez más al servicio de lo revelado para esclarecerlo, exponerlo y defenderlo contribuyendo, en definitiva, a la salvación de los hombres.

3. 3. *Catecismo de la Iglesia Católica*

El Catecismo de la Iglesia Católica²⁰² publicado el 7 de diciembre de 1992 fue fruto de las consideraciones propuestas a partir del Concilio Vaticano II, se constituye para todos los creyentes²⁰³ en un norma segura para la doctrina, para que ésta puede ser mejor conocida, amada y vivida a profundidad, y con ello los fieles puedan transmitirla con una mayor convicción.

A este respecto Juan Pablo II, en la Constitución apostólica *Fidei depositum* por la que publicaba este catecismo, escribía:

El Catecismo de la Iglesia católica, que aprobé el día 25 del pasado mes de junio y que hoy dispongo publicar en virtud de mi autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia. Yo lo considero un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe. Ojalá sirva

¹⁹⁷ Cf. FRANCISCO, *Carta Apost. Desiderio desideravi*, n. 48; 53.

¹⁹⁸ Cf. *Ibid.*, n. 49.

¹⁹⁹ Cf. *Ibid.*, n. 51.

²⁰⁰ Cf. *Ibid.*, n.54.

²⁰¹ Cf. *Ibid.*, n.57.

²⁰² En adelante CEC.

²⁰³ Es de notar que este Catecismo fue pensado para ser acogido por los laicos, a diferencia del anterior Catecismo Romano generado a partir de las directrices del Concilio de Trento que estaba dirigido a los párrocos.

para la renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino²⁰⁴.

En cuanto a su estructura fue pensada en miras a los rasgos esenciales que debe conocer quién es católico, estos elementos fundamentales son la fe, los sacramentos, los mandamientos y el Padre Nuestro; todos ellos entrelazados en tanto que en su conjunto muestran que «para ser cristiano, hay que aprender a creer; hay que aprender la manera cristiana de vivir [...]; hay que poder orar como cristiano y [...] familiarizarse con los misterios, con el culto de la Iglesia»²⁰⁵. El CEC quedó dividido, siguiendo el modelo del Catecismo de Trento, en cuatro partes mostrando en lo que la Iglesia cree, lo que celebra, lo que vive y cómo ora.

En la segunda parte del CEC denominada *La celebración del misterio cristiano* se aborda las consideraciones sobre la liturgia fundamental y los sacramentos. La liturgia se presenta en directa relación con el misterio de Cristo. Es este misterio el que da sentido a la liturgia, pues ella lo anuncia y celebra. La realidad eclesiológica de la liturgia queda también manifiesta ya que es la acción sagrada por excelencia de la Iglesia²⁰⁶, a través de la celebración del misterio el pueblo de Dios puede tomar parte en la obra de Dios, es decir, puede seguir realizando la salvación de los hombres.

La liturgia no se queda reducida a un cumplimiento de rúbrica o consideraciones estéticas y externas de las celebraciones cultuales que realiza la Iglesia, sino que va al corazón de las éstas pues debe dar fruto en la vida misma de los fieles, así la liturgia impregna la vida del creyente porque le permite poder acceder a una vida espiritual genuina. Sin embargo, este fruto no vive dado de por sí, sino que para una vivencia plena de la liturgia se hace necesario tener previamente un encuentro con Dios que suscite la fe y la respuesta a la gracia mediante la conversión de la vida misma hacia Él, pues la gracia que el fiel recibe en la liturgia llama a una participación vital. Así lo señala el CEC, n.1072:

La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia" (SC 9): debe ser precedida por la evangelización, la fe y la conversión; sólo así puede dar sus frutos en la vida de los fieles: la Vida nueva según el Espíritu, el compromiso en la misión de la Iglesia y el servicio de su unidad.

En la liturgia se pueden presentar dos dimensiones complementarias, por un lado, a través de la adoración, la alabanza y la acción de gracias se bendice a Dios por todos los dones que de Él se han recibido, sobre todo por el gran Don (Cristo mismo); y por otro, se ofrece la presentación

²⁰⁴ JUAN PABLO II, *Const. Apost. Fidei depositum*, n.4.

²⁰⁵ J. RATZINGER – C. SCHÖRBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, 30.

²⁰⁶ Cf. CEC, n. 1091;1108.

CAP. I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA
REVELACIÓN

de los propios dones en comunión con Cristo, implorando que venga el Espíritu Santo para que éstos puedan dar fruto.

Es la acción del Espíritu Santo que fue infundido por Cristo en su Iglesia, mediante la sucesión apostólica, la que permite que las acciones litúrgicas tengan el poder santificador²⁰⁷, es decir, brinda a los fieles la posibilidad de vivir según el Espíritu²⁰⁸. Esta es una llamada que siempre encierra cada una de las acciones sacramentales, se espera que el fiel responda con fe para que se establezca una cooperación. La fe que se pide abarca la totalidad de la persona y vida del creyente. En todo el pueblo de Dios, el Espíritu Santo a través de la liturgia -el CEC señala en específico a través de la dispensación sacramental- prepara el encuentro con Cristo, hace presente y actualiza el misterio de Cristo y genera el espíritu de comunión de la Iglesia a la vida y misión de Cristo²⁰⁹. Esto que se dice de toda la Iglesia se puede aplicar a cada uno de sus miembros pues la vida cristiana es prolongación de la gracia que se recibe en el culto divino.

Así el fiel se abre a una vida espiritual que nace y se enriquece de la liturgia que vive en la Iglesia, en ella el Espíritu Santo se apropia y transforma su vida toda configurándola con Cristo para hacerla una ofrenda agradable a Dios Padre, en este sentido el CEC refiere:

La Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles una ofrenda viva a Dios mediante la transformación espiritual a imagen de Cristo, la preocupación por la unidad de la Iglesia y la participación en su misión por el testimonio y el servicio de la caridad²¹⁰.

La preparación para la acogida de las gracias propias de cada acción litúrgica vienen precedidas por la gracia del Espíritu Santo, que «suscita la fe, la conversión del corazón y la adhesión a la voluntad del Padre»²¹¹, es una preparación del corazón que dispone a dar frutos en la vida de cada creyente en concreto.

La acción del Espíritu Santo no sólo dispone, sino que además, coloca a los fieles en una relación viva con Cristo para que «puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración»²¹², esta es la respuesta de la fe como consentimiento y compromiso. Esta actualización del único Misterio mediante la epiclesis permite que el fiel preguste del anticipo de la comunión plena con la Santísima Trinidad.

²⁰⁷ Cf. CEC, n.1087.

²⁰⁸ La vida espiritual se presenta como un llamado para todo hombre al señalar que «la vida en el Espíritu Santo realiza la vocación del hombre» (CEC, n.1699).

²⁰⁹ Cf. CEC, n.1092; 1097.

²¹⁰ *Ibid.*, n. 1109.

²¹¹ *Ibid.*, n.1098.

²¹² CEC, n.1101.

La comunión con Cristo y por Él con la Santísima Trinidad que nos brinda la liturgia, también genera en los creyentes la comunión fraterna. Por ello la vida se hace también ofrenda en el amor y el servicio a los hermanos.

Por todo lo anterior, Castellano afirma que la noción de liturgia que se presenta desde el CEC postula una espiritualidad, que posee las siguientes notas:

La espiritualidad acentúa la necesidad intrínseca de la plena participación que acoge y celebra el misterio en la fe, en la esperanza y en el amor, en una experiencia que está llamada a crecer y madurar, porque es connatural a la liturgia, y a la vida que de ella sigue, el dinamismo de la santidad, la configuración con Cristo²¹³.

La liturgia permite el desarrollo de una espiritualidad con una fuerte dimensión teologal, en vista de la acción de Dios sobre el hombre derramando su gracia para santificarlo; personal, en tanto el hombre acoge la gracia y brinda una respuesta adecuada desde la plena participación litúrgica y en el culto existencial de la vida; y comunitaria, pues es la Iglesia como cuerpo de Cristo unida a su cabeza, Cristo, quien realiza la liturgia.

²¹³ «La spiritualità accentua la necessità intrinseca della piena partecipazione che accoglie e celebra il mistero nella fede, nella speranza e nell'amore, in una esperienza che è chiamata a crescere e maturare, perché è connaturale alla liturgia, e alla vita che ne consegue, il dinamismo della santità, la configurazione a Cristo» J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 517.

CAPÍTULO II

PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN SACROSANCTUM CONCILIUM

En este capítulo se intentará presentar la noción de liturgia, teniendo en cuenta su profundidad, pues solo desde una recta y adecuada comprensión de la liturgia puede comprenderse que la vida en el Espíritu tiene su fuente en ella.

En la época medieval primaba una noción estética y jurídica de la liturgia, así, sólo era importante considerar los ritos ejecutados según las normas y rúbricas establecidas, y procurar la belleza en su ejecución, poniendo en estos aspectos la centralidad de las celebraciones litúrgicas. Esta visión de la liturgia se había distanciado de la experiencia vivida por las primeras comunidades cristianas. Como consecuencia la vivencia de la liturgia por parte de los fieles se volvió cada vez más oscura y lejana, lo que condujo a que se la considerase como un aspecto decorativo de la fe con casi nada de implicancias para la vida cristiana y/o la ejecución estricta de unas normas que permitían realizar el protocolo adecuado.

Con el paso del tiempo, el movimiento litúrgico suscitó nuevos estudios acerca de la realidad litúrgica que pretendieron abarcar su esencia. Posteriormente, el Magisterio de la Iglesia acogió el camino iniciado desde el movimiento litúrgico y ya desde la Encíclica *Mediator Dei* la Iglesia fue virando su orientación hacia una perspectiva más teológica respecto a la liturgia.

En la segunda mitad del siglo XX, se celebró el Concilio Vaticano II que fue la respuesta de la Iglesia ante un mundo contemporáneo que presentaba nuevos retos para la vivencia de la fe, siendo considerado como un don de Dios¹. Fruto de este Concilio será la Constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium*, el primer documento aprobado.

¹ Cf. JUAN PABLO II, *Carta apost. Vicesimus quintus annus*, n.1.

En el documento conciliar la liturgia queda presentada como una realidad interna esencial a la Iglesia. La Iglesia cree, celebra, vive, ora. De ahí que el abordaje de la misma se hace necesario a la hora de considerar qué es la Iglesia en sí misma y qué le puede decir al mundo que fue uno de los motores de todo el evento conciliar.

La Constitución sobre la liturgia no se queda en las antiguas consideraciones ya mencionadas, sino que ofrece «la iluminación plena de la belleza de la liturgia cristiana, situándola en el ámbito de los acontecimientos salvíficos, como actualización de la más grande y definitiva maravilla de Dios: el misterio pascual del Señor»². Así ofrece principios claves para la posterior reforma de liturgia y las acciones pastorales referidas a ella. Por todo ello hemos considerado desarrollar un poco más en detalle la concepción de liturgia que se nos presenta desde la Constitución *Sacrosanctum Concilium*.

1. Concepción de liturgia

El primer tema en abordarse en el Concilio Vaticano II fue la liturgia, apenas inaugurado el 11 de octubre de 1962, una de las primeras comisiones en crearse fue la Comisión conciliar para la liturgia. El primer documento conciliar en ser aprobado fue la Constitución *Sacrosanctum Concilium* el 4 de diciembre de 1963 en sesión presidida por el Papa Pablo VI.

Esta prioridad temporal permite decir que el Concilio empezó orando, esta primacía en el tratamiento fue también interpretada como una primacía en el sentido más profundo por el valor intrínseco de la liturgia y su importancia en la vida de la Iglesia, se trata de un reconocimiento implícito del primer lugar para Dios, así lo señala el Papa Pablo VI:

El primero [de los temas] también por la excelencia intrínseca y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada liturgia, ha sido terminado y es hoy promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros que cree y ora (...)»³.

El tratamiento de las relaciones del hombre con Dios se puso en primer lugar con miras al bien de las almas, detrás siempre se mantenía una finalidad pastoral que permitiera acercar a Dios a los hombres, esto se

² P. TENA, «Sacrosanctum Concilium. 50 años: una contemplación jubilar», 150.

³ PABLO VI, *Alocución de la solemne clausura de la segunda sesión del Concilio*, 4. XII. 1963, AAS 56(1964) 31-40.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

evidencia desde el primer numeral de la Constitución al señalar que la misma:

Se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia⁴.

La generación del encuentro de Dios con los hombres será una de las claves para poder establecer una visión teológica de la liturgia. En esta tarea el movimiento litúrgico trajo consigo el aporte de la doctrina del misterio, desarrollada sobre todo por Odo Casel, mediante la cual sostiene que «la celebración de los divinos misterios en la liturgia hace presente la misma obra salvífica y redentora de Cristo, particularmente – aunque no exclusivamente- por medio de la Eucaristía»⁵. Así se toma conciencia de que la acción litúrgica hace presente el misterio de Cristo.

Además de las aportaciones del movimiento litúrgico, la nueva concepción de la liturgia que se venía fraguando recibe los aportes de los demás movimientos teológicos que se desarrollaban al interior de la Iglesia como son: el movimiento bíblico, ecuménico, misional, eclesiológico y patrístico⁶.

Resultado de todo ello es el surgimiento de una concepción de la liturgia, resaltando su aspecto teológico, así ella queda descrita por la Constitución *Sacrosanctum Concilium* como «el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro».⁷

De esta definición se desprende que el documento conciliar considera la liturgia siempre en relación con el misterio de Cristo, más en concreto con su pascua; y con el misterio de la Iglesia vista como el pueblo de Dios.

En las primeras palabras de la definición se hace referencia al sacerdocio de Cristo, el cual responde a su ser Verbo encarnado; en la unión hipostática de las dos naturalezas, humana y divina, en la persona divina es donde se asienta el origen de éste. Así lo señala la Carta a los Hebreos⁸ al referirse a la filiación divina para explicar el sacerdocio supremo de Cristo.

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.1.

⁵ A. FRANQUESA, «La constitución en su contexto histórico», 71.

⁶ Cf. *Ibid.*, 78.

⁷ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.7.

⁸ Cf. Hb 10,5-14.

Por la Encarnación, el Verbo se hace mediador único entre Dios y los hombres habiendo elevado, en nombre de toda la humanidad, el culto en espíritu y verdad (Cf. Jn 4,23) que Dios acepta.

Mediante la consumación de su sacrificio en la pascua establece -como sumo sacerdote- la Nueva Alianza. En esta entrega se cumple totalmente su misión sacerdotal y mediadora⁹, en el misterio pascual se da el culmen de su sacerdocio.

Debido a la singularidad de la persona de Cristo, a través de su sacerdocio Dios se orienta hacia los hombres comunicándoles su gracia (por su naturaleza divina) y, a su vez, los hombres se conducen hacia Dios para rendirle un culto supremo (por su naturaleza humana). Así, «en el culto que Él [Cristo] ofrece al Padre en nombre de la criatura, Cristo merece y consigue la unión de la criatura con Dios que Él mismo ha de realizar»¹⁰. Sólo en Cristo se hace posible establecer esta unión en la gracia entre Dios y su criatura, pues el ser humano por sí mismo es incapaz de merecerla. La unión del hombre con Cristo, sobre todo en el misterio pascual, hace posible que pueda pasar de la muerte del pecado a la vida de gracia.

Cristo tiene el sacerdocio eterno, que no pasa, por eso después de su ascensión continúa en el cielo como liturgo su acción mediadora en favor de los hombres¹¹, y perpetúa su sacrificio oblativo mediante la acción de la Iglesia, en especial de su acción litúrgica. Así, «toda celebración litúrgica es, por consiguiente, obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo místico»¹².

Por el sacerdocio de Cristo, que se pone en obra mediante la liturgia, no sólo se aplica a los fieles los efectos de la salvación obtenida por Cristo, sino que se actualizan los actos redentores de Cristo para que los hombres puedan insertarse en ellos siendo santificados y salvados. De este modo, el sacerdocio del Señor glorioso, por un lado, santifica a los hombres por medio de los sacramentos; y por otro, sigue tributando el verdadero culto de amor y obediencia filial al Padre en el cual asocia a la Iglesia dando al hombre acceso a Dios en un solo Cuerpo y un solo Espíritu¹³.

En la liturgia, pues, se da un ejercicio de la obra de la redención y el fundamento para la eficacia de tal acción litúrgica es la presencia de Cristo en ella. Su acción salvadora se prolonga a través de los signos sensibles eficaces de los actos litúrgicos. Por ello en la liturgia «Cristo [es] el que está en primer plano: Cristo es el que sacrifica; Cristo es el que

⁹ Cf. M. GARRIDO, «Principios generales para la reforma de la liturgia», 183.

¹⁰ *Ibid.*, 183.

¹¹ Cf. Hb 7,25; Rm 8,34.

¹² JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.2.

¹³ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 42.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

santifica y distribuye las gracias en los ritos sacramentales de la Iglesia; Cristo es el que ora y alaba al Padre en las oraciones de la Iglesia»¹⁴.

La actualización de la obra salvífica sigue siendo aceptada por Dios cada vez que se realiza, por lo que es causa meritoria para que Él nos conceda la gracia por su benevolencia.

Además, el poder sacerdotal de Cristo es la fuente de donde mana para los fieles toda la vida sobrenatural, pues «la santificación y el culto [de los hombres] no son más que participaciones de la santidad de Cristo, de la cual aquellas acciones fueron fruto, y el culto que en ellas rindió Cristo mismo a Dios y del cual nuestro culto no es más que su continuación»¹⁵.

La concepción de liturgia que brinda la Constitución *Sacrosanctum Concilium* permite considerar las dos dimensiones que posee la liturgia, por un lado, en su vertiente descendente la acción de Dios se hace presente en la liturgia para ser causa de santificación de los hombres (aspecto *katabático*); por otro, en su vertiente ascendente la liturgia es para glorificar a Dios, es un canto de alabanza y acción de gracias al Padre por las maravillas que ha realizado con los hombres (aspecto *anabático*).

El poder santificador llega a los fieles de forma abundante a través del sacerdocio ministerial conferido a algunos miembros de la Iglesia; y a su vez es compartido por todos los bautizados mediante el sacerdocio común que poseen. En los actos litúrgicos, la acción santificadora de Dios se desarrolla por medio de signos sensibles que remiten a realidades espirituales y sagradas, y poseen una eficacia propia en orden al fin para el que fueron instituidos, por ello son signos eficaces respecto de lo que significan. Así pues, la santificación y el culto deben darse, también, de manera visible, en tanto que la Iglesia misma que los realiza tiene una dimensión visible y que con ello se responde al sentido antropológico y social de la salvación cristiana¹⁶.

Por ello los signos obedecen a la lógica de la encarnación la cual hace posible que Dios se comunique a los hombres y los hombres se dirijan a Dios por medio de los propios hombres y de las cosas materiales y sensibles¹⁷. En la liturgia las palabras, oraciones, acciones, gestos, objetos, lugares y signos son manifestaciones sensibles de la auto comunicación de Cristo.

Con estas consideraciones la liturgia queda lejos de ser vista sólo como un conjunto de normas que rigen el desarrollo del acto litúrgico, o sólo

¹⁴ M. GARRIDO, «Principios generales para la reforma de la liturgia», 189.

¹⁵ M. GARRIDO, «Proemio», 164.

¹⁶ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 43-44.

¹⁷ Cf. M. GARRIDO, «Principios generales para la reforma de la liturgia», 197.

ser considerada en su sentido histórico o como una mera realización de culto.

1.1 *La liturgia es obra de Dios*

La liturgia edifica cada día a los fieles para «ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo»¹⁸.

En la acción litúrgica se hace presente la acción de la Santísima Trinidad. Es Dios quien toma la iniciativa para santificar al hombre y de esta manera hace posible que éste le presente un acto digno para Su glorificación, que no se quede en un mero acto exterior, sino que abarque su propia interioridad.

Desde la creación del hombre, en él se halla una vocación, una llamada, una elección para ser santo¹⁹. La santificación es liberación del pecado y don de la vida divina en su plenitud²⁰. Sólo Dios es santo, por eso esta llamada se va desarrollando en cuanto el hombre se deja introducir en la vida divina de comunión; pero como esto no es algo que se pueda alcanzar por sí mismo, más aún después de la herida en la naturaleza humana a causa del pecado, Dios sale al encuentro del hombre para bendecirlo pues «desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda la obra de Dios es bendición»²¹.

La bendición como «acción divina que da la vida y cuya fuente es el Padre»²² se manifiesta por medio de acontecimientos maravillosos y salvadores por parte de Dios para con los hombres a lo largo de la historia, siendo que

En la liturgia de la Iglesia, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como fuente y el fin de todas las bendiciones de la creación y salvación; en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo²³.

De esto, la máxima bendición que se ha dado a la humanidad es el designio salvífico de Dios, que llega a su plenitud en el misterio pascual de Cristo del cual la liturgia se hace prolongación hasta el fin de los tiempos.

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.2.

¹⁹ Cf. Ef 1,3-6.

²⁰ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 42-43.

²¹ CEC, n.1079.

²² CEC, n.1078.

²³ CEC, n.1082.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

Desde la Encarnación del Verbo se ha manifestado la plenitud del hombre perfecto en Jesucristo²⁴, quien se hizo semejante al hombre en todo menos en el pecado, por ello la santidad está trazada para el ser humano en ir haciéndose otro Cristo, esto es ser hijo en el Hijo. La salvación que Cristo vino a comunicar consiste en dar al hombre la posibilidad de acoger y vivir este don, pero no quiso que su obra acabase con su vida terrena, sino que prolongó su actuar a través de Su Iglesia y en específico a través de sus actos litúrgicos en donde se hace presente²⁵.

Para poder entender la liturgia en su sentido más profundo se debe tener una adecuada consideración cristológica, de esta manera se entiende que el sacerdocio de Cristo muestra la plenitud de sus dos naturalezas: humana y divina, que convergen en una única persona divina. Cristo como sacerdote santifica al hombre, lo consagra (lo hace sagrado) al incorporarlo en Su cuerpo que es la Iglesia, le brinda los canales de gracia mediante los actos litúrgicos; y a su vez como mediador entre Dios y los hombres ofrece a Dios la víctima más agradable: a Sí mismo, libre y voluntariamente entregado, de esta manera muestra la mejor manera de poder glorificar a Dios, siendo el modelo para todo ser humano.

La fuerza del Espíritu Santo toma importancia en este punto en tanto que por ella el hombre puede disponer el corazón para entrar en comunión con Cristo y glorificar al Padre. El Espíritu Santo santifica al hombre y en esa medida lo dispone a rendir un culto verdadero, en espíritu y verdad, pues «no podemos tributar a Dios el culto agradable si antes no hemos sido santificados (prevenidos en la revelación y en la gracia) por él»²⁶.

Desde el principio para poder vivir la liturgia, se hace «necesario que [los hombres] antes sean llamados a la fe y a la conversión»²⁷, esta condición previa ya anticipa la acción del Espíritu Santo quien da el don de la fe. La fe es en primer lugar gracia de Dios, de allí que se pueda considerar que incluso el pequeño movimiento de deseo de Dios que resida en el alma es una gracia preveniente²⁸; pero este don requiere que sea acogido no de manera pasiva sino que el ser humano debe brindar una respuesta que abarque su consentimiento y compromiso, convirtiéndose en un fiel en Cristo. Esta fe es reclamada por la liturgia pues con ella el creyente puede poner en su vida concreta el sentido de lo que celebra. En la liturgia el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe.

²⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n.22.

²⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.7.

²⁶ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 43.

²⁷ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.9.

²⁸ Cf. CEC, n. 2001; 2008.

Además, es por la acción pneumatológica que se hace presente el misterio pascual de Cristo en la liturgia²⁹. En ese sentido el Espíritu es co-artífice, junto con Cristo, de los actos litúrgicos pues mediante su acción los ritos adquieren eficacia salvadora y la vida de los fieles puede transformarse en ofrenda viva por Cristo para el Padre.

De todo esto se comprende que la liturgia es una obra de Dios, donde las tres personas divinas actúan para hacer posible que esta acción sagrada sea eficaz para el hombre.

En la liturgia es Dios quien toma la iniciativa y quien lleva a culmen la acción sagrada en el hombre, sin que por ello se prescindiera del todo de la acción humana, en la liturgia se da una plena conjugación de ambos reconociendo siempre la primacía de Dios:

En la acción litúrgica es Dios el que actúa en las almas el misterio de Cristo: Él lo da al hombre, hace que participe de él, lo atrae allí. La salvación del hombre consiste, ante todo, en no poner obstáculos a la obra de Dios; después, en responder a su acción, en sintonizarse con el objeto que le presenta, es decir, el misterio en Cristo; en dejarse dominar por su majestad, en dejarse atraer por Él³⁰.

En la liturgia se da la santificación del hombre y la posibilidad de rendir culto a Dios, tanto en la liturgia de las horas como en los sacramentos se hacen presente estas finalidades, aunque puede haber cierto predominio de una de ellas³¹, y es en la Eucaristía donde la santificación y el culto llegan a su plenitud³².

Se puede resumir este punto considerando que la liturgia no puede ser simplemente una creación humana (un evento social participativo, una ocasión de gratificación relacional, o un espacio de mera socialización) pues se presenta como momento de epifanía del misterio de Dios revelado por Cristo en el Espíritu Santo permitiendo que los fieles puedan ser adentrados en esta presencia de misterio y de don³³.

1.2 *La liturgia en relación con la historia de salvación*

Desde la caída misma del hombre en el pecado, Dios no ha abandonado a su criatura, sino que ha salido al encuentro del hombre perdido para

²⁹ Cf. CEC, n. 1104-1107.

³⁰ M. GARRIDO, «Proemio», 126.

³¹ «En la *liturgia de la oración* es más evidente el aspecto cultural; pero también es santificante, como subraya la *Ordenación general de la Liturgia de las horas* (IGLH 14). En la *liturgia de los sacramentos* se pone más relieve la santificación; pero no hay que olvidar que los sacramentos son también “signos de fe” [...] y por tanto tienen como esencial el movimiento de culto (SC 59)» J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 43.

³² Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.10.

³³ Cf. M. AUGÉ, «A cincuenta años de “*Sacrosanctum Concilium*” con una mirada al futuro de la reforma litúrgica», 164.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

volverlo a llamar. Dios entra en la historia de los hombres, se va dando a conocer de formas concretas mediante la elección de un pueblo de su propiedad, con el que sellará la antigua alianza y en el que realizará grandes maravillas. Con este pueblo el Señor desarrollará la historia de la salvación universal. Desde antiguo le habló de muchas maneras por medio de sus obras y sus profetas. Así, todo el sentido de la historia sagrada es comunicar la vida divina a los hombres.

Pero éste ha sido un pueblo rebelde, que no ha sabido acoger la revelación, a pesar de esto Dios no se ha cansado de obrar en favor de su pueblo, por ello llegada la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo hecho carne, siendo mediador entre Dios y los hombres. En la Encarnación del Verbo, «su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino»³⁴.

Toda la vida de Cristo va realizando la salvación del hombre, pero principalmente será su misterio pascual donde ésta se dará en plenitud. La pasión, muerte y resurrección de Cristo es causa de salvación para todos los hombres. La aceptación amorosa del plan divino de salvación nos ha valido para todos los hombres; en su ofrenda voluntaria, Cristo se constituye sacerdote en grado sumo. El misterio pascual es tal, puesto que trasciende del mero hecho histórico, va «mucho más allá de lo meramente humano y mucho más allá de lo meramente puntual del ser clavado en la cruz y morir»³⁵, éste es el contenido de la liturgia.

Este evento no ha quedado en el pasado, pues dentro del designio divino estaba que tal acto no quedase como un hecho lejano y aislado, sino que tuviera una eficacia actual para el hombre de todos los tiempos. La liturgia nos permite alcanzar este acto permanente de la salvación, ella «se inserta a plenitud en el horizonte de la historia salvífica, en cuanto que en cada celebración Dios mismo obra en la historia del individuo y de la comunidad para consolidar y purificar la unión con Él»³⁶. No se trata de un simple recuerdo o una representación simbólica, el misterio pascual de Cristo se hace presente, por medio de la liturgia, con toda su eficacia salvadora. Así lo expresa Neunheuser:

En todas las acciones sagradas mencionadas (liturgia de las horas, celebración de la Eucaristía y su extensión en los días festivos y en los tiempos festivos del año) se trata siempre de la celebración del mismo y único misterio

³⁴ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5.

³⁵ J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 483.

³⁶ «Si inserisce a pieno titolo nell'orizzonte della storia salvífica, in quanto in ogni celebrazione Dio stesso opera nella storia del singolo e della comunità per consolidare e purificare la loro unione». F. ASTI, «Liturgia fonte della teologia spirituale secondo la Sacrosanctum Concilium», 168.

de Cristo, que en el fondo culmina y se resume en el misterio pascual [...] Pero en esa celebración [...] se actualiza toda la historia de la salvación³⁷.

La categoría de «pascua», a decir de Ratzinger, constituye el centro de la teología de la liturgia del Concilio Vaticano II³⁸, ella se entiende como establecimiento y realización de la alianza, como las nupcias entre Cristo y la Iglesia, como el tránsito hacia lo trascendente. La pascua hace inseparables la cruz y la resurrección, así la cruz con su carga de sufrimiento y purificaciones adquiere una presencia necesaria a considerar como un amor extremo que vence cuando sucumbe en el martirio. De este modo la valoración de sacrificio resulta de importancia para entender la esencia del misterio pascual que es el contenido de la liturgia. El sacrificio es visto como un proceso transformador del hombre que lo ordena hacia Dios, como a su verdadero fin, guiado por el amor. Por tanto, el sacrificio consiste en la comunión de Dios con el hombre³⁹.

La liturgia, trascendiendo los momentos históricos, permite al hombre alcanzar el acto permanente divino-humano de la salvación. Para tal fin, Cristo quiso asociar a su Iglesia al designio salvador y perpetuar en ella la celebración de tal misterio. Siendo así que «la liturgia obra la inserción de los hombres en ese misterio único de Cristo, del que todas sus fases anteriores eran una preparación y toda la vida de la Iglesia es su prolongación»⁴⁰.

La naturaleza comunitaria de la liturgia proviene del misterio de la Iglesia que la realiza, la cual es el pueblo de Dios jerárquicamente establecido y cuerpo de Cristo, estableciendo el vínculo entre la unidad y la diversidad⁴¹.

Toda la Iglesia unida a Cristo por la acción del Espíritu Santo ejerce la liturgia; desde los inicios los apóstoles fueron enviados a predicar la Buena Nueva y «también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira la vida litúrgica»⁴².

Los convocados a la Iglesia son los bautizados que por el sacramento quedan incorporados al misterio pascual de Cristo, recibiendo la filiación divina que permite dirigir su adoración a Dios, sobre todo mediante la celebración de la Eucaristía. La Iglesia siendo pueblo de Dios se hace también sujeto de la acción litúrgica en tanto que su actuar es y expresa

³⁷ B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 688.

³⁸ Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 514-517.

³⁹ Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 490-494.

⁴⁰ M. GARRIDO, «Proemio», 121.

⁴¹ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 43.

⁴² CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n. 6.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

el actuar de Cristo, siendo que la mediación sacerdotal que vive es la de Cristo⁴³.

Por medio de la liturgia la Iglesia comunica a los fieles el depósito de la fe, que es la verdad de Cristo, y el depósito de gracia, que comprende la gracia santificante, los dones, las virtudes y las gracias propias de cada sacramento⁴⁴.

Se puede pues considerar siguiendo a Vagaggini, que «la liturgia no es más que un modo *sui generis*, esto es, oculto debajo del velo de signos sensibles, sagrados, eficaces, en los que desde Pentecostés a la parusía se realiza el sentido de la historia sagrada, misterio de Cristo, misterio de la Iglesia»⁴⁵.

De todo ello podemos concluir que la Constitución *Sacrosanctum Concilium* coloca a la liturgia en relación con la historia de la salvación, como un momento de la misma, como la obra de salvación que es continuada en la Iglesia, cuyo fin es la redención humana y la perfecta glorificación de Dios⁴⁶.

2. Liturgia y espiritualidad desde la Constitución *Sacrosanctum Concilium*

2.1 Relación *entre liturgia y espiritualidad*

La constitución *Sacrosanctum Concilium* establece una relación intrínseca entre la liturgia y espiritualidad, si bien no desarrolla tal relación, ésta queda señalada en el siguiente principio: «Al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano»⁴⁷.

En este numeral se sostiene que la liturgia es la fuente primaria de donde se bebe el espíritu cristiano, de ello se entiende que la vida cristiana brote de la vivencia de la liturgia antes que de cualquier otra fuente. La constitución ya había señalado que la liturgia es «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza»⁴⁸; esto que se afirma en relación con toda la

⁴³ Cf. M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 58.

⁴⁴ Cf. PIO XII, *Discurso al Congreso internacional de pastoral litúrgica*, 22.IX.1956, AAS 48(1956)711-752.

⁴⁵ C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, 30.

⁴⁶ Cf. M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología*, 49; JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.2.

⁴⁷ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.14.

⁴⁸ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.10.

actividad de la Iglesia, cuya finalidad no es otra que sembrar y arraigar la vida en Cristo en los hombres, esto es introducirlos en el misterio de salvación, se puede afirmar de la espiritualidad cristiana pues la liturgia es la actualización de la santificación (fuente) y rinde el verdadero culto a Dios (culmen).

Al referirse así a la liturgia se deja notar que frente a otros medios donde se pueda acrecentar la vida cristiana, la liturgia tiene prioridad insustituible pues en la celebración litúrgica se da la presencia del misterio de Cristo en el hoy, aquí y ahora, que se convierte, de esta manera, en un tiempo de gracia y salvación para el creyente. El misterio de Cristo hecho presente, este es el sentido de memorial, es lo que da sentido a la liturgia pues se convierte en «el “lugar” singular y privilegiado, en donde los discípulos de Cristo tienen experiencia de la gracia que trae la salvación»⁴⁹.

En este mismo sentido se entiende que la liturgia sea fuente necesaria para el desarrollo de la vida cristiana verdadera, y ésta solo es posible mediante la acción del Espíritu Santo, de ahí que la liturgia sea necesaria para el desarrollo de una vida espiritual auténtica⁵⁰ por la que el creyente hace de su vida una ofrenda espiritual agradable a Dios al configurarse con Cristo en las acciones concretas de cada jornada; por la liturgia el creyente es conducido mediante los signos a vivir en profundidad el significado de los misterios, por ello tiene un valor importante en la experiencia personal y comunitaria de cada miembro de la Iglesia. En este sentido Pablo VI el mismo día en que se promulgaba la Constitución *Sacrosanctum Concilium* afirmaba que «la liturgia [es] la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual [de todo creyente]»⁵¹.

Vivir la liturgia no es optativo para el creyente católico, no se trata de algo meramente accesorio, externo, superfluo sino de una realidad que repercute en lo profundo, en la interioridad del creyente, lo transforma, siendo esta transformación reflejada en la cotidianidad de su quehacer; así mediante el rito bautismal, por ejemplo, el neófito empieza a vivir la relación de filiación divina, ha muerto a la esclavitud del pecado y renacido para la vida de gracia y santidad. La liturgia se hace

⁴⁹ «Il “luogo” singolare e privilegiato, in cui i discepoli di Cristo fanno esperienza della grazia apportatrice di salvezza». F. ASTI, «Liturgia fonte della teologia spirituale secondo la Sacrosanctum Concilium», 168.

⁵⁰ «La vida espiritual de los fieles se alimenta en la celebración litúrgica. A partir de la liturgia se debe aplicar el principio que enuncié en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*: “Es necesario un cristianismo que se distinga ante todo por el arte de la oración” (n. 32)». JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.10.

⁵¹ PABLO VI, *Alocución de la solemne clausura de la segunda sesión del Concilio*, 4. XII. 1963, AAS 56(1964) 31-40.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

indispensable para el creyente pues «se presenta como el elemento unificador de la experiencia espiritual del creyente»⁵².

Se puede decir, entonces, que en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, «se nos presenta la liturgia como capaz de ser el centro de una doctrina espiritual completa y, por lo mismo, de todo un estilo de vida cristiana completo hasta conducir a los fieles a la más alta perfección de la vida espiritual»⁵³.

Sin embargo, no se debe colocar la liturgia como si fuera una escuela de espiritualidad más puesto que, dada la propia naturaleza de la liturgia, ésta brinda el espíritu genuinamente cristiano, así se coloca como la base para el desarrollo de la vida espiritual de todo creyente, sin ello contradecir que cada bautizado pueda luego desarrollar unas características peculiares de acuerdo a las diversas escuelas de espiritualidad que dan la riqueza a la Iglesia y manifiestan el dinamismo del Espíritu Santo que las anima.

Continuando en la consideración del numeral 14 de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, en ella se señala que la liturgia es fuente de donde deben beber los fieles, es decir, hace referencia a los bautizados que conforman el pueblo de Dios que reunidos en asamblea litúrgica son santificados y glorifican a Dios.

Por el bautismo todo fiel es incorporado a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, dentro de ella cada fiel puede ocupar un lugar y función diversa, pero todos están unidos por una sola fe en comunión de amor. Es a todos los fieles y a cada uno de ellos a los cuales la liturgia permite el encuentro con Dios.

Así la liturgia es importante para todos los fieles no sólo para los ministros que presiden las celebraciones litúrgicas, sino todo el pueblo y cada quien según su propia condición encuentra en ella la fuente de espiritualidad que le ayude en el desarrollo de su misión específica, puesto que en la liturgia se da la experiencia de un encuentro transformante⁵⁴ donde Dios revela a la criatura la realidad de su identidad y de su misión. Por ello, se reflejará tanto mejor una vida litúrgica, en tanto se haga de la experiencia del encuentro con Cristo el centro de la propia existencia, que es en esencia en lo que consiste la santidad.

Esta concreción en la vida es una exigencia de la dimensión dialogal de la historia de la salvación que lleva a responder al don de Dios encontrando en la liturgia la luz y la fuerza para cada iniciativa en la vida ascética, de apostolado, en el ejercicio de las virtudes y las obras de

⁵² R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 33.

⁵³ M. GARRIDO, «Proemio», 134.

⁵⁴ Cf. J. SOLER, *La liturgia, fuente de vida espiritual*, 48; M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología*, 258.

caridad. El Concilio Vaticano II lo expresa así: «la liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”»⁵⁵.

En la liturgia el creyente es santificado y adora a Dios siempre en comunidad, puesto que se es Iglesia. El sujeto de la liturgia es la comunidad creyente, comunión de Cabeza y sus miembros, por ello se puede decir que «la liturgia es el culto público y oficial de la Iglesia»⁵⁶. En ella las escuelas de espiritualidad pueden encontrar los principios básicos e inmutables para una sólida y auténtica espiritualidad.

Si bien lo anterior remarca la importancia de la liturgia para la vida espiritual de los fieles, se debe considerar junto con ello que «la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual»⁵⁷, pues así como la oración en comunidad se hace necesaria también son necesarias las manifestaciones más subjetivas y personales de los ejercicios de piedad que pueden contribuir al encuentro y acercamiento con Dios. En esta línea, Neunheuser señala que

La comunión con el Señor, instaurada en la liturgia, invita además a la oración personal y a estar dispuestos a asumir en la propia vida los sufrimientos de Cristo, que muere para la transformación de todo el hombre, para que, “recibida [por el Padre] la ofrenda de la víctima espiritual”, el hombre se convierta en “ofrenda eterna”(SC12)⁵⁸.

Entre la acción litúrgica y la oración personal no se puede dar una contraposición en tanto que en ambas realidades el protagonista es Dios, Él es quien llama, reúne y ofrece su propia vida para la transformación de la vida del creyente. Tanto en las celebraciones litúrgicas como en la plegaria personal se encuentra el profundo sentido de ser hijo y hermano en la comunión de la Santísima Trinidad. Para un armónico desarrollo de la vida espiritual del ser humano se requiere una conjugación de las mismas, en este sentido la misma Constitución sobre la Liturgia refiere que estos ejercicios piadosos deben ser vividos «de modo que vayan de acuerdo con la sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos»⁵⁹.

Debido a ello las manifestaciones de oración extralitúrgicas encontrarán en la liturgia la norma por la cual guiarse frente a posibles desviaciones; así, en ella deben renovarse y fertilizarse las otras

⁵⁵ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.10.

⁵⁶ R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 8.

⁵⁷ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.12.

⁵⁸ B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 682.

⁵⁹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n. 13.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

manifestaciones de vida espiritual⁶⁰. Esto se debe a que la liturgia es la fuente del espíritu verdaderamente cristiano; la actualización del misterio de Cristo en las acciones litúrgicas, que es lo esencial en ellas, es acción del Espíritu Santo, por ello el espíritu que se bebe en la liturgia y que da sentido a la vida espiritual del creyente es el Espíritu de Dios que santifica; así la vida espiritual del creyente es un modo de vivir según las mociones que obra el Espíritu Santo y que se reflejan en toda la vida (pensamientos, sentimientos y obras).

La relación entre liturgia y espiritualidad desemboca en una continuidad en la vida del creyente de interiorización y crecimiento, que lo lleve hasta la plena configuración con Cristo, esto es hacer de su vida un eco del ser y vivir en Cristo⁶¹, para lo cual es necesaria la acción del Espíritu Santo, quien establece la continuidad de su acción desde la celebración a la vida misma de los fieles.

De lo considerado en este punto se desprende que «la constitución ofrece los elementos suficientes para poder afirmar que considera que la espiritualidad litúrgica es la base para toda la vida espiritual del cristiano (que luego puede desplegarse a partir de las diversas escuelas de espiritualidad)»⁶².

2.2 *La participación activa de los fieles y el desarrollo de la espiritualidad*

Dado que la liturgia debe ser la fuente del espíritu verdaderamente para todos los fieles, se hace necesaria que ellos puedan participar (beber) de esa fuente. Usando el símil de la fuente, para que el fiel pueda nutrirse de su agua hace falta que su acción respecto de ella sea activa, no basta con que se quede al lado de la fuente pues nunca calmará la sed, necesitará ponerse en acción para poder sacar el agua y beber.

Así para poder acoger el don de la santificación que se nos da por medio de la liturgia y para poder rendir el verdadero culto de adoración al Padre en espíritu y verdad se requiere que los fieles tengan una participación activa y fructuosa de la liturgia. Por ello la Constitución *Sacrosanctum Concilium* señala:

Mas, para asegurar esta plena eficacia [de la liturgia] es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano. Por esta razón, los pastores de almas debe vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observe las leyes relativas a la

⁶⁰ Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 9.

⁶¹ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 525.

⁶² J. SOLER, *La liturgia, fuente de vida espiritual*, 30.

celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente⁶³.

Si bien es cierto que el primer movimiento de gracia procede de Dios, para que pueda fructificar plenamente el fiel necesita dar una respuesta desde la totalidad de su ser, esa acogida que responde a Dios es la participación que se pide en la liturgia. La recta disposición de ánimo permite encontrar en los gestos la presencia de Dios, además, implica tener habilidades de acogida y capacidad interpretativa que abran la mente y el corazón a Dios, «la intuición inmediata [de la presencia operante de Dios] es fruto de la disposición de ánimo que hace al creyente sensible a cada gesto litúrgico, que no pasa en vano en la consciencia, más bien es asimilado e interpretado de manera existencial»⁶⁴. Así la comunicación entre Dios y el hombre se da como experiencia de relación por la cual se acoge el mensaje salvífico llevándolo a la vida cotidiana.

Participar en la liturgia es propiciar que lo acontecido en la celebración se realice también en el corazón de cada cristiano, es «entrar en misterio trinitario; en el misterio del Verbo encarnado; en el misterio de la Iglesia y de la asamblea litúrgica»⁶⁵. En definitiva, participar en la liturgia es adentrarse en el misterio celebrado, acogerlo y dejarse transformar por él.

En este sentido la participación hace posible el desarrollo de una vida litúrgica en los fieles, como lo dice el Papa Francisco: «la Iglesia nos llama a tener y promover una vida litúrgica auténtica, a fin de que pueda haber sintonía entre lo que la liturgia celebra y lo que nosotros vivimos en nuestra existencia. Se trata de expresar en la vida lo que hemos recibido mediante la fe y lo que hemos celebrado»⁶⁶.

La liturgia no depende de la disposición que arraigue en el fiel, en tanto que la acción litúrgica tiene una eficacia por sí misma como ejercicio del sacerdocio de Cristo (*ex opere operato*), pero es el fiel quien se priva de la plenitud de gracia cuando no coloca los medios y las disposiciones para vivir realmente, es decir, participar, hacer, la liturgia. La plena eficiencia de la liturgia se asegura cuando el alma se pone en consonancia con lo que expresa la voz y con la gracia divina (*ex opere operantis*), pues si

⁶³ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.11.

⁶⁴ «L'intuizione immediata è frutto di disposizioni d'animo che rendono il credente sensibile ad ogni gesto litúrgico, che non passa invano nella coscienza, anzi è assimilato ed interpretato in maniera esistenziale». F. ASTI, «Liturgia fonte della teología spirituale secondo la Sacrosanctum Concilium», 169.

⁶⁵ G. MOLINA, «La *Sacrosanctum Concilium*: planteamientos, logros y desafíos», 83.

⁶⁶ FRANCISCO, *Homilía III Domingo de Cuaresma*, Parroquia romana de Ognissanti, 7.III.2015.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

faltase la fe, que abarca la totalidad de la persona, faltaría la capacidad de diálogo y acogida del don de Dios⁶⁷.

En la liturgia se da una armónica conjunción del obrar de Dios, quien tiene la primacía, y el obrar del hombre, llamado a secundar la acción divina, siendo, así, una acción teándrica. Es la compenetración de la llamada divina y la respuesta humana: «la dinámica de la llamada de Dios y de la respuesta del hombre se traduce en el rito litúrgico que manifiesta la fidelidad de Dios y el deseo del creyente de corresponder siempre más al amor salvífico»⁶⁸.

Por parte del hombre se pide el ejercicio de un acto libre por el cual se hace dócil para dejar obrar a Dios, disponible a acoger la gracia y dejarse modelar por ella, el ser humano pone su colaboración a la acción santificadora de Espíritu que se da por medio de liturgia, haciendo que toda su persona se entregue al actuar divino. Los fieles en la liturgia no son meros espectadores ajenos al misterio que se realiza, sino más bien «son actores, todos son celebrantes, y su existencia debe quedar comprometida con lo celebrado»⁶⁹, esto es lo que refiere la Constitución al señalar:

Comprendiéndolo [el misterio de fe] bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos [...], se perfeccionen día a día por Cristo en la unión con Dios y entre sí⁷⁰.

Toda la asamblea litúrgica es celebrante, tanto los ministros como los bautizados están llamados a tener una participación activa durante la celebración y después llevar los frutos de la misma a la vida concreta, cada uno según la condición propia de su oficio en la liturgia.

De ello se desprende que la participación de los fieles en la liturgia no se refiere en primer término a un determinado conjunto de comportamientos exteriores que pueda desempeñar en la celebración litúrgica⁷¹, éstos son un medio por el cual se debe expresar la disposición interior de hacer vida lo que se está celebrando que es el verdadero sentido de la participación activa que se pide a los fieles.

⁶⁷ Cf. D. BOROBIO, *Sacrosanctum Concilium y la reforma litúrgica del Vaticano II*, 17.I.2012.

⁶⁸ «La dinámica della chiamata di Dio e della risposta dell'uomo si traduce nel rito litúrgico che manifesta la fedeltà di Dio e il desiderio del credente di essere sempre più corrispondente all'amore salvifico». F. ASTI, «Liturgia fonte della teologia spirituale secondo la Sacrosanctum Concilium», 159.

⁶⁹ J. SOLER, *La liturgia, fuente de la vida espiritual*, 29.

⁷⁰ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.48.

⁷¹ Una referencia a esta consideración errada de la participación de los fieles en la liturgia es dada en: BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Sacramentum caritatis*, n.52-53.

Para poder tener una *actuosa participatio* de los fieles se requiere que los ministros desarrollen el *ars celebrandi*, lo cual permita que las celebraciones litúrgicas sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, sabiendo desarrollar la pedagogía de los símbolos para que lo visible conduzca a lo invisible, del signo al significado, del sacramento al misterio. Como señalaba el Papa Benedicto XVI: «por lo que se refiere a la relación entre el *ars celenbrandi* y la *actuosa participatio*, se ha de afirmar ante todo que la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada»⁷². La celebración es participada auténticamente cuando en ella se alcanza el misterio de Cristo y con la vida interiormente transformada el fiel se hace capaz de donarse sin reserva a Dios y a los hermanos.

A raíz de la promoción de una participación llamada así más activa de los fieles en las acciones litúrgicas, que se desprendió de lo señalado en el Concilio Vaticano II, se incorporaron gestos y ritos que hacen que los fieles puedan expresar exteriormente su participación; pero en muchas ocasiones se quedó sólo en la asignación de algunas funciones exteriores a los laicos y determinar la acción de los ministros ordenados –que de por sí tiene su valor y es necesario– sin educar en el verdadero sentido de la participación⁷³, que no está relacionada solo a un hacer, sino más bien se relaciona con el ser. Esto conlleva a dos extremos, por una parte, un abuso de la forma ritual de la celebración y por otra, un menosprecio general de la forma ritual. Para evitar estos errores en la Constitución se exhortará a la educación de los fieles en los ritos que celebran a fin de que puedan descubrir el sentido de cada uno de ellos: «los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad»⁷⁴.

La búsqueda de una participación activa de los fieles en la liturgia no consiste en una improvisación de acciones que se incorporan en las celebraciones, la mayoría de las cuales puede caer en un sinsentido y a merced de las apetencias de cada persona, en este sentido se debe considerar que existe en la liturgia algunas leyes o normas que ayudan, cuando son entendidas en su verdadero espíritu, a la vivencia de la

⁷² BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Sacramentum Caritatis*, n. 64.

⁷³ A este peligro hace referencia Ratzinger cuando denota que en los últimos decenios ha habido un movimiento hacia la exterioridad, generando un «ajetreo» donde no puede abrirse los ojos del corazón. Por ello para este autor las categorías de: inteligibilidad, que exige la *eruditio*; la participación, en cuanto el hablar, cantar y actuar en la liturgia debe introducir en el movimiento de trascendencia; y la noble sencillez de los ritos, que transparenta lo central en la liturgia y que pide la disposición de los fieles para poder ser captada; son las tres categorías fundamentales en la reforma litúrgica propuesta por el Concilio Vaticano II. Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 518-523.

⁷⁴ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n. 19.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

celebración así como a la generación de la unidad dentro de la diversidad en las celebraciones. Cuando hay plena conciencia del misterio que se celebra se vive la sacralidad de la liturgia, se da el ambiente de reverencia que es propio de las celebraciones de la Iglesia.

La participación litúrgica según el Concilio Vaticano II debe ser «participación plena, consciente y activa»⁷⁵. La participación plena en la liturgia comprende lo interior como lo exterior del creyente, así «es toda la persona humana, en todas sus dimensiones, la que se debe poner comunicación con la celebración de los misterios»⁷⁶, en lo referente a lo interior se trata de una piadosa atención del alma para poder unirse al sacrificio y hacer de sí mismo un propio sacrificio; y ello se complementa con la dimensión exterior por la cual que pone en juego la corporalidad como son las posiciones (de pie, sentados, de rodillas), las respuestas a las oraciones y los gestos rituales⁷⁷.

Para poder participar de la liturgia de forma consciente, es decir, considerando las realidades que aparecen en las celebraciones y dando el sentido profundo de los ritos, se requiere de una educación litúrgica⁷⁸ adecuada tomando en cuenta las características de los fieles a los que va dirigida, ello es lo que pide la Constitución *Sacrosanctum Concilium* a los pastores de almas: «fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa»⁷⁹.

En resumen, se puede afirmar que la propia noción de liturgia que propone la *Sacrosanctum Concilium* (n.7) hace notoria la necesidad de una acogida de la vida divina y de una respuesta adecuada a la misma en la participación litúrgica y en el culto existencial de la vida, es decir, de una espiritualidad⁸⁰. Para el desarrollo de tal espiritualidad se acentúa también la necesidad de una plena participación que acoja y celebre el misterio de Cristo en la fe, esperanza y amor, en una experiencia llamada siempre a crecer y madurar en el camino de la santidad.

2.3 *El sacerdocio común como base de la espiritualidad litúrgica*

La base de fondo para poder vivir la liturgia en su profunda riqueza, mediante la participación plena, consciente y activa en ella, se encuentra en la realidad del sacerdocio común de los fieles, siguiendo a Castellano

⁷⁵ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.14.

⁷⁶ J. GRACIA, «Principios para la reforma de la liturgia», 224.

⁷⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.30.

⁷⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Carta apost. Vicesimus quintus annus*, n.15; *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n. 7.

⁷⁹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.19.

⁸⁰ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teología spirituale e spiritualità», 517.

se puede decir que «es sobre la base de la teología bíblica del culto espiritual y del sacerdocio de los fieles (LG 10 y 11) que debe ser valorado el sentido cultural de la vida espiritual en todas sus manifestaciones»⁸¹. Este sacerdocio de los fieles se ejercita, de modo especial, en la conformación de la asamblea litúrgica.

Debido a la unión hipostática, Cristo ha sido constituido el único y definitivo mediador por excelencia entre Dios y los hombres, sumo sacerdote que ofreció la mejor ofrenda agradable al Padre: Él mismo, para el perdón de los pecados de los hombres dándoles la oportunidad de reconciliar consigo su filiación divina, abriendo un camino de gracia y santidad. En un solo acto Dios ha perdonado de una vez para siempre⁸² todos los pecados y la liturgia realiza el memorial de esta acción salvadora en cada una de sus celebraciones.

Desde la historia de salvación contenida en el Antiguo Testamento Dios elige a un pueblo como propiedad personal que será santo porque su Dios es santo⁸³; el atributo divino se comunica a los hombres en función de la alianza sellada por Dios, mediante la cual todos los miembros del pueblo quedan consagrados, son pertenencia de Dios, siendo hechos un pueblo de sacerdotes capaces de llegar al altar de Dios y ofrecer sacrificios.

Sin embargo, la única ofrenda que fue totalmente agradable, porque era ofrenda sin mancha, sin defecto y de la misma condición divina al tiempo de contener toda la humanidad fue Cristo. De este modo, Cristo «es nuestro liturgo (cf. Hb 8,2) en la doble dimensión descendente y ascendente, de don y de ofrenda, de revelación al Padre y de respuesta al Padre»⁸⁴. La Encarnación ha permitido que Cristo pueda dar el culto verdadero⁸⁵. Y fue víctima agradable a Dios, tanto así que Él mismo le devuelve la vida y resucita la ofrenda perfecta⁸⁶, «la causalidad eficiente [de la resurrección de Cristo] se atribuye invariablemente a Dios-Padre»⁸⁷ esto se entiende puesto que

El Padre es el que posee la vida en sí mismo y, por amor al Hijo, “le ha dado el poseer en sí la vida” (Jn 5,20.26). Esta posesión plena de la vida, junto con el poder de comunicársela a otros (cf. Jn 5,21.24.27-29), se la otorga el Padre

⁸¹ «E' sulla base della teología bíblica del culto spirituale e del sacerdocio dei fedeli (LG 10 e 11) che deve essere valorizzato il senso culturale della vita spirituale in tutte le sue manifestazioni». J. CASTELLANO, «Liturgia, teología spirituale e spiritualità», 522.

⁸² Cf. Hb 9,25-28; 7,27.

⁸³ Cf. Lv 19,1.

⁸⁴ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 63.

⁸⁵ Por la Encarnación un ser divino se hace hombre y un hombre ha podido tocar la divinidad.

⁸⁶ Cf. Hch 2,29-33; 2Co 13,4; Rm 6,4

⁸⁷ M. GONZALEZ, *Cristo, el misterio de Dios*, 377.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

en la resurrección, de modo que ésta es simultáneamente obra del Padre en Cristo y del Padre con Cristo⁸⁸.

Mediante el misterio pascual de Cristo, Dios establece la nueva alianza con los hombres y los hace parte de un pueblo cuyo sacerdocio expresa un modo del sacerdocio propio de Cristo⁸⁹.

La incorporación a este nuevo pueblo queda marcada por un acto litúrgico por el que el hombre participa de la muerte y resurrección de Cristo y queda consagrado totalmente a Dios, este es el sentido del bautismo. Por éste los cristianos quedan incorporados al cuerpo místico de Cristo sacerdote, se configuran con Él, participando cada uno según su condición de Su sacerdocio.

Así lo declara expresamente la Constitución *Lumen Gentium*:

Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz⁹⁰.

El fundamento para el sacerdocio común de los fieles radica en que la participación del sacerdocio de Cristo hace que los fieles puedan recibir de alguna manera la unción del Espíritu con la que Cristo fue ungido⁹¹. Esto es fruto de una acción trinitaria, donde el Espíritu Santo marca su presencia en el ungido como un sello, de ahí que el sacerdocio común se reciba por la unción del Espíritu en el Bautismo y se perfeccione en la Confirmación.

Desde su regeneración en el sacramento cada fiel es ungido sacerdote, profeta y rey; «el Bautismo hace participar en el sacerdocio común de los fieles»⁹². De este modo como verdaderos sacerdotes pueden acercarse a Dios y ofrecer sacrificios que le sean gratos, sean de índole material o espiritual, sobre todo mediante el ofrecimiento de sí mismos, ello siempre unido al sacrificio por excelencia que es el mismo Cristo. Esto es lo que refiere la carta de san Pedro (1P 2,4-5.9):

Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por medio de Jesucristo. [...] Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

⁸⁸ M. GONZALEZ, *Cristo, el misterio de Dios*, 379.

⁸⁹ Cf. 1P 2,4ss.

⁹⁰ CONCILIO VATICANO II, *Const. Lumen Gentium*, n.10.

⁹¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Decreto Presbyterorum Ordinis*, n.2.

⁹² CEC, n.1268.

Este sacerdocio regio de todos los bautizados es ejercido también en la recepción de los sacramentos⁹³, por medio de los cuales los fieles quedan destinados al culto cristiano, no sólo como meros asistentes sino siendo partícipes de la celebración litúrgica, siendo capaces de ser ellos mismos ofrenda para Dios, y ello no sólo durante el acto litúrgico, sino que la celebración litúrgica impregna su vida haciendo de ella un testimonio de la fe que se profesa, tanto con la palabra como con las obras de caridad operante⁹⁴.

El sacerdocio común se orienta al desarrollo de la gracia bautismal mediante el desarrollo de una vida espiritual que abarque el correspondiente ejercicio de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad)⁹⁵, que puestas por obra hacen que la vida de los fieles manifieste en su quehacer cotidiano, respondiendo cada uno a la vocación particular que posee, la realidad de una vida configurada por Cristo.

De esta manera el sacerdocio bautismal hace posible que se pueda vivir la vida en el Espíritu que brota de la liturgia, pues la actualización de la capacidad de ofrecer sacrificios y oraciones a Dios (propia de la condición sacerdotal de todos los fieles) se da en las celebraciones litúrgicas y a su vez en ella encuentra el modo de cómo hacer más agradable a Dios su ofrenda (en tanto se acompaña al ritmo de los tiempos litúrgicos, por ejemplo) y la fuerza para hacer de su vida esa donación continua a la voluntad divina. Hay una intrínseca relación entre liturgia y vida para los fieles pues no se puede dar una verdadera relación de comunión íntima con Cristo sin la liturgia, «es imposible que la vida se convierta en culto espiritual agradable al Padre sin la comunión con Cristo y con su Espíritu a través de la liturgia»⁹⁶. Mediante la plena participación del misterio de Cristo en la liturgia de la Iglesia el cristiano puede hacer de su vida un culto espiritual (Cf. Rm 12,1-2)⁹⁷.

Así lo señala también la constitución *Lumen Gentium*:

Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. [...] Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 P 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los

⁹³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Lumen Gentium*, n.11.

⁹⁴ Cf. CEC, n.1273.

⁹⁵ Cf. *Ibid.*, n.1547.

⁹⁶ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 65.

⁹⁷ Cf. B. BAROFFIO, «Sacerdocio», NDL, 1776.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios⁹⁸.

La vivencia de esta experiencia permite que en los fieles se acreciente la consciencia de su vocación a la santidad, a la que deben responder cada uno desde su propia condición y estado. Todos poseen este llamado universal⁹⁹, aunque cada uno debe orientarse hacia él según su propio camino, encontrando en la liturgia (sobre todo en los sacramentos) los medios más eficaces para orientarse a tal fin.

La santidad que brota desde la celebración de los misterios se orienta en la conformación de la propia vida como santidad personal, buscando ser agradables y unirse a Dios; pero también comprende el testimonio ante los demás hombres de la salvación de Cristo que se realiza por medio del apostolado y las buenas obras, es el impulso a la misión que brota desde la celebración.

Dentro de todo el conjunto de bautizados que conforman el pueblo de Dios, que es la Iglesia, a algunos miembros además del sacerdocio común se le es conferido el sacerdocio ministerial, mediante el sacramento del Orden, por el cual reciben la potestad de «formar y dirigir el pueblo sacerdotal, confeccionar el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre del pueblo de Dios»¹⁰⁰. Este ministerio es sacramento de la presencia de Cristo, por eso las acciones de los ministros ordenados se realizan *in persona Christi Capitis*, pues es Cristo quien actúa dando su salvación en el aquí y ahora de la historia. El ministro ordenado representa sacramentalmente a Cristo, único mediador entre Dios y los hombres; y representa también a la Iglesia, en cuyo servicio realiza la acción litúrgica.

Ambos sacerdocios mantienen una diferencia esencial; pero a su vez, son complementarios. El sacerdocio ministerial se explica desde y para el sacerdocio común, es decir, desde la vida divina recibida en el bautismo y para sostenerla e incrementarla. El ministerio sacerdotal se presenta como un servicio para los demás fieles, manifestándose una prioridad sustancial del sacerdocio común, así «el ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios»¹⁰¹; sin embargo, el sacerdocio ministerial no debe entenderse como una mera delegación de funciones derivada del sacerdocio de los fieles, pues «este ministerio [...] es esencial para que en la Iglesia se realice la sustancia de lo cristiano»¹⁰²,

⁹⁸ CONCILIO VATICANO II, *Const. Lumen Gentium*, n.34.

⁹⁹ Cf. *Ibid.*, n.11.

¹⁰⁰ *Ibid.*, n.10.

¹⁰¹ JUAN PABLO II, *Exhort. Apost. Pastores dabo vobis*, n.16.

¹⁰² J. VILLAR, «El sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio común de los fieles», 37.

ya que hace presente a Cristo, Cabeza del cuerpo que es la Iglesia, y mediante las acciones sagradas realizadas por los ministros ordenados, los fieles pueden ejercer las acciones propias del sacerdocio común. A esto es lo que se hace referencia cuando el Concilio Vaticano II señala: «la distinción que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la unión, ya que los Pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por recíproca necesidad»¹⁰³.

La Iglesia vive como tal mediante la conjunción de ambos modos de participar del sacerdocio de Cristo. Con el armonioso desarrollo del sacerdocio común y el sacerdocio ministerial todos los fieles pueden llegar cada uno según su propia condición y oficio, en cuanto edifican el Cuerpo de Cristo, a la salvación. El binomio sacerdote-laico permite que la Iglesia pueda continuar con su misión en el mundo, sin que se pueda prescindir o aislar uno de otro.

A modo de síntesis de lo tratado en este capítulo se puede notar que la concepción de liturgia en su sentido más teológico será reconocida sobre todo como fruto de la celebración del Concilio Vaticano II, puesto que se la relaciona con el misterio de Cristo que se hace presente en la celebración litúrgica. En ella el Verbo encarnado ejercita su propio sumo y eterno sacerdocio como mediador entre Dios y los hombres, para que éstos, en comunión con Él, puedan ser santificados (aspecto *katabático* de la liturgia) y, a la vez, pueda rendir el verdadero culto que glorifica a Dios, en el cual también asociará a los creyentes (aspecto *anabático* de la liturgia). Además, la acción salvadora de Dios en la liturgia se da por medio de signos sensibles, que significan realidades espirituales y a la vez poseen eficacia, esto deja notar el sentido antropológico de la salvación por la que Dios se vale del propio hombre y de las cosas materiales para auto comunicarse a los hombres.

Desde todo ello se entiende que la liturgia es obra de Dios puesto que su acción santificadora en el hombre parte desde la iniciativa divina. La Trinidad opera en la liturgia: el Padre es la fuente de la que procede toda santidad y fin hacia la que conduce el culto que pueda rendirse; Jesucristo en la celebración de su misterio hace posible que la salvación llegue hacia los hombres por su mediación y es el supremo modelo de la verdadera glorificación a Dios a la cual el hombre está llamado; y el Espíritu Santo dispone el corazón de los fieles para acoger la gracia y hace presente el misterio pascual de Cristo en la Liturgia. De este modo la historia de salvación se actualiza en cada celebración litúrgica en toda su eficacia como expresión del amor extremo de Dios que busca la comunión con el hombre, y la perpetuación de la celebración de este misterio ha sido confiada por el propio Cristo a su Iglesia.

¹⁰³ CONCILIO VATICANO II, *Const. Lumen Gentium*, n.32.

CAP. II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM

Partiendo desde estas consideraciones el Concilio Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* señala a la liturgia como la fuente primaria y necesaria para el desarrollo de la espiritualidad genuinamente cristiana. Como fuente primaria, se coloca por encima de cualquier otra, de manera insustituible, debido a que hace memorial del misterio de Cristo, siendo así un lugar privilegiado de gracia. En tanto fuente necesaria, se deja notar que la vivencia de la liturgia no es algo superfluo para los fieles, sino que posee un aspecto performativo para la vida del creyente, que busca la configuración con lo que se celebra. La espiritualidad que brota de la liturgia es la base común para todo el pueblo de Dios (ministros y laicos); mas, ello se conjuga con la posibilidad de poder desarrollar matices en ciertos aspectos de una espiritualidad particular, puesto que la liturgia no abarca la totalidad de la vida espiritual de los fieles.

Para que la liturgia pueda ser verdadera fuente de espiritualidad es necesaria la participación activa y fructuosa de todos los fieles en la celebración litúrgica, que parte de una recta disposición para acoger y responder a la acción sagrada que se vive, así como la intuición interpretativa que permita descubrir en los signos el lenguaje de la comunicación entre Dios y los hombres, además de dejarse transformar a la luz del misterio celebrado. Tal participación secunda la iniciativa divina de salvación pues permite acoger la plenitud de gracia que encierra en sí misma la acción litúrgica.

La base que hace posible que todos los fieles puedan hacer la liturgia, viviéndola consciente y activamente, es la participación del sacerdocio de Cristo que poseen desde su bautismo, su sacerdocio común. Así como verdaderos sacerdotes los cristianos están llamados a ofrecer sacrificios agradables a Dios, especialmente en la donación de la propia vida para hacer la voluntad del Padre, haciendo de ella un culto espiritual (Cf. Rm 12,1-2). Esta capacidad sacrificial se actualiza en la liturgia y a su vez encuentra en ella el modo de hacer más agradable su ofrenda.

CAPÍTULO III

LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

A los cuarenta años de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, Juan Pablo II en su carta *Spiritus et sponsa* exhortaba a que el tercer milenio «desarrolle una espiritualidad litúrgica, que lleve a tomar conciencia de Cristo como primer “liturgo”, el cual actúa sin cesar en la Iglesia y en el mundo en virtud del misterio pascual continuamente celebrado, y asocia a sí a la Iglesia, para alabanza del Padre, en la unidad del Espíritu Santo»¹, bajo esta premisa en este capítulo se abordará los aspectos en los que la liturgia se hace fuente de la espiritualidad cristiana.

Se comienza desarrollando cuál es la concepción de espiritualidad desde la consideración que de ella se tiene en la teología católica, con sus elementos propios que la hacen diferente a otras visiones religiosas. Así, la centralidad de la espiritualidad radica en el desarrollo en los fieles de la vida en el Espíritu, en el que consiste la santidad, que configura con Cristo y lleva a plenitud la filiación con el Padre.

Dentro de la espiritualidad cristiana la liturgia presenta un papel destacado dando a todos los bautizados la posibilidad de desarrollar una espiritualidad litúrgica, por ello la presentación de la misma será el objeto de un segundo momento en este capítulo.

Dado que en la liturgia Cristo actúa santificando a los hombres mediante la actualización de su misterio pascual y por ello le es propia una espiritualidad que surja de ella, en un tercer punto se explican algunos aspectos determinados en que la liturgia nutre a la espiritualidad. Así partiendo desde la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana se fortalece en el fiel la vivencia de su filiación divina, su radical impulso misionero, el favorecimiento de la comunión en la Iglesia y el servicio que ella conlleva; además la liturgia permite el despliegue de una vida de oración personal conjugada y enriquecida con

¹ JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.16.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

la oración comunitaria eclesial, y hace posible que el cristiano viva santificando el tiempo y santificándose en todo tiempo.

A la luz de estas relaciones entre liturgia y espiritualidad, en un cuarto punto del capítulo se muestra cómo la espiritualidad litúrgica se coloca como la base común para todo tipo de espiritualidad específica al interior de la Iglesia, las cuales no deben ser entendidas nunca en contraposición de la primera, sino más bien en una relación que les permita favorecer y prolongar en la vida cotidiana los misterios celebrados.

En el último punto, se presenta un esbozo acerca del modo en que se puede favorecer el desarrollo de una espiritualidad litúrgica en los fieles, proceso que abarca una etapa previa, durante y posterior a la participación de las celebraciones litúrgicas.

1. Concepción de espiritualidad cristiana en la Iglesia católica

La palabra espiritualidad surge en Francia hacia el siglo XVII, para indicar los ejercicios interiores del alma que busca perfeccionarse según Dios². A partir de allí este término se ha ido difundiendo, en la etapa contemporánea en un sentido muy extenso «espiritualidad» hace referencia a una experiencia con sentido meramente trascendente (contrario a la vida material) para el hombre por lo que se pudiere aplicar incluso a experiencias no religiosas, donde la trascendencia recae en algún tipo de energía o ser impersonal que regula lo metafísico.

Sin embargo, como hemos anotado, en su origen, la palabra está referida a una experiencia religiosa, vinculando al hombre con Dios. Por ello dentro de la teología católica, más en específico la teología espiritual, se tiene por objeto a la espiritualidad, entendiendo por ella el modo cómo el Espíritu Santo actúa normalmente sobre los cristianos³, es decir, la espiritualidad se relaciona directamente con la vida espiritual cristiana vivida de manera más plena e intensa⁴.

Cuando hablamos de espiritualidad cristiana, entonces, se hace referencia al modo de ser y vivir característico de un cristiano que busca alcanzar la santidad (perfección sobrenatural), dicho de otro modo, «es la vida real del creyente vivida bajo el influjo del Espíritu Santo –y, por tanto, animada por la fe, esperanza y caridad- en tanto que el creyente está incorporado a Jesucristo sacramentalmente»⁵.

² Cf. CH. BERNARD, *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, 30.

³ Cf. J. RIVERA - J. IRABURU, *Síntesis de la espiritualidad católica*, 17.

⁴ Cf. A. ROYO, *Espiritualidad de los seglares*, 2.

⁵ J. SOLER, *La liturgia, fuente de la vida espiritual*, 42.

De todo lo expuesto, la espiritualidad cristiana es la forma cómo el espíritu humano se relaciona con el Espíritu Santo, por lo que podemos hacer referencia a ella al hablar de la vida espiritual del creyente, por ello en adelante usaremos «espiritualidad cristiana» como equivalente a vida espiritual cristiana, haciendo referencia a la vida en el Espíritu que configura con Cristo y se orienta al Padre.

Se entiende por vida espiritual, en este sentido, la «relación personal del creyente con Dios; y en consecuencia, al conjunto de actitudes interiores y exteriores y de acciones que determinan dicha relación»⁶. La clave se halla en esa relación que marca una novedad respecto de lo que las demás relaciones pueden ofrecer al hombre, pues Dios se hace el centro de la existencia de la persona. La misma denominación «vida espiritual» hace referencia a la vida en el Espíritu y según el Espíritu⁷, quien es una de las tres personas de la Santísima Trinidad, cuya interrelación con la persona humana tiene como finalidad poder llevarla hacia la perfección cristiana, es decir, hacia la santidad.

La vida espiritual para el fiel tiene un acento trinitario que le es propio. Es al Espíritu Santo a quien se le atribuye la función de santificar al hombre, pero, como todas las acciones de la Trinidad *ad extra*, en el proceso de santificación o divinización (tal como lo conciben los católicos orientales) se encuentran actuando las tres Personas divinas.

De ahí que la vida espiritual sea también la vida en Cristo, por la que la existencia concreta se va matizando por el estilo cristiano y en ese sentido va reflejando el mismo vivir de Cristo, el Hijo del Padre. Por ello, en la vida espiritual toma importancia el matiz de filiación respecto a Dios Padre. Cuando se hace referencia a la espiritualidad cristiana de fondo está presente esta realidad, en tanto que por ella se busca «llegar a la plena identificación con Cristo –en la medida y grado predestinados para cada uno- para alabanza de gloria de la Trinidad beatísima»⁸, es una búsqueda por ser otro Cristo, es decir, vivir -por gracia- la filiación divina que Cristo tiene por naturaleza. De este modo, la vida del creyente se hace cristocéntrica⁹, buscando imitar a Cristo, seguir a Cristo y configurarse con Él.

La vida eterna consistirá en la actualización permanente de esa relación filial, en la posesión cierta de Dios uno y trino que es el objeto del deseo más verdadero de la persona, pero esta vivencia se va comunicando ya al creyente en su realidad terrenal y temporal mediante el desarrollo de su vida espiritual, por la cual se vive en comunión con el

⁶ J. SOLER, *Liturgia, fuente de vida espiritual*, 12.

⁷ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 34.

⁸ A. ROYO, *Espiritualidad de los seglares*, 3.

⁹ Cf. Gal 2,20.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

Padre, Hijo y Espíritu Santo estableciendo con cada una de las personas una relación de fe y amor.

De todo ello se puede considerar que la vida espiritual tiene su fuente remota en el misterio de Dios uno y trino que quiere comunicar al hombre una participación de su propia vida¹⁰. Es Dios quien toma la iniciativa de acercarse al hombre dándole la posibilidad de establecer una familiaridad; la revelación nace de la condescendencia divina de ver al hombre necesitado de salvación.

Si bien la posibilidad de desarrollar una vida según el Espíritu parte de Dios mismo, esta iniciativa se da en forma de diálogo con el hombre, por ello al dirigir Su Palabra, el Padre pide una respuesta que implique una cooperación consciente con la Gracia que se recibe. Así la santidad, que es la substancia de la vida espiritual, es una llamada y también una respuesta que es la acogida atenta y comprometida (aceptación, asimilación, reacción libre) con esa vocación universal a la santidad¹¹.

La originalidad de la espiritualidad cristiana consiste en la vocación personal por la cual Dios establece una relación con cada cristiano. Abarca la experiencia orante y contemplativa para el fiel mediante la cual el hombre va conociendo la voluntad divina para ponerla por obra. No basta con un reconocimiento genérico de Dios para hablar de espiritualidad, sino que se necesita el cultivo de una relación interpersonal con Él.

Así la categoría de alianza se hace presente, siendo llevada a su máxima expresión en el misterio de la encarnación y pascua de Cristo por los que llega a su plenitud la historia de salvación. Por ello la vida espiritual parte de esta nueva alianza en cuanto es cristocéntrica y pascual.

La colaboración humana es siempre respuesta a la llamada de Dios y siempre se da en el orden del amor; se responde con un amor ascendente ante el amor descendente de Dios que ha precedido primero¹². El amor es la base de la relación del creyente con Dios y con los hermanos, reconociendo que «la caridad, que es esencialmente operativa, es también esencialmente afectiva»¹³.

Considerando la respuesta que el hombre da a Dios, la vida espiritual sigue diversos caminos de acuerdo a las condiciones de la persona (circunstancias, carácter, entre otros), así por ejemplo se va adaptando a la edad del hombre. La vida en el espíritu se hace un camino que progresivamente se va orientando hacia la perfección, para ello se cuenta con la decisión del hombre que lo dirige hacia la búsqueda de la unidad

¹⁰ Cf. CH. BERNARD, *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, 141.

¹¹ Cf. J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 35.

¹² Cf. CH. BERNARD, *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, 42.

¹³ S. GAMARRA, *Teología espiritual*, 50.

personal con Dios, tal decisión «exige una constante fidelidad al don del Espíritu recibido, y comporta consiguientemente el rechazo de todo aquello que se opone al Espíritu del Señor»¹⁴. Implica así una dimensión ascética de la persona, quitando los obstáculos que le impiden responder a su vocación sobrenatural.

Se puede afirmar, entonces, que «la espiritualidad consiste en la búsqueda y en la realización del designio salvífico de Dios (dimensión común) en la vida y en las circunstancias concretas de cada uno (dimensión personal)»¹⁵. Ambas dimensiones de la vida espiritual deben ser tenidas en cuenta para su desarrollo armónico.

La espiritualidad cristiana se puede ver también como la integración de toda la persona desde la fe, esperanza y el amor¹⁶, pues:

Si la gracia, comienzo de la vida eterna, es el principio básico de toda la vida espiritual y produce las virtudes teologales en una especie de dinamismo interior, resulta que estas virtudes, cuyos actos dependen de nuestra conciencia, forman realmente la estructura de nuestra vida espiritual en cuanto que se la vive personalmente¹⁷.

Al hablar de vida espiritual, podría considerarse que solamente es la interioridad de la persona humana la que se afecta y torna en un movimiento de perfección, sin embargo, la verdadera espiritualidad lleva siempre una manifestación externa en las obras y el estilo de vida. El espíritu humano no se puede ver ni experimentar directamente, pero son sus manifestaciones las que son conocidas y dan pistas de su desenvolvimiento. Lo exterior deriva de la forma de sentir, juzgar y pensar que ha sido transformada de acuerdo con el sentido de Cristo, pues «la posesión del Espíritu Santo sumerge a todo el hombre, cuerpo y alma, en una vida nueva: toda su existencia queda informada por la fe que actúa por medio de la caridad»¹⁸. La vida espiritual, por tanto, «afecta a lo más íntimo de la persona y la lleva a exigencias y compromisos concretos»¹⁹.

Debido a esta manifestación externa, la vida espiritual cristiana abarca también una consideración del mundo, pues el cristiano está situado en una sociedad y cultura concretas y frente a ellas posee deberes ineludibles acordes con su vocación específica y su llamado universal a santificarse en medio de las realidades temporales y santificarlas en lo que son ellas mismas también.

También ha de considerarse que la vida del cristiano se despliega en la Iglesia donde se recibe, crece, robustece y plenifica la fe. El cristiano es

¹⁴ R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 28.

¹⁵ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 36.

¹⁶ S. GAMARRA, *Teología espiritual*, 37.

¹⁷ CH. BERNARD, *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, 165.

¹⁸ *Ibid.*, 26.

¹⁹ J. SOLER, *La liturgia, fuente de vida espiritual*, 12.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

incorporado a la comunidad de creyentes desde el primer momento, por ello la vida espiritual no se trata solamente de una cuestión personal aislada, sino que comprende una vinculación comunitaria, considerando a la Iglesia como sacramento de salvación. La relación del creyente con la Iglesia se vive en relación de amor: amor en la Iglesia donde se aprende a ser hijo y hermano en Cristo, amor a la Iglesia sintiendo como suyos las virtudes y los defectos de la Iglesia; y amor de la Iglesia que le permite adentrarse en la comunión de todos los miembros del cuerpo de Cristo con su cabeza y Señor²⁰.

En relación a su ser en la Iglesia, la espiritualidad del creyente implica una participación de la misión del Señor, el cristiano es y vive en misión, es siempre un enviado²¹ contribuyendo así en la tarea de llevar la Buena Nueva de Cristo a los hombres.

Esta pertenencia a una comunidad hace notar que junto con el sentido de filiación que tiene el vivir en Cristo, que es la base de la vida espiritual cristiana, surge la relación de fraternidad, entrañada en la solidaridad con todos los hombres²² por lo que predispone al servicio en el compromiso real con los hermanos, pero no se trata de una fraternidad como proyección de planteamientos personales sino se trata de un don que se recibe del Señor y se vive en el Señor²³.

En la comunidad de la Iglesia el cristiano encuentra la figura de la Virgen María quien se presenta como la primera intercesora ante Cristo y modelo de discipulado mediante una entrega radical a la voluntad de Dios y en el ejercicio de las virtudes. Junto con ella se encuentran los santos quienes con su ejemplo de vida son impulso para el desarrollo de la vida espiritual de los creyentes, revelando las maravillas de Dios en la realidad concreta de la persona que lo acoge y se deja santificar por Él.

En resumen, la espiritualidad cristiana en su sentido más genuino es la vida en Cristo y vida en el Espíritu Santo, lo cual implica una existencia arraigada en la comunión sacramental con el Señor -lo que implica la intermediación de la Iglesia-, comunión con su palabra, su vida, su misterio, que es lo que alcanza al hombre la santidad, es decir se alcanza la realización del designio de Dios: ser verdaderos hijos del Padre, incorporados a Cristo, guiados por el Espíritu Santo, reunidos con los hermanos en la Iglesia, estando presentes en el mundo para irradiarle sentido cristiano²⁴ y procurando un servicio fraterno.

²⁰ Cf. S. GAMARRA, *Teología espiritual*, 92.

²¹ Cf. *Ibid.*, 83.

²² Cf. *Ibid.*, 43.

²³ Cf. *Ibid.*, 80.

²⁴ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 518.

2. Nociones de espiritualidad litúrgica

La categoría «espiritualidad litúrgica» es un concepto moderno que surge a fines del siglo XIX, siendo impulsado por los aportes del «movimiento litúrgico» que buscaba resaltar la espiritualidad que se contenía en las celebraciones litúrgicas, en sus formularios y ritos²⁵; aunque el término sea reciente, la realidad a la cual alude se ha encontrado presente desde los orígenes de la Iglesia incluso se pueden encontrar algunas bases de la misma en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia²⁶.

La espiritualidad litúrgica puede ser definida como «la experiencia del Dios de Jesucristo, realizada y caracterizada por la mediación litúrgica»²⁷ o dicho de otra manera «es la actitud del cristiano que funda su vida - toda su vida humana vivida conscientemente- sobre el ejercicio auténtico de la liturgia, de manera que esta llega a ser *culmen et fons* de toda su actuación (cf. SC10), para que en definitiva *mysterium paschale vivendo exprimatur*»²⁸.

Al hablar de una espiritualidad litúrgica se hace referencia a la experiencia espiritual cuyos principios, doctrinales y vitales, y su estilo se inspira, nutre, modela y expresa a partir de la liturgia²⁹.

Considerando que en la liturgia confluyen la acción divina y la actitud espiritual de los fieles, la espiritualidad litúrgica se puede considerar, también, como «el conjunto de disposiciones interiores con las que el fiel que participa en las acciones litúrgicas se adhiere a la acción divina para que ésta fructifique –y fructifique abundantemente- en su interior»³⁰.

Siendo así, resulta de importancia que cada celebración litúrgica sea en sí misma orante y para ello hay que ser consciente que la liturgia es acción sacerdotal de Cristo en la cual el fiel se inserta y participa, esta consideración de la presencia de Cristo orante con nosotros y en nosotros es lo propio de la espiritualidad litúrgica³¹ y es lo que debe tener la primacía en la celebración de los misterios.

En la liturgia «se realiza el encuentro salvador del hombre con Dios, ella lo pone en contacto con la salvación»³², por ello se constituye un

²⁵ Cf. P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 77.

²⁶ A este respecto se puede revisar el contenido del Capítulo I: Datos de la espiritualidad litúrgica en la Revelación, pp. 10-52.

²⁷ «L'esperienza del Dio di Gesù Cristo, realizzata e caratterizzata dalle mediazioni liturgiche» M. AUGÉ, «Elementi di spiritualità liturgica», 28-29.XI.2007.

²⁸ B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 676-677.

²⁹ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 513.

³⁰ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 98.

³¹ Cf. *Ibid.*, 101.

³² R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 28.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

medio y una fuente constante de crecimiento y desarrollo de la vida cristiana.

La definición de la liturgia como ejercicio del sacerdocio de Cristo³³ del cual se hace partícipe el fiel para poder ser santificado y rendir culto a Dios, deja notar la necesidad de una espiritualidad que permita «la plena participación que acoge y celebra el misterio en la fe, en la esperanza y en el amor, en una experiencia que está llamada a crecer y madurar, porque es connatural a la liturgia, y a la vida que le sigue, el dinamismo de la santidad, la configuración con Cristo»³⁴. De ello se entiende que la propia naturaleza de la liturgia hace brotar una espiritualidad.

La espiritualidad cristiana es la vida en Cristo y vida en el Espíritu Santo, es decir, una vida vivida y fundada en la acción santificadora del Espíritu de Cristo que es infundida en el hombre por medio de la liturgia y principalmente mediante los sacramentos. Así, la celebración litúrgica plasma en la espiritualidad cristiana algunas características que le son propias como son: el sentido trinitario, el sentido dinámico y progresivo de la santidad, el carácter pascual de la santidad que conlleva a la configuración con el misterio de Cristo muerto y resucitado, y el aspecto comunitario de eclesialidad³⁵.

Se puede afirmar que la vida espiritual del creyente se ve marcada por la continua celebración del misterio de Cristo en la liturgia, que acompaña toda la experiencia cotidiana del fiel, desde el nacimiento a la fe hasta el paso de muerte a la verdadera vida.

Esta idea es desarrollada por el Papa Juan Pablo II, al considerar que

El cristiano que lleva una vida fundada en los sacramentos y animada por el sacerdocio común, lo que finalmente busca es la gracia de Dios que le conduzca, por el Espíritu, hacia el progreso interior “hasta llegar a la medida de la plenitud de Cristo”; pero Dios, por su parte, no le “toca” solamente por los acontecimientos externos y por su gracia interna, sino que actúa en él de una manera más cierta y más intensa por medio de los sacramentos. Éstos, en efecto, confieren a la vida del cristiano un cierto estilo sacramental³⁶.

Resultando que la relación entre liturgia y espiritualidad se hace necesaria de tal modo que, según Castellano, «no se puede pensar de manera coherente en una liturgia que no expresa y nutre la espiritualidad cristiana. No se puede hablar de una verdadera espiritualidad cristiana que no encuentra en la liturgia celebrada y vivida su fuente, su culmen, su escuela»³⁷.

³³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.7.

³⁴ J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 517.

³⁵ Cf. *Ibid.*, 518.

³⁶ JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Caenae*, n.7.

³⁷ «Non si può pensare un maniera coerente ad una liturgia che non esprima ed alimenti la spiritualità cristiana. Non si può parlare di una vera spiritualità cristiana

Así pues, la vida cristiana se alimenta, madura, se expresa y se realiza plenamente a través de la liturgia de la Iglesia, «no se puede concebir una vida cristiana que se sitúe fuera o al margen de la liturgia»³⁸, ahora bien, «la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, sino que es ciertamente su fuente y su culmen»³⁹. Como tal la vida espiritual se enriquece cada vez más en tanto se comprenda cada vez mejor las acciones sagradas, viviendo así una vida litúrgica, pues la celebración viva y genuina de las acciones litúrgicas son la realización suprema e importantísima de la vida espiritual⁴⁰, ya que en ellas se da el contacto auténtico con Dios y su obra salvífica.

Por ello la espiritualidad litúrgica se hace la espiritualidad propia de la Iglesia, en tanto que vivir de la liturgia es el sustrato común para todo bautizado. La liturgia celebra y actualiza el misterio redentor de Cristo para el hombre⁴¹ y ésta es la base objetiva de la vida espiritual «porque tiene que estar presente en cada momento formante de la vida espiritual; si no, corre el riesgo de no ser una espiritualidad cristiana»⁴². De ahí que la espiritualidad litúrgica no sea una vía facultativa u opcional sino, por el contrario, adquiera carácter de ser necesaria y de importancia⁴³. Así la liturgia es uno de los medios fundamentales para crecer en la santidad que es la substancia de la espiritualidad cristiana⁴⁴ y en ese sentido la espiritualidad litúrgica se hace universal, se hace espiritualidad de la Iglesia, un sustrato común para la espiritualidad cristiana que luego puede tomar matices peculiares.

La santificación de los hombres se ordena a la participación del ejercicio del culto y de forma recíproca la participación en el culto va santificando a los hombres, de ahí que la espiritualidad de la Iglesia esté constituida esencialmente por el ejercicio del culto tributado a Dios, donde los ritos externos concuerdan con la disposición interna y personal, compartiendo los mismos sentimientos de la Iglesia⁴⁵.

La espiritualidad litúrgica no se agota en solo la celebración sino que compromete la vida toda del creyente en relación con el misterio celebrado, la liturgia se lleva a la vida, a un compromiso con

che non trovi nella liturgia celebrata e vissuta la sua sorgente, il suo culmine, la sua scuola» J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 513.

³⁸ J. SOLER, *La liturgia, fuente de la espiritualidad*, 42.

³⁹ JUAN PABLO II, *Carta Apost. Vintagesimus quintus annus*, n.22. Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.9-10.

⁴⁰ B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 683.

⁴¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.2.

⁴² J. FLORES, «Sentido espiritual de la liturgia», 470.

⁴³ Cf. J. LÓPEZ, *La liturgia de la Iglesia*, 338.

⁴⁴ Cf. J. RIVERA - J. IRABURU, *Síntesis de la espiritualidad católica*, 17.

⁴⁵ Cf. A. ROYO, *Espiritualidad de los seglares*, 102-103.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

repercusiones de orden personal, comunitario, social y político⁴⁶. La relación que existe entre espiritualidad y liturgia conlleva a combatir toda forma de ruptura entre el vivir y celebrar la fe, entre el momento celebrativo y la vida cristiana⁴⁷.

En apoyo de esta idea, para Neunheuser desarrollar una espiritualidad litúrgica significa

Insertarse en la obra salvífica de Cristo mediante una celebración viva, consciente, transida de fe y plena de sus misterios salvíficos [...]; hacer presente esa obra salvífica para prolongarla en la vida cotidiana; vivirla precisamente aquí, en la esperanza de llegar un día, con el auxilio de la gracia de Dios, a la consumación y realización escatológica definitiva de esos misterios en el reino de Dios plenamente manifestado⁴⁸.

La vida misma del hombre debido a su sacerdocio bautismal se puede considerar como una liturgia, si se comprende el sentido cultural de todas las manifestaciones de la vida cristiana, pues se ofrece la vida por amor a Dios y a los hermanos uniéndose a la acción de Cristo que santifica. De esta manera, la propia vida se debe convertir en un culto incesante entregado cada día al Señor como perfume de suave olor⁴⁹.

Es el Espíritu Santo quien hace posible esta prolongación de la unidad entre liturgia y espiritualidad en la vida del creyente, por la cual se va creciendo en el ser y vivir como Cristo. Por medio de su gracia, el Espíritu dispone el corazón de los fieles para las celebraciones litúrgicas⁵⁰ ya que opera despertando la fe, convirtiendo el corazón y llamando a la adhesión de la voluntad del Padre; de este modo, prepara, también, para acoger las otras gracias que se dan en la celebración misma y para los frutos que está llamada a producir.

Incluso respecto de las actividades extralitúrgicas de la vida espiritual, la liturgia se presenta como fuente de luz y fuerza para cada ejercicio de ascesis y apostolado, y hacia ella tiende cada ejercicio de virtud y obra de caridad⁵¹.

De todo lo visto, se refiere que la espiritualidad litúrgica se caracteriza⁵² por: tener validez universal, en todo tiempo y espacio se da la unicidad del misterio pascual que es celebrado como núcleo en ella radica la unidad de los creyentes; ser objetiva, en tanto el Misterio de Cristo que se hace presente en la liturgia es objetivo y real aunque es el cristiano quien debe acoger personalmente esa acción salvadora, de este

⁴⁶ Cf. J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 55.

⁴⁷ Cf. J. FLORES, «Sentido espiritual de la liturgia», 469.

⁴⁸ B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 693-694.

⁴⁹ Este es el sentido que describe San Pablo: «como hostia viva, santa, grata a Dios; éste ha de ser vuestro culto espiritual» (Rm 12,1).

⁵⁰ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teología spirituale e spiritualità», 525.

⁵¹ Cf. *Ibid.*, 521.

⁵² Cf. J. SOLER, *La liturgia, fuente de la vida espiritual*, 45-48.

modo la espiritualidad que se desprende de la liturgia no está a merced de la subjetividad y emotividad del individuo; ser dialogal, en tanto esa es la relación que establece Dios con su pueblo mediante la proclamación de la Palabra y de los sacramentos en los cuales Dios siempre se entrega y el hombre corresponde personalmente a Su iniciativa, este diálogo está orientado hacia la contemplación de los misterios que desemboca en el amor; y ser comunal, en sus dos vertientes: dimensión vertical por la que a través de la celebración Dios se une a la persona, y una dimensional horizontal por la cual se genera la unidad entre los creyentes, ambas dimensiones son importantes y deben darse de forma conjunta.

Adicionalmente, en relación con la naturaleza propia de la liturgia, la espiritualidad que nace de ella, tiene como propiedades⁵³ ser:

a) Cristocéntrica

Cristo se constituye en centro de la espiritualidad en tanto que es el único mediador por excelencia entre Dios y los hombres⁵⁴, de esta manera la unión con Dios se realiza a través de la configuración del creyente con Cristo, la cual es actualizada mediante las acciones litúrgicas convirtiéndose en un tiempo de salvación y gracia (*kairos*). La centralidad de Cristo permite que el fiel pueda adentrarse en sus misterios, siendo contemplativos de los mismos.

b) Pascual

Relacionada con la anterior propiedad, se ha de reconocer que el misterio pascual de Cristo es el culmen de todo el misterio de Cristo y por tanto se hace centro de la vida de la Iglesia⁵⁵. La pascua de Cristo domina toda la espiritualidad litúrgica, ello se aprecia sobre todo en las celebraciones sacramentales en el concepto de memorial. Así la celebración pascual anual deben ser la médula de la espiritualidad del cristiano y el momento clave de la renovación anual en la fe. El cristiano es invitado a configurarse con la pasión, muerte y resurrección de Cristo, dando también un paso de muerte a vida de espaldas a Dios hacia la nueva vida de gracia y santidad.

c) Bíblica

La Sagrada Escritura es tal debido a que es el Espíritu Santo quien actúa en ella haciendo posible que Dios actualice su diálogo amoroso con la Iglesia y en ella con cada uno de los fieles, la Palabra de Dios se torna viva y eficaz para hacer del hoy parte de la historia de salvación. La Escritura prepara y desarrolla la acción litúrgica en su valor de salvación.

⁵³ En este punto se sigue lo desarrollado por: J. SOLER, *La liturgia, fuente de la vida espiritual*, 48-52; R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 46-51; J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 529-530.

⁵⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n. 5; 7.

⁵⁵ Cf. *Ibid.*, n.5.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Muchos de los textos eucológicos son fruto de la experiencia contemplativa respecto de la Sagrada Escritura, además, las acciones sacramentales adquieren su eficacia mediante la Palabra que es tomada directa o indirectamente de la Sagrada Escritura, de esta manera la Palabra de Dios inspira el sentido de todos los sacramentos y oraciones⁵⁶.

d) Sacramental

La liturgia se vale de los signos sensibles y del lenguaje simbólico para poder dar cuenta de una realidad invisible sobrenatural⁵⁷. Además, los sacramentos y los sacramentales regulan y condicionan la vida espiritual del cristiano al constituir en mayor medida los canales ordinarios de la gracia divina. El desarrollo de la espiritualidad litúrgica no abarca sólo una buena disposición para recibir los sacramentos sino aquella que permite captar en éstos la participación directa con los misterios salvadores de Cristo, pues por medio del sacramento el fiel queda incorporado a Cristo, y se va transformando en otro Cristo en el ser y en el obrar.

e) Mística

Dado que los misterios que se celebran en la liturgia requieren que la vida se conforme con ellos⁵⁸, la espiritualidad litúrgica se hace una espiritualidad mística ya que depende del misterio, se desarrolla en él y conlleva una experiencia existencial.

f) Eclesial

La Iglesia es el cuerpo de Cristo, por ello Cristo y la Iglesia son inseparables. En el bautismo se le da al cristiano el sacerdocio real el cual ejerce al interior de la Iglesia, sobre todo en la liturgia (mediante la dimensión de culto y santificación) y se prolonga en el testimonio y la caridad. El sujeto de la liturgia siempre es la Iglesia⁵⁹, en las celebraciones litúrgicas nos introducimos en el carácter de misterio que posee la Iglesia, de este modo las celebraciones que se realizan en una comunidad concretan se insertan todas ellas en la acción de la Iglesia entera. A ella le han sido confiados por Dios los sacramentos para que se han transmitidos a los fieles.

Los fieles en la vivencia de la liturgia van sintiendo con la Iglesia, siendo conducidos por lo que van celebrando (una manifestación externa de esto se ofrece en que las formas de culto y santificación son reguladas por la legítima autoridad eclesial), también implica un sentirse Iglesia gustando profundamente de la comunión eclesial, del ser pueblo de Dios y viviendo de la comunión de los santos y de las cosas santas.

⁵⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.24.

⁵⁷ Cf. *Ibid.*, n.6; 47; 59.

⁵⁸ Cf. *Ibid.*, n.10.

⁵⁹ Cf. *Ibid.*, n.2; 7; 26.

g) Cíclica

La espiritualidad litúrgica gira en torno a los misterios de Cristo, que son proyecciones del Misterio Pascual, más que en torno de las etapas espirituales del ser humano. La liturgia es cíclica en tanto que todo momento litúrgico tiene un núcleo central que es el misterio de Cristo, y en tanto que este ciclo se mueve de forma espiral ascensional, y es así dado que la persona no termina de asemejarse al misterio de Cristo en la vivencia de un ciclo por lo que en la vivencia sucesiva e ininterrumpida del ciclo pueda ir supliendo lo que no se alcanzó en la vivencia precedente del año litúrgico⁶⁰.

En resumen, todas estas dimensiones permiten comprender que la espiritualidad cristiana está llamada a ser primariamente una espiritualidad que encuentra en la liturgia su sustrato común e indispensable para la vida en Cristo de los fieles.

3. La espiritualidad cristiana se nutre de la liturgia

La liturgia en tanto es actualización del misterio de Cristo, sobre todo de su misterio pascual, inserta al creyente en él, para hacer posible su santificación y la glorificación a Dios⁶¹. Por ello se constituye en el fundamento de la vida cristiana, la cual comprende también el desarrollo de su vida espiritual. Estas consideraciones tomadas a la luz de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* marcan el camino para que la espiritualidad cristiana se nutra de la liturgia, pues ella es la fuente de donde el creyente bebe el espíritu genuinamente cristiano⁶².

Al señalarla como fuente de la espiritualidad, se remarca el carácter mistagógico de la liturgia, esto es su capacidad para comunicar los misterios de la salvación, «en este sentido la liturgia es fuente y culmen de la espiritualidad cristiana como experiencia sacramental»⁶³.

Esta relación necesaria entre la vivencia de la liturgia⁶⁴ y el desarrollo de la vida espiritual para el creyente se presentó con cierta naturalidad desde los orígenes mismos de la Iglesia, así «para el Nuevo Testamento la vida espiritual consiste en vivir la relación con Dios que se estableció en el Bautismo-Confirmación (incorporación a Cristo, a la Iglesia, a la vida divina) y en alimentarla con la celebración de la Eucaristía y la oración

⁶⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.102.

⁶¹ Cf. *Ibid.*, n.5-7.

⁶² Cf. *Ibid.*, n.14.

⁶³ «In questo senso la liturgia è sorgente e culmine della spiritualità cristiana como esperienza sacramentale» J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 517.

⁶⁴ Una vivencia entendida como participación del ejercicio del sacerdocio de Cristo.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

personal (es por medio de estos elementos que Dios va transformando al cristiano)»⁶⁵.

Esta comprensión de la vida espiritual cristiana se mantiene válida, puesto que los sacramentos de iniciación cristiana son el camino común para que todos los fieles puedan adherirse al misterio de Cristo por acción del Espíritu Santo, por ello son como el fundamento para la vida en el Espíritu de los iniciados en la fe⁶⁶. En la Iglesia la obra de salvación se realiza mediante los sacramentos⁶⁷, que santifican a los hombres, edifican el cuerpo de Cristo y por su medio permite al hombre dar culto a Dios⁶⁸.

Cada uno de estos sacramentos de iniciación cristiana resalta un aspecto particular en la relación de Dios con el hombre en miras a su salvación; los fieles renacen a la vida de hijos de Dios mediante el Bautismo, son fortalecidos e incorporados plenamente a la misión de la Iglesia por la Confirmación y son alimentados constantemente por la Eucaristía por la que se unen perfectamente a Cristo y manifiestan la unidad entre los hermanos⁶⁹.

Toda la vida espiritual del cristiano está marcada por los sacramentos de iniciación cristiana⁷⁰. De ahí que la contemplación, la virginidad, el martirio, la caridad sean esencialmente espiritualidad del bautismo y confirmación como participación del misterio de la Pascua y Pentecostés, espiritualidad que es confirmada, alimentada y llevada a su culmen por la Eucaristía, y determinada por otros sacramentos y ritos como el orden sacerdotal, matrimonio o la consagración virginal. Todos los medios que se tiene en la vida espiritual como la ascesis, las devociones, el testimonio tienen en estos sacramentos la fuente de donde brota la fuerza de su acción en el alma⁷¹.

Además de la gracia recibida en los sacramentos, la vida espiritual cristiana necesita del diálogo amoroso entre el Creador y la criatura que se da por medio de la oración, que se desarrolla a nivel personal y comunitario. La oración brota de la condición de hijo de Dios recibida en el bautismo y desarrolla la comunión con Cristo fruto de la Eucaristía. Por ello encuentra en la liturgia un ámbito privilegiado que enriquece su

⁶⁵ J. SOLER, *La liturgia fuente de la vida espiritual*, 9-10.

⁶⁶ Cf. CEC, n.1212.

⁶⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.6.

⁶⁸ Cf. *Ibid.*, n.59.

⁶⁹ Cf. PABLO VI, *Const. Apost. Divinae consortium naturae*; cf. Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos, *Praenotanda*, n.1-2.

⁷⁰ «La espiritualidad litúrgica es decididamente la espiritualidad de la realidad (de la realización) del bautismo y de la confirmación, con la exigencia de realizar concretamente todo esto en la participación renovada constantemente en la celebración de la eucaristía» B. NEUNHEUSER, «Espiritualidad litúrgica», NDL, 695.

⁷¹ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 518-520.

desarrollo, siendo que toda celebración litúrgica se hace una experiencia orante.

Es de considerar también que el cristiano desarrolla su vida espiritual en medio de la temporalidad, el tiempo tomará una nueva configuración a partir de su participación en la celebración del misterio de Cristo, pues lo eterno entra en el tiempo para santificarlo.

Teniendo estas consideraciones, podemos señalar, con Augé, que la espiritualidad litúrgica es

Una actitud permanente o un estilo de vida cristiana basado en la asimilación y la identificación con Cristo, producidos por el bautismo y la confirmación y alimentados por la plena participación en la eucaristía, los sacramentos en general y la oración de la Iglesia; todo ello en el ámbito fundamental del año litúrgico y según el ritmo cíclico que le es propio⁷².

Siguiendo estas líneas en este apartado del capítulo se quiere evidenciar cómo partiendo desde la concepción y vivencia de la liturgia, heredada por la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, se enriquecen los diversos aspectos de la espiritualidad cristiana que son necesarios y básicos para todo hombre que quiere responder a la llamada a la santidad recibida de Dios.

3.1 *Desde la liturgia, el llamado a ser hijo de Dios (Bautismo)*

El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios Trinidad, ello le otorga por puro amor de Dios una vocación a la santidad, que es la posibilidad de vivir en comunión con Dios uno y trino. El hombre se distingue del resto de las criaturas por esa dignidad que le ha sido entregada en el principio de los tiempos.

Sin embargo, el pecado entró en el mundo y el hombre rompió la alianza original con Dios, quedando esclavo del pecado y oscureciendo su original llamado a la santidad. Pero Dios no dejó de amar al hombre, de allí que estableció el plan de salvación que se lleva a cabo en la historia de la humanidad.

La obra redentora llega a su culmen con la Encarnación de Dios Hijo en el seno de la Virgen María; Jesucristo, Dios y hombre verdadero, ofrece al ser humano la reconciliación con Dios, estableciendo por su medio la nueva y eterna alianza del hombre con Dios, sobretodo en su misterio pascual ofreciéndose a Sí mismo como sacrificio por excelencia, en el cual se constituye sacerdote, víctima y altar.

Cristo restaura, de este modo, la dignidad que el hombre había perdido, haciéndose el camino por donde todo creyente debe ir para

⁷² M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 250.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

retornar a Dios, ofreciendo los medios por los cuales pueda emprender un camino de gracia y virtud.

No se trata de sólo darle un medio externo para que alcance su salvación, sino que Jesucristo mismo se ofrece incorporando al ser humano místicamente a su propia persona, de este modo le permite participar de la vida divina que le es propia por ser Dios.

Jesucristo es mediador entre Dios y los hombres pues es el Hijo, la segunda persona de la Trinidad encarnada que posee la filiación divina por naturaleza en su propia esencia. En el plan divino de salvación, Cristo no sólo revela a Dios Trinidad al hombre mediante su persona (Jn 14,9), sino que asocia al ser humano a Sí mismo restaurándole la capacidad de participar de la intimidad divina, opción que ya había perdido a causa del pecado original. Según el pensamiento de Santo Tomas de Aquino se plantearía que

Como la humanidad de Cristo es el ente máximo sobrenatural por participación, así y en la misma medida es el agente máximo sobrenatural por participación [...] como la humanidad de Cristo obtuvo la plenitud de la gracia, la gracia en consecuencia redundó de Él a los otros hombres: el Hijo de Dios hecho hombre hace a los hombres dioses e hijos de Dios: el Hijo de Dios por esencia hace a los hombre hijos de Dios por participación, a semejanza de sí mismo⁷³.

Dado que Él es el Hijo eterno y comparte la naturaleza humana con el hombre, cuando el ser humano se incorpora a Cristo, recibe la filiación divina⁷⁴, pero no por naturaleza sino por adopción, se hace hijo en el Hijo de Dios. La filiación natural del Hijo es única, Él es hijo de pleno derecho, por naturaleza; mientras que el cristiano lo es por adopción, por gracia. La gracia nos permite participar de la naturaleza divina (Cf. 2P 1,2-4).

En su vida terrena Cristo instituyó los medios que hacen esto posible, ellos son los sacramentos, que conforme a la naturaleza humana de quien los recibe están conformados por signos sensibles que unidos a la palabra se tornan eficaces para otorgar la salvación siendo la presencia operante de Cristo lo que ofrece su eficacia.

El pórtico para la vida en el espíritu, que es la participación en la naturaleza divina, es el sacramento del Bautismo⁷⁵ que regenera al hombre dándole un nuevo nacimiento. El hombre queda asociado a la Pascua de Cristo y vive su propia pascua pasando de muerte a vida, de la muerte del pecado (del pecado original y de los pecados propios si es el caso) a la nueva vida (la vida divina que se nos es permitida por

⁷³ M. SÁNCHEZ, *La gracia como participación de la naturaleza divina según Santo Tomás de Aquino*, 377-378.

⁷⁴ Cf. 1J 3,1; RITUAL DE BAUTISMO DE NIÑOS, *Praenotanda*, n.2.

⁷⁵ Cf. CEC, n.1213-1215.

condescendencia divina)⁷⁶. Pues «los bautizados, que han unido su existencia con la de Cristo en una muerte como la suya y han sido sepultados con él en la muerte, son también juntamente con él, vivificados y resucitados»⁷⁷. Ello se ve expresado mediante la ablución del agua en la celebración del bautismo⁷⁸, ya sea mediante el rito de la inmersión o la infusión en ambos se refleja la unión con Cristo en su misterio pascual.

Por puro amor, Dios permite mediante el nuevo nacimiento en el Bautismo que los hombres puedan llamarse y ser de verdad hijos suyos⁷⁹. Se renace del agua y del Espíritu Santo para poder entrar así en el Reino de Dios, tal como lo dice Jesús a Nicodemo (Jn 3,3-7) se nace de Dios, siendo regenerados de un germen incorruptible⁸⁰; de esta manera, se comunica al hombre una vida nueva, «esta es la vida nueva comunicada por el Espíritu a Cristo en su resurrección. Es ya la vida inmutable, incorruptible, inmortal, eterna. Es la vida misma de Dios, en la medida en que esta es participable por las criaturas»⁸¹. Como señala Rochetta, lo específico del bautismo es ser «una intervención creadora de Dios en el tiempo de la Iglesia que extiende y comunica a cada hombre el evento de re-creación y de re-generación iniciado por el Redentor con su misterio de resurrección y de vida nueva en el Espíritu»⁸².

El bautismo lleva a cabo una transformación ontológica en el hombre, que le permite la participación de la misma vida de Dios, sin merecimiento propio del ser humano sino por pura misericordia que el Padre ha revelado en su Hijo y continúa manifestando mediante el poder del Espíritu en este sacramento de la Iglesia⁸³. Entendiéndolo así el bautismo es comprendido en la perspectiva de la continuidad de los eventos de la salvación⁸⁴.

La filiación divina que produce este sacramento de iniciación queda prefigurada en el propio bautismo de Cristo en el Jordán, donde «el Espíritu que se cernía sobre las aguas de la primera creación descenden entonces sobre Cristo, como preludio de la nueva creación, y el Padre manifiesta a Jesús como su “Hijo amado” (Mt 3,16-17)»⁸⁵. En un símil de las palabras que el Padre dirige a Cristo, en el bautismo de los fieles el Padre reconoce a cada uno de los nuevos renacidos como hijo suyo muy

⁷⁶ Cf. Rm 6,3-4; Col 2,12; Ef 2,5-6; CONCILIO VATICANO II, *Decreto Ad gentes*, n.14.

⁷⁷ RITUAL DE BAUTISMO DE NIÑOS, *Praenotanda*, n.6.

⁷⁸ RITUAL DE INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS, *Praenotanda*, n.32.

⁷⁹ Cf. 1J 3,1-2; 5,1-2;

⁸⁰ Cf. 1P 1,3-5; 22-25.

⁸¹ Cf. I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 181.

⁸² C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 32.

⁸³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.6.

⁸⁴ Cf. C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 41; 44.

⁸⁵ CEC, n.1224.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

amado. El bautismo de Jesús en el Jordán es un evento de paso de la antigua a la nueva economía de salvación, por ello en el hoy de la liturgia «el fiel entra en el agua donde opera el poder del Espíritu y sale como hijo reconocido del Padre, miembro de la comunidad de salvados»⁸⁶.

En la celebración bautismal esta nueva condición queda manifestada a través de los gestos que acompañan la ablución del agua, a saber: «La unción del crisma después del bautismo significa el sacerdocio real de los bautizados y su adscripción en la comunidad del pueblo de Dios. La vestidura blanca es símbolo de nueva dignidad. El cirio encendido ilumina su vocación de caminar como conviene a los hijos de la luz»⁸⁷.

Toda la vida en el Espíritu a la que está llamado el cristiano surge a raíz de este reconocimiento como hijos de Dios, todo el dinamismo de la santidad del ser humano, a la que ha de conducir la espiritualidad, se encuentra por ello en el Bautismo. La santidad consistirá, entonces, en el desarrollo pleno de todas las dimensiones de esta filiación divina, ser plenamente hijo de Dios es ser santo, es dejar que la gracia de la filiación impregne toda la vida y precisamente eso es el desarrollo de la vida en el Espíritu, la vida espiritual del creyente.

La condición de hijo permite que el hombre pueda vivir la intimidad con Dios, marca la posibilidad de establecer una cercanía que permita experimentar la ternura paternal, la solicitud amorosa, la acogida misericordiosa, la condescendencia divina, así como la corrección oportuna y sanadora del Padre. Este reconocimiento filial otorga a la persona humana una condición privilegiada, ya no se es esclavo, sino libre para vivir en la verdad que es vivir según el Espíritu de Dios que habita en cada cristiano (Cf. Rm 8,5-10).

Como se es hijo, también se es heredero de las posesiones de Dios (Cf. Rm 8,14-17) que se acogen y viven como propias, no con un espíritu servil que tiene miedo de ser desposeído de ellas o que duda de la buena intención del que ve como su patrón, sino como quien confía plenamente y se siente seguro del amor que le da acceso a los dones y gracias que Dios le regala. De aquí surge la audacia filial por la que el cristiano tiene certeza de que su oración es siempre escuchada y tendrá fruto, incluso cuando no pueda percibir inmediatamente éste en ese momento de su vida.

Cada cristiano como hijo de Dios, desarrolla la vida de unión con Él en una dinámica de correspondencia amorosa, el hijo ama al padre por el mismo hecho de ser padre, es lo que lo diferencia de un siervo que tiene en cuenta el beneficio que obtiene, así el hijo no busca tanto el ganarse el cielo del que se sabe heredero, sino que ama como gratitud por los

⁸⁶ C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 15.

⁸⁷ RITUAL DE INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS, *Praenotanda*, n.33.

dones inmerecidos que su filiación le otorga (Cf. Gal 4,4-7). Al llamar a Dios como «Padre», los cristianos «le damos gracias por habernos revelado su Nombre, por habernos concedido creer en Él y por haber sido habilitados por presencia»⁸⁸. Producto de esta relación de confianza y familiaridad el bautizado puede acercarse para pedir en favor propio o de sus hermanos⁸⁹. Por ello el ser hijo hace que los fieles puedan ser verdaderos adoradores, glorificando a Dios por medio de su participación plena en la celebración litúrgica.

El bautismo capacita al cristiano para vivir en Dios, para vivir en Cristo Jesús, para vivir en el Espíritu⁹⁰, es decir introduce al fiel en relación con las tres Personas de la Trinidad, ello se refleja en la propia fórmula bautismal dada por Cristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»⁹¹. La Iglesia como depositaria de la fe, conserva esta fórmula bautismal, que es parte esencial del rito, así «la misma Trinidad, invocada por el celebrante, actúa admitiendo entre los hijos de adopción a sus elegidos y agregándolos a su pueblo»⁹².

Cada fiel nace de Dios en Cristo por el Espíritu Santo siempre en el seno materno de la Iglesia, por esto en la vivencia de la filiación divina no se puede olvidar la relación con la Iglesia, prefigurada desde el principio de los tiempos, que se hace una verdadera madre de todos y cada uno de los cristianos. Es al interior de ella donde se desarrolla la vida en Cristo, ella enseña el camino que conduce a la santidad, cuida de la fe de los cristianos mediante su enseñanza y los educa mediante la corrección fraterna cuando sea el caso. El ser hijo de Dios conduce a vivir en la familia de los hijos de Dios, en la Iglesia, siendo hijos de la Iglesia pues «no puede tener a Dios por padre, quien no tiene a la Iglesia como madre»⁹³. Es ella quien por medio de las acciones sagradas que le han sido confiadas por Cristo nos concede la gracia de renacer como hijos de Dios por el Bautismo⁹⁴.

Por el bautismo somos incorporados a la comunidad de fieles que es la Iglesia, la fe que abarca la integridad del cristiano se vive en esta comunidad, si bien es un acto personal no es un acto solitario. Así «el bautismo, evento pascual, permite vivir la vida del Espíritu como hijos e incorpora a los bautizados en la comunidad de los redimidos a la espera del cumplimiento del mundo escatológico»⁹⁵. De allí que cuando cada

⁸⁸ CEC, n.2781.

⁸⁹ Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis bautismales*, IV, 9; VI, 1.

⁹⁰ Cf. I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 182.

⁹¹ Mt 28,19.

⁹² RITUAL DE INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS, *Praenotanda*, n.31.

⁹³ SAN CIPRIANO, *De ecclesiae catholicae unitate*, 6.

⁹⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.2; 6.

⁹⁵ C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 24.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

creyente se reconoce como hijo de Dios, con ello se abre al reconocimiento de tal realidad en los demás bautizados, el ser hijo viene seguido del sentirse hermano, ya que «en la medida que en que el bautismo une con Cristo, une también a los bautizados entre sí [...] no puede haber comunión con Cristo sin comunión con los hermanos»⁹⁶. La primera comunidad cristiana comprendió esto por ello en sus cartas llama hermanos a los bautizados, así –por ejemplo– San Pablo saluda a los colosenses como «hermanos fieles en Cristo»⁹⁷.

Esta dimensión de fraternidad nacida de la propia filiación viene compendiada en la expresión «Padre nuestro» con la que inicia la oración enseñada por Jesús a sus discípulos y que la liturgia ha recogido en sus celebraciones, pues al invocarlo así la oración de cada bautizado se hace en la comunión con Dios y con los hombres que es la Iglesia⁹⁸.

En la celebración del bautismo la entrega de la Oración del Señor significa el nuevo nacimiento a la vida divina⁹⁹, los cristianos pueden dirigirse a Dios como su Padre porque han sido ungidos por el Espíritu Santo haciéndose otros cristos¹⁰⁰, y desde los primeros siglos se reconoce que esta oración hace referencia a la comunidad de creyentes, así por ejemplo san Juan Crisóstomo señala: «El Señor nos enseña a orar en común por todos nuestros hermanos. Porque Él no dice “Padre mío” que estás en el cielo, sino “Padre nuestro”, a fin de que nuestra oración sea de una sola alma para todo el Cuerpo de la Iglesia»¹⁰¹.

Por otro lado, se debe considerar que la santidad ontológica que se nos da en el bautismo está llamada a buscar la coherencia en una santidad moral como hijo¹⁰², que se da cuando se acepta todo y sólo lo que el Padre ofrece. Es propio del reconocerse hijo el confiar y recibir todo lo que el Padre da y no buscar nada más que eso, por ello el cristiano no pretende sólo hacer las cosas buenas moralmente valoradas, sino hacer la voluntad de Dios, ello implica saber discernir cuáles son los medios que Dios da al hombre para que crezca, lo que conlleva la obediencia amorosa del hijo que descubre en lo que su Padre desea y permite una oportunidad para afianzarse en su confianza filial.

El desarrollo de la vida espiritual que brota de estas consideraciones enriquece el empeño humano por el desarrollo de determinadas virtudes morales, dado que coloca al fiel a la escucha de la Palabra de Dios para conocer Su voluntad del modo más claro posible, lo que implica la

⁹⁶ I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 130.

⁹⁷ Col 1,1-2.

⁹⁸ Cf. CEC, n.2790.

⁹⁹ Cf. *Ibid.*, n.2769.

¹⁰⁰ Cf. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógica*, III,1.

¹⁰¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. In Mt.19,4* en CEC, n. 2768.

¹⁰² Cf. 1P 1,10-21.

apertura y disponibilidad a la gracia para realizarla, siendo dócil a la acción del Espíritu Santo quien conduce la obra divina en el hombre.

Dando un sentido cristiano a todos los aspectos de la vida, es decir, desarrollando una vida genuinamente cristiana, cada bautizado va viviendo su filiación adoptiva con todo realismo. Así «la configuración ontológica y objetiva con la muerte-resurrección de Cristo en el bautismo debe ir consolidándose, reforzándose, profundizándose y enriqueciéndose progresivamente por la participación en la vida sacramental de la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía»¹⁰³ y por el ejercicio de la caridad puesta en práctica en la cotidianidad de la vida ordinaria del creyente. Pues el «don gratuito de la adopción exige por nuestra parte una conversión continua y una vida nueva»¹⁰⁴, el llamar a Dios Padre debe suscitar en el fiel el deseo y la voluntad de asemejarse a Él, teniendo un corazón humilde y confiado.

San Pedro en su carta, coloca algunas acciones concretas que los cristianos están llamados a vivir como seres regenerados por Cristo: «Rechazad, por tanto, toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicciones. Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno» (1P 2,1-3).

La gracia de la filiación se presenta para el ser humano como una vocación, es dada, y marca un cambio ontológico en nuestro ser personal mediante la recepción del bautismo, pero esta nueva vida necesita ser desarrollada mediante la acogida generosa del don y las acciones concretas que marcan la existencia dándoles un sentido cristiano. Este es un proceso de crecimiento, un camino de vida en el Espíritu, que es acompañado por la presencia de la liturgia, sobre todo de los sacramentos, y entre ellos el sacramento de la Eucaristía que toma un especial relieve, en tanto permite una verdadera comunión con Cristo, y en tanto es el sacramento cotidiano que nos alimenta a lo largo de toda la vida.

3.2 *Desde la liturgia, el impulso a la misión (Confirmación)*

La santificación del hombre producida por la liturgia conlleva siempre una dimensión de misión, el Don que se ha recibido no puede quedar encerrado en la persona misma, necesita ser comunicado, es la dinámica de la caridad que busca fructificar entregándose a los otros. Esta dimensión misionera de la vida cristiana se hace más evidente desde el sacramento de la confirmación.

¹⁰³ I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 207.

¹⁰⁴ CEC, n.2784.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

Este sacramento de iniciación cristiana es un evento de gracia que ofrece la plena participación del don del Espíritu que ya se había recibido en el bautismo, llevando a la madurez de lo que le ha sido dado y confiriendo al fiel un mandato oficial que lo coloca al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo a causa de la nueva efusión del Espíritu que brinda este sacramento¹⁰⁵. El fiel queda comprometido a dar testimonio del Evangelio para contribuir con la salvación de los hombres.

Si reconocemos que el bautismo tiene sus raíces, sobre todo, en el misterio pascual; la confirmación las tendría en el misterio de Pentecostés por el que la Iglesia inaugura su misión, a causa de la nueva efusión del Espíritu¹⁰⁶. La fuerza de lo alto que recibieron los apóstoles para anunciar a todo el mundo la Buena Nueva es entendida desde la Tradición como el paradigma de la confirmación¹⁰⁷.

Junto con Pentecostés, se encuentra una tipología de la confirmación en la unción recibida por los profetas en el Antiguo Testamento¹⁰⁸, que los constituía en enviados de Dios en medio de su pueblo; y en la unción de Jesús después de su bautismo en el Jordán¹⁰⁹ que marca el inicio de su ministerio público predicando el Reino de Dios.

Se puede afirmar que «la confirmación es el sacramento de la misión y, más específicamente, de la misión del laico cristiano»¹¹⁰, ello queda realizado y ratificado mediante el rito de la unción en la celebración del sacramento.

La mayor configuración con Cristo¹¹¹ y la mayor vinculación con Su Iglesia dada por la unción crismal recibida en este sacramento hace que el bautizado sea capaz de implicarse de forma plena en la construcción de la historia de salvación en el aquí y ahora de su existencia. La confirmación al tiempo que consagra para la misión al creyente también lo capacita para poder llevar a cabo esta encomienda¹¹², de ahí que el cristiano pueda desarrollar la audacia apostólica (*parresía*).

A este respecto el Papa Francisco, señala que la santidad es *parresía*, empuje evangelizador que proviene de la certeza de caminar con Cristo, describe esa nota de la santidad señalando: «Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia

¹⁰⁵ Cf. C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 72.

¹⁰⁶ Cf. RITUAL DE CONFIRMACIÓN, *Praenotanda*, n.1.

¹⁰⁷ Se desarrolla esta tipología sobre en TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, III, q.72, a.2, ad1. Además, se han asociado a este suceso las promesas de Cristo con relación al envío del Espíritu Santo: Lc 24,48-49; Jn 15,26-27; Hch 1,8-9.

¹⁰⁸ Cf. 1R 19,15-16.

¹⁰⁹ Cf. Lc 3, 21-22

¹¹⁰ C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 75.

¹¹¹ Cf. RITUAL DE CONFIRMACIÓN, *Praenotanda*, n.2.

¹¹² Cf. I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 255.

que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás»¹¹³. Esta audacia apostólica tiene su fuente en el sello del Espíritu que se recibe, es la seguridad y confianza en la fidelidad de Cristo, quien en definitiva nos hace partícipes de su misión.

La vida cristiana es respuesta a un llamado, el ser humano es elegido y convocado por Dios, este llamamiento encierra también un envío, el fiel es llamado y debe contribuir para que Dios siga llamando a otros. Esta es la pedagogía de Dios que quiere salvar a los hombres valiéndose de la intervención de otros hombres como mediación.

Cristo, el Hijo unigénito es el enviado por excelencia, pero en el plan salvífico al hacer parte al hombre del Cristo total, su cuerpo místico, lo asocia también a su misión, el Enviado envía ahora a sus miembros a dar testimonio de Él ante al mundo.

La misión del bautizado tendrá su raíz última en la misión de Cristo y del Espíritu Santo en la historia de la salvación, la confirmación será una prolongación y actualización de ésta en la vida de cada cristiano. El confirmado es enviado con la fuerza del Espíritu Santo para dar testimonio de Cristo con valentía¹¹⁴.

El testimonio al que es llamado el confirmado no es simplemente un papel funcional que debe desarrollar, sino que se trata de una vocación constitutiva para la cual el cristiano queda consagrado por medio de la crismación¹¹⁵. La confirmación capacita al cristiano para desarrollar las tres funciones mesiánicas: profética, sacerdotal y regia¹¹⁶.

Se puede decir en esencia que «el confirmado es una persona llamada para la misión, un consagrado en la plenitud de la efusión del Espíritu para el testimonio de Jesús, preparado para sufrir persecuciones, incluso para dar su propia vida por el Evangelio»¹¹⁷. De este modo la vida cristiana posee una dimensión apostólica que le es sustancial y propia, por lo que no puede ser pasada por alto o tenida sólo como algo accidental u opcional para determinados momentos. Pues «el confirmado recibe el poder de confesar la fe de Cristo públicamente, y como en virtud de un cargo (*quasi ex officio*)»¹¹⁸.

En este sentido el protagonismo del obispo como ministro del sacramento de la Confirmación pone de relieve en la tradición romana una comunicación del espíritu apostólico y una más estrecha vinculación (*arctius vinculum*) con la Iglesia apostólica¹¹⁹.

¹¹³ FRANCISCO, *Exhort. Apost. Gaudete et exsultate*, n.129.

¹¹⁴ Cf. Hch 4,31.

¹¹⁵ Cf. I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 256.

¹¹⁶ Cf. *Ibid.*, 257.

¹¹⁷ C. ROCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 76-77.

¹¹⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, III, q.72, a.5, ad.2.

¹¹⁹ Cf. RITUAL DE CONFIRMACIÓN, *Praenotanda*, n.7.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Por ello toda la espiritualidad del cristiano debe desarrollarse teniendo en cuenta esta dimensión apostólica, pues la nueva efusión del Espíritu que recibe en la confirmación le confiere la plenitud de su pertenencia a Cristo, a la Iglesia y a su misión. En esta línea el Concilio Vaticano II ha señalado:

Por el sacramento de la confirmación [los bautizados] se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras¹²⁰.

El testimonio al que está llamado todo bautizado no hace referencia exclusivamente al anuncio formal y expreso de viva voz sobre las verdades de la fe en Jesucristo, si bien esto es importante y hay necesidad de emprender tal tarea cada vez más; sino que el testimonio surge del hecho de ser testigo de las maravillas de Dios en la historia de la salvación universal y en la historia personal propia, por ello la vida misma es el primer anuncio de evangelización para los demás hombres¹²¹. Una vida de fe y caridad y que ofrezca a Dios el sacrificio de alabanza es el modo para el creyente de participar de la función profética de Cristo¹²²; así se convierte en Evangelio viviente en el que los otros pueden leer y encontrar a Cristo. En esta dirección la propia liturgia impulsa a los fieles a que sean concordes y conserven en su vida lo que reciben en la fe al participar del memorial del misterio de Cristo¹²³.

Ambas dimensiones de la misión no se excluyen, se necesita un testimonio con la vida misma y a la vez ser anunciadores del Reino, ayudándolo a los demás hombres a descubrir a Dios, a descubrir el destino definitivo de la humanidad y a desearlo de veras.

Esto es más apremiante en la actualidad en tanto que no se trata sólo de la puesta en marcha de una *missio ad gentes* entre no creyentes, sino que la misión también se requiere entre los propios cristianos, quienes, aletargados por los afanes del mundo, del demonio o la carne pierden la esencia de vivir en y para Cristo.

La salvación de los hombres, por puro designio amoroso de Dios, está entrelazada para unos y otros, no se trata de un camino que se recorra en solitario y sólo para un beneficio individual de realización, la santificación a la que contribuye la vida espiritual del cristiano, aunque es personal posee una dimensión comunitaria, siempre repercute en la

¹²⁰ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Lumen Gentium*, n.11.

¹²¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Lumen Gentium*, n.34-35; RITUAL DE CONFIRMACIÓN, n.43.

¹²² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Lumen Gentium*, n.12.

¹²³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.10.

santificación de los demás miembros del Cuerpo de Cristo del que se forma parte.

Parte de esta misión del confirmado será colaborar en comunidad para tratar de someter al mundo al señorío de Dios, los laicos están llamados para impregnar de los valores evangélicos las realidades temporales como son las estructuras sociales, la cultura y las realizaciones humanas¹²⁴.

La misión dada al confirmado siempre se desarrolla en el seno de la Iglesia, es por medio de ella como se recibe la llamada a brindar testimonio de Cristo y el cumplimiento de ésta repercute en la edificación de la Iglesia, de la cual es miembro. Así el cristiano cumple su compromiso de contribuir a que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, alcance su plenitud¹²⁵. Cada miembro de la comunidad eclesial es protagonista del desarrollo de la misión salvífica, nadie puede sentirse no llamado a ella y cada cual debe realizarla según el puesto y función que ejerza en la Iglesia.

Se comprende que el confirmado ha llegado a la madurez de la edad adulta en la fe, por lo que ya no sólo se preocupa por sí mismo, por su propia salvación de forma egocéntrica, sino se abre a los demás y a la corresponsabilidad de su relación en la comunidad a la que pertenece que es la Iglesia. La comunión eclesial que se da como don del Espíritu fortalece al cristiano para que viva a cabalidad el compromiso y la conciencia de su misión.

El sacramento de la confirmación es para el cristiano fuente de santidad¹²⁶, por ello el confirmado adquiere el compromiso de manifestar con la vida el Don del Espíritu recibido. Este sacramento le da la gracia de difundir y defender la fe incluso a costa de la entrega de su propia vida en el martirio, el mayor testimonio que puede dar de Cristo y de su Iglesia.

La confirmación marca al bautizado de un modo definitivo como «hombre del Espíritu», hombre que vive en el Espíritu y cuya vida debe estar iluminada por la presencia del Espíritu. Para dejarse guiar por este Espíritu debe colaborar con sus impulsos o mociones, que lo mueven al crecimiento en Cristo. Porque «la mediación interior del Espíritu (...) le ayudará a profundizar más y más en el misterio de Cristo, a hacer la experiencia espiritual personal de ese misterio, a caminar hacia la verdad plena»¹²⁷, esto es desarrollar una verdadera vida espiritual cristiana haciendo de su vida misma un culto agradable a Dios.

Esta vida espiritual que tiene su fuente en la perfecta configuración con Cristo que permite la liturgia, a través del sacramento de la Confirmación, es esencialmente apostólica, de la efusión del Espíritu se

¹²⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Lumen Gentium*, n.36.

¹²⁵ Cf. RITUAL DE CONFIRMACIÓN, n.23.

¹²⁶ Cf. RITUAL DE CONFIRMACIÓN, n.38.

¹²⁷ I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, 265.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

fortalece para la misión¹²⁸. Ahora bien, esta misión de los fieles por la cual se busca promover la fe y la conversión hacia Dios en los hombres es camino de preparación necesaria para que ellos puedan posteriormente participar de los misterios sagrados en las celebraciones litúrgicas, así se entiende que la liturgia es la cumbre a la cual tiende toda la actividad apostólica de la Iglesia y fuente de donde ésta mana su fuerza evangelizadora¹²⁹. Por ello siempre es necesario reavivar en los cristianos la gracia de la confirmación como un impulso a la misión.

3.3 *Desde la liturgia, la comunión en la Iglesia y el servicio a los demás (Eucaristía)*

Dado que la Eucaristía es el centro de la liturgia, y si ésta es el centro y culmen de la vida de la Iglesia¹³⁰ se deduce que la Eucaristía se constituye en centro y culmen de la vida eclesial, en este sentido el Concilio Vaticano II señala:

Pero los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo que, con su Carne, por el Espíritu Santo vivificada y vivificante, da vida a los hombres que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él¹³¹.

En la celebración eucarística los fieles verdaderamente se nutren de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo, y siendo así confortados «muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento»¹³². La participación activa, consciente y fructuosa de este sagrado banquete realiza la unidad de la Iglesia, por lo que no puede haber comunidad cristiana si falta la Eucaristía, esto es así porque «la Iglesia vive de la Eucaristía»¹³³. San Ignacio de Antioquía expresaba ya aquello:

Poned, pues todo ahinco [*sic*] en usar de una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo, juntamente

¹²⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.2.

¹²⁹ Cf. *Ibid.*, n.9-10.

¹³⁰ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.10.

¹³¹ CONCILIO VATICANO II, *Decreto Presbiterorum ordinis*, n.5.

¹³² CONCILIO VATICANO II, Const. *Dogmática Lumen Gentium*, n. 11.

¹³³ JUAN PABLO II, *Enc. Ecclesia de Eucharistia*, n.1.

con el colegio de ancianos y con los diáconos, consiervos míos. De esta manera, todo cuanto hicieres, lo haréis según Dios¹³⁴.

La Iglesia se mantiene viva gracias a la acción conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo que se hace presente mediante la celebración eucarística, este don es el que permite la vivencia del auténtico sentido de la fraternidad para que la Iglesia vaya alcanzando lo que está llamada a ser desde el designio divino¹³⁵.

De todo ello, se sostiene que la Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, ambos aspectos no se pueden dar el uno sin el otro¹³⁶. Todos los que participan en la celebración del santo sacrificio lo hacen en virtud de su incorporación a la Iglesia mediante el Bautismo recibido, pero no se trata de ser parte de una asociación de fieles físicamente reunidos, sino de forjar esa común unión entre los fieles cuya base no se sustenta en aspectos meramente sociológicos, sino que funde sus raíces en la verdad trascendental de ser el cuerpo de Cristo por la unión con Él.

Juan Pablo II a este respecto refiere:

Es verdad esencial, no sólo doctrinal sino también existencial, que la Eucaristía construye la Iglesia, y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios, como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad, del cual participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor. La Eucaristía la construye y la regenera a base del sacrificio de Cristo mismo, porque conmemora su muerte en la cruz, con cuyo precio hemos sido redimidos por Él¹³⁷.

La comunión eclesial tiene como fundamento la misma comunión de cada uno de los fieles con el Hijo de Dios, que se da de modo excelso en la Eucaristía, que al ser llamada también Fracción del pan quiere «significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con él y forman un solo cuerpo en él»¹³⁸. La plenitud de la participación en la celebración eucarística se da mediante la comunión sacramental de las especies consagradas pues «por este sacramento nos unimos a Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo»¹³⁹.

La comunión en la Iglesia que es expresada por el sacramento de la Eucaristía, que es signo de unidad y vínculo de caridad¹⁴⁰, se presenta en dos dimensiones. La dimensión invisible por la que mediante la acción Trinitaria une los fieles a Dios y une los fieles entre sí; y la dimensión

¹³⁴ IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los filadelfios*, IV.

¹³⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Enc. Ecclesia de Eucharistia*, n.23-24.

¹³⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Carta Domini Cenae*, n. 4; ID., *Enc. Ecclesia de Eucharistia*, n.21-26.

¹³⁷ JUAN PABLO II, *Enc. Redemptor hominis*, 20.

¹³⁸ CEC, n.1329.

¹³⁹ CEC, n.1331.

¹⁴⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.47.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

visible que comprende una comunión en la doctrina, en los sacramentos y en el orden jerárquico. La celebración legítima de la Eucaristía exige ambas dimensiones¹⁴¹.

De este modo existe una estrecha relación entre la Eucaristía y la comunión eclesial donde cada una es camino y condición necesaria para la otra, Borobio expresa esta correspondencia refiriendo:

Se participa en la eucaristía porque se pertenece a la Iglesia, y se pertenece a la Iglesia porque se participa en la eucaristía. Se comulga eucarísticamente porque se está en comunión con la Iglesia y viceversa. La eucaristía significa a la Iglesia en su ideal de unidad y santidad [...] y la Iglesia significa a la eucaristía su necesaria apertura y expansión hacia el mundo, para el cumplimiento de una misión¹⁴².

La referencia primera de la comunión en la Iglesia no es de un gesto de fraternidad humana, sino siempre está dirigida a Cristo. Este aspecto estuvo claro desde los orígenes del cristianismo. San Pablo expresa esta idea en su primera carta a la comunidad en Corinto. Aquella comunidad se encontraba dividida en facciones y cargada con problemas morales y doctrinales, frente a los cuales el apóstol presenta la unión comunitaria (*koinonía*) como la verdadera vía a seguir para renovarse, y es la Eucaristía la que presenta como generadora de esa fraternidad cristiana, en tanto que quien se une a Cristo es salvado, participa de la vida de Cristo resucitado y glorioso constituyendo así el cuerpo de Cristo que es la Iglesia¹⁴³, pues «el único pan nos hace un único cuerpo: la Iglesia no es otra cosa sino la unidad de los muchos en el único y por el único Cristo resultante de la comunión eucarística»¹⁴⁴, por ello la comunión con Cristo genera la comunión con los hermanos.

A la luz de esta consideración, san Pablo exhorta a los corintios pues la falta de caridad, sobre todo con los más pobres¹⁴⁵, que estaban viviendo hacía que la eucaristía que celebraban no fuera la Cena del Señor, pues mientras se come este sacramento y no se mantiene el vínculo de la paz se come la propia condenación. La comunión eclesial se estaba hiriendo porque al ser la cena del Señor el memorial de la muerte del Señor hasta que Él vuelva, se debe actualizar en cada celebración las mismas actitudes de entrega por amor de Cristo¹⁴⁶. La Eucaristía solo se puede celebrar de tal manera que puedan reunirse en ella todos juntos desde Cristo y por medio de Él, quien no la vive así y se encierra en su

¹⁴¹ Cf. JUAN PABLO II, *Enc. Ecclesia de Eucharistia*, n.35.

¹⁴² D. BOROBIO, *Eucaristía*, 347.

¹⁴³ Cf. 1Co 10,16-18.

¹⁴⁴ J. RATZINGER, *Teología de la Liturgia*, 303.

¹⁴⁵ Cf. 1Co 11,17-34.

¹⁴⁶ Cf. D. BOROBIO, *Eucaristía*, 40.

propio grupo destruye la eucaristía para sí mismo e impide la de los demás¹⁴⁷.

Al comulgar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, aunque los fieles sean muchos y con diversidad de dones y carismas conforman un único cuerpo en Cristo¹⁴⁸. En símil con el cuerpo humano donde cada parte posee una funcionalidad propia que la hace importante en vista a la unidad e integridad de todo el cuerpo en su conjunto, cada uno de los creyentes desarrollando su ministerio propio a plenitud, también en su participación de la liturgia, contribuye a la unidad de todo el cuerpo eclesial. La comunión de los fieles en la Iglesia se da teniendo en cuenta esa diversidad y atentaría contra aquella el pretender uniformizarla radicalmente.

Si bien la liturgia, sobre todo la Eucaristía, expresa la comunión ontológica en la Iglesia, se requiere también del compromiso y el actuar de los fieles para que esa comunión se refleje en la realidad concreta donde el cristiano está llamado a difundir el buen olor de Cristo¹⁴⁹. La búsqueda de la comunión pide siempre de parte de los fieles desarrollar el discernimiento a la luz de Espíritu Santo de lo que más favorece el amor fraterno sabiendo que «es el amor de Cristo a los hombres, y no el amor del cristiano a los hermanos, lo que constituye la fuente de sentido de la eucaristía. Pero el amor a los hermanos es exigitivo del mismo amor de Cristo, y de la eficacia salvadora y del fruto comunal eclesiológico de la eucaristía»¹⁵⁰.

Junto con su relación con la comunión en la Iglesia, la Eucaristía presenta un sentido diaconal, puesto que ella es manifestación y presencia del amor entregado y de la humillación de Cristo que siendo verdadero Dios se abaja para quedarse en las simples especies de pan y vino, obedece a las palabras que pronuncia el ministro y desciende en ellas por puro amor a los hombres. De ahí que el amor y el servicio fraterno sean una verdadera condición y exigencia de este sacramento¹⁵¹.

Para iluminar esta diaconía que se nos revela en la Eucaristía se toma en consideración el pasaje bíblico del lavatorio de los pies que el Evangelio de San Juan coloca al inicio de la Última Cena, pues «en todo él se está expresando el ejemplo de Cristo que ha venido a servir y a dar su vida por amor, y que quiere que éste sea el testamento a perpetuar e imitar por sus discípulos, del que la eucaristía será permanente recordatorio y exigencia»¹⁵².

¹⁴⁷ Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 304-305.

¹⁴⁸ Cf. Rm 12,5.

¹⁴⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Enc. Ecclesia de Eucharistia*, n.36.

¹⁵⁰ D. BOROBIO, *Eucaristía*, 40.

¹⁵¹ Cf. X. LEÓN-DUFOUR, *La fracción del pan*, 316.

¹⁵² D. BOROBIO, *Eucaristía*, 48.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

En la escena del lavatorio de los pies se tiene una clave de interpretación de lo que es la Eucaristía. El gesto de lavar los pies significa una entrega total hasta el abajamiento, esta es la lógica de la *kenosis* del Verbo para la salvación de los hombres, ello trastoca el esquema de jerarquía presente en el mundo. Así «según Juan, la comunidad se funda y se mantiene por medio del servicio mutuo a la vez que por el culto eucarístico»¹⁵³.

En la comunidad cristiana debe vivirse una primacía del espíritu diaconal, Jesús mismo ya lo había expresado, su misión era un servicio de donación por los otros¹⁵⁴, con su ejemplo de donación nos invita a desarrollar una actitud de humildad amorosa que es propia de la vida nueva que nos da como don.

Dentro de la tradición judía el gesto de lavado de los pies no sólo estaba reservado para el siervo de menor rango, sino también era un gesto de amor, de acogida, lo hacía también la madre, la esposa, el discípulo; la humildad se centra así en su verdadero eje que es el amor. Este es el amor fraterno, cuyo origen es divino, que la Eucaristía busca intensificar en los fieles.

Ratzinger al interpretar este pasaje refiere que es el amor servicial salvífico de Cristo el que saca al hombre de la soberbia y lo hace puro para poder participar en el banquete nupcial de Dios, este amor queda expresado en el gesto de lavar los pies¹⁵⁵. Jesucristo purifica y renueva al hombre desde dentro, le da una nueva existencia como don, la cual trae consigo la exigencia intrínseca de hacer lo que Él hizo, así la obra de Jesús se convierte en la de los creyentes porque es Él es quien actúa en ellos. Sólo quien se deja purificar por el Señor puede hacer junto con Él las obras que ha hecho, sólo así puede amar hasta el extremo.

La vida espiritual tiene a la Eucaristía como la fuente de donde brota para los fieles la gracia y donde obtienen con máxima eficacia su santificación y por ende la glorificación de Dios¹⁵⁶, por ello cada día los fieles están llamados mediante la participación activa en este sacramento a perfeccionarse en la unión con Dios, de la cual deriva la unión entre sí¹⁵⁷.

Así la comunión eucarística hace al bautizado uno con Cristo, su vida se hace cristiforme, resplandeciendo así su ser hijo de Dios en Cristo por la acción del Espíritu Santo; de esta realidad filial es de donde brota como consecuencia la fraternidad entre los fieles. Esta fraternidad debe romper

¹⁵³ X. LEÓN-DUFOUR, *La fracción del pan*, 314.

¹⁵⁴ Cf. Mt 10,5.

¹⁵⁵ Cf. J. RATZINGER/BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 76-77.

¹⁵⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.10.

¹⁵⁷ Cf. *Ibid.*, n.48.

todas las barreras de separación, fomentando la común unión en la comunidad de fieles, que se expresa mediante obras concretas de amor y de servicio a los demás pues «la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo»¹⁵⁸.

3.4 *Desde la liturgia, se enriquece la vida de oración*

La oración es en la vida cristiana un modo privilegiado de la relación personal del hombre con Dios que se ofrece como un don a los fieles y a la vez como una acción humana, en ella se da una relación de alianza que favorece la comunión del fiel con la Trinidad¹⁵⁹. De allí que la vida espiritual de los fieles tenga como uno de sus elementos clave la vida de oración.

En la comprensión de las relaciones entre la liturgia y la espiritualidad, sale a consideración el modo cómo se vincula la oración personal con la liturgia. Esta relación va a encontrar su fundamento en Cristo, pues «la liturgia es también participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu Santo. En ella toda oración cristiana encuentra su fuente y su término»¹⁶⁰. La liturgia es fuente de oración.

Se podría pensar que su vinculación se presenta de modo externo y práctico; pero tiene raíces hondas pues «no se trata solamente de la “pedagogía” de la oración a partir de la liturgia, sino de contemplar la liturgia como verdadera *mistagogía* de la oración cristiana»¹⁶¹. Se parte de poder entender a la liturgia como asamblea de oración y espacio de contemplación donde se da el encuentro real con Dios, siendo así la liturgia puede enriquecer la vida de oración en todos los fieles, pues va introduciéndolos poco a poco en la vivencia del misterio de la filiación divina. De este modo en la liturgia se puede aprender las líneas fundamentales de la auténtica oración del cristiano¹⁶².

Es por la acción del Espíritu Santo que la oración personal del creyente se hace conversación de los hijos con el Padre por medio de Cristo en la comunión de la Iglesia, por ello la liturgia será la referencia para la oración pues por medio de ella se hace visible y presente el diálogo de Cristo con el Padre con la acción del Espíritu Santo, en el cual queda insertado el fiel. De este modo la oración del cristiano se convierte en una

¹⁵⁸ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.10.

¹⁵⁹ Cf. CEC, n.2558-2565.

¹⁶⁰ *Ibid.*, n.1073.

¹⁶¹ J. LÓPEZ, «Enseñar a orar a partir de la liturgia», 5.

¹⁶² Cf. J. CASTELLANO, *Pedagogía de la oración cristiana*, 105.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

participación en la comunión del Hijo con el Padre, hacia la cual la liturgia constantemente reorienta a quienes participan de ella¹⁶³.

La oración litúrgica presenta algunos rasgos que le son propios: se manifiesta en unas formas y estructuras de espacio y tiempo dedicados expresamente a favorecer la oración a través de los ritos institucionalizados; en ella siempre se ora desde, en, con y por la comunidad, se trata de una oración solidariamente compartida; es mistagógica por excelencia en tanto que integra los elementos de doctrina, ritos y símbolos, celebración y experiencia del misterio, conducta moral y vida nueva; en ella se expresa la comunidad orgánica de la Iglesia; se constituye en modelo de oración pues concentra y expresa de mejor modo el misterio de salvación de Dios con los hombres¹⁶⁴.

La liturgia favorece la oración personal, no la excluye de ningún modo, pues «el cristiano llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en lo secreto»¹⁶⁵, así la celebración de la liturgia invita y dispone a los fieles a establecer un coloquio con Dios con confianza filial e intimidad, a su vez que la vida de oración prepara, acompaña y prolonga las actitudes que se desarrollan en la liturgia¹⁶⁶. Así lo señala el Catecismo de la Iglesia Católica: «la oración interioriza y asimila la liturgia durante su celebración y después de la misma»¹⁶⁷.

Debido a esta relación entre la liturgia y la oración, la actividad pastoral litúrgica debe exhortar a que mediante las celebraciones litúrgicas se pueda suscitar el gusto por la oración¹⁶⁸. De este modo la fe que es necesaria para la vivencia de la liturgia, abre también el camino de la oración; la esperanza que nos es suscitada en la liturgia educa para orar con la esperanza puesta en Dios; y la oración formada en la vida litúrgica encuentra su fuente en el amor con el que se es amado por Cristo y que permite amar a los hermanos¹⁶⁹.

Para el desarrollo de la vida espiritual del hombre se hace necesario que se armonice la presencia de la oración personal y la oración litúrgica, que, aunque comparten el mismo fin, que es la comunión con Dios, presentan también diferencias, siendo la principal de ellas la distinción

¹⁶³ Cf. OFICINA PARA LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS DEL SUMO PONTÍFICE, «La liturgia, fuente de vida, de oración y de catequesis», 25.01.2012.

¹⁶⁴ Cf. D. BOROBIO, «La liturgia, escuela de oración», 24-26.

¹⁶⁵ CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, n.12.

¹⁶⁶ Cf. J. LÓPEZ, *La liturgia de la Iglesia*, 339-341.

¹⁶⁷ CEC, n.2655.

¹⁶⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.14.

¹⁶⁹ Cf. CEC, n.2656-2658.

del sujeto orante pues en la liturgia es Cristo mismo, mientras que la oración personal parte de la persona que ora¹⁷⁰.

Partiendo de esta consideración Julián López diferencia lo que sería una oración puramente devocional y una oración basada y nutrida en la liturgia, diciendo:

Mientras la primera infunde sentimientos y deseos de imitar esos ejemplos [ejemplos edificantes de la vida de Jesús o de los santos], la segunda se apoya en la presencia actual de Cristo a través de los hechos y palabras de salvación que la Iglesia va proclamando y haciendo de alguna manera presentes siguiendo los evangelios en el año litúrgico¹⁷¹.

Además, para este autor, la liturgia posee algunos medios por los que favorece en los fieles el desarrollo de una vida de oración, entre ellos destaca la Palabra de Dios en la celebración y los ritmos de la plegaria¹⁷².

En la liturgia la proclamación de la Palabra, por acción del Espíritu Santo, va mostrando los contenidos salvíficos que los creyentes necesitan acoger con fe, haciéndose oyentes y orantes de la misma, y estos contenidos se enriquecen a lo largo del ciclo anual de las celebraciones litúrgicas.

Por su parte, el ritmo de la plegaria, sobretudo en la Liturgia de las Horas, marca unos tiempos para la oración del pueblo de Dios que hacen que la oración sea ininterrumpida, santificando las horas del día, y manteniéndose, de este modo, siempre unidos a Cristo sacerdote. El oficio divino es, también, fuente de piedad y alimento para la oración personal¹⁷³.

Añadido a estos medios, Castellano detalla el modo en que la plegaria eucarística permite captar los diversos momentos de la oración, presentándose como: acción de gracias frente a las maravillas que Dios ha hecho; epiclesis por la que se invoca al Espíritu Santo para que la asamblea sea cuerpo de Cristo y ofrezca un sacrificio agradable; ofrenda de Cristo en primer lugar y de los fieles mismos que viven la lógica del sacrificio en oblatividad de amor hasta dar la vida por los hermanos viviendo el culto espiritual de la existencia; intercesión por toda la Iglesia, para que nadie quede fuera de la eficacia de la Eucaristía¹⁷⁴. Todo esto contribuye a que la oración pueda despertar en los fieles la conciencia de vivir lo que se celebra y según lo que celebra, es lo que el autor llama “eucaristizar la oración” que es «la posibilidad de dar a nuestra oración la variedad y riqueza de los sentimientos que la Iglesia expresa en la

¹⁷⁰ Cf. P. FARNÉS, «Oración litúrgica y oración personal. Diferencias y relaciones», 42-43.

¹⁷¹ J. LÓPEZ, «Enseñar a orar a partir de la liturgia», 10.

¹⁷² Cf. *Ibid.*, 8-14.

¹⁷³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.90.

¹⁷⁴ Cf. J. CASTELLANO, *Pedagogía de la oración cristiana*, 114-116.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

plegaria eucarística. De este modo la *oratio* [...] es como una prolongación de la misma»¹⁷⁵. Ello toma sentido en tanto que «la Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración»¹⁷⁶.

En base a todo ello la espiritualidad litúrgica busca que la celebración misma sea orante puesto que se participa de la acción orante de Cristo que actúa como cabeza de su pueblo. No se trata principalmente de una acción religiosa de los fieles que participan en la liturgia, sino de destacar la primacía de Cristo como sujeto que ora, Él ora con y en cada uno de los fieles en la liturgia. En cada celebración litúrgica es la misma voz del Hijo es la que se expresara ante el Padre a través de la asamblea congregada¹⁷⁷.

De lo anterior se comprende que la liturgia sea la forma más excelente de oración en la Iglesia, y se presente como escuela de oración. Para Julián López, esto es así en tanto que la liturgia le brinda a la oración unas notas características propias, como son: la nota trinitaria y filial por la cual la oración se dirige al Padre en unión con el Hijo y contando con la acción del Espíritu Santo y se hace alabanza, acción de gracias, adoración a Dios; la nota cristológica-pascual por la que toda oración conmemora el misterio de Cristo; la nota espiritual pues es el Espíritu Santo quien inspira y fecunda la oración cristiana; la nota eclesial pues siempre que se ora nos incorporamos en la comunión de la Iglesia triunfante, purgante y peregrina; la nota antropológica pues los sentimientos, afectos, deseos y vivencias que pueden darse en la oración personal como expresión del corazón humano pueden aparecer en uno u otro sentido en la plegaria litúrgica; y la nota sacramental en tanto que la eficacia de la oración siempre depende de Dios, donde el hombre corresponde con la aceptación de su voluntad¹⁷⁸.

Por su parte Borobio en la misma consideración de la liturgia como escuela de oración desarrolla diversos puntos acerca de esta relación. El primero refiere que la lección oracional de la liturgia radica en la cristologización, esto es en la referencia de toda actitud, gesto, rito y símbolo oracional a Cristo como mediador entre Dios y los hombres que ora por los creyentes y que enseña a orar con Él. Partiendo de esta unión con Cristo, este autor señala, también, que la oración litúrgica nos indica, exige y enseña el desarrollo de la fraternidad, lo que implica la justicia, la mutua acogida, la superación de odios, la reconciliación y el perdón, la disposición a compartir la propia vida desde el servicio y el amor. Como tercer punto, la liturgia es escuela de oración en tanto que enseña y

¹⁷⁵ J. CASTELLANO, *Pedagogía de la oración cristiana*, 114.

¹⁷⁶ CEC, n.2643.

¹⁷⁷ Cf. P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 99-102; ID., «Oración litúrgica y oración personal», 38-39.

¹⁷⁸ Cf. J. LÓPEZ, «Enseñar a orar a partir de la liturgia», 14-16.

posibilita el diálogo y el encuentro desde la Palabra de la Sagrada Escritura y las otras palabras que manifiestan su sentido y riqueza, como son: la palabra sacramental, la palabra ministerial, la palabra oracional, la palabra cantada, entre otras.

Además, prosigue el autor, la liturgia no sólo nos enseña a orar con la palabra sino también a través de los signos, los cuales alimentan la fe y significan la santificación de los hombres. Sumado a ello la liturgia enseña a orar a través del canto y la música litúrgica en tanto que muestra la belleza expresiva de la oración, favorece la participación de la asamblea y contribuye al carácter solemne de la celebración. Asimismo, la liturgia nos enseña a orar desde la contemplación y el silencio oracional el cual permite la admiración, la acción de gracias y acompañar desde la interioridad lo que se celebra. Por último, la liturgia integra en ella la diversidad de formas de hacer oración y nos enseña desde esa pluralidad de formas y expresiones¹⁷⁹.

De todo lo visto se puede apreciar que la liturgia con toda su riqueza de tiempos, fiestas, textos y ritos está llamada a convertirse en alimento espiritual para la oración de los fieles siendo fuente donde se acerquen al agua viva del Espíritu que actúa en ellos. Y a su vez el ejercicio de la oración personal dispone a vivir la liturgia en su verdadero sentido haciendo que durante la celebración se pueda ir interiorizando en los acontecimientos de salvación que se nos presenta, para que, de esta manera, el corazón concuerde con la voz y colabore con la gracia que santifica al hombre.

3.5 *Desde la liturgia, se vive la santificación del tiempo*

El tiempo es una de las coordenadas básicas en las que se desenvuelve el ser humano, en general se entiende como una medida cósmica del actuar humano. Visto así, hace referencia al *chronos* que se dividía en días, semanas, meses, años para marcar el suceder de los acontecimientos; pero «el “hombre religioso” vive el tiempo con una referencia a lo sagrado, en su continuado retorno como memoria de los hechos divinos que dan sentido a su religión»¹⁸⁰. Esta manera de percibir el tiempo se enriquece con la visión cristiana, resultando la consideración del *kairós*, entendiendo por tal el tiempo en que se realiza la salvación mediante el encuentro del hombre con la gracia divina en el devenir de la historia humana, el cual tiene su culmen en la venida de Cristo y su acontecimiento salvífico pascual.

¹⁷⁹ Cf. D. BOROBIO, «La liturgia, escuela de oración», 27-33.

¹⁸⁰ J. ALDABAL, *Vocabulario básico de liturgia*, 389.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

El misterio pascual de Cristo es actualizado a través de la liturgia de la Iglesia, convirtiéndose en el eje que articula el tiempo pues el día, la semana, el año se organiza en función del memorial de la celebración de este misterio que ilumina toda la historia de salvación. La mediación salvífica de Cristo es dada a los hombres por medio de la Iglesia a través de las celebraciones litúrgicas, y éstas son sistematizadas pedagógicamente en el año litúrgico¹⁸¹.

De esta manera el tiempo toma una dimensión de santificación, se hace tiempo litúrgico, organizado a través de un ciclo anual, el Concilio Vaticano II señaló a este respecto:

La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó «del Señor», conmemora su Resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua.

Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor.

Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación¹⁸².

La fiesta litúrgica será el núcleo del tiempo litúrgico pues por ella el misterio de salvación realizado ya de una vez para siempre se hace presente cada vez que se celebra y, ese aquí y ahora se convierte en un tiempo de salvación.

Se entiende, pues, que el sentido del despliegue del año litúrgico es ir haciendo consciente cada vez en mayor medida a los fieles que la historia de salvación llega a ellos de modo concreto y completo por medio de él. Y esto es así para que el creyente pueda ser insertado dentro de esa historia de salvación a través del seguimiento y la vivencia por la oración del ritmo litúrgico. De este modo:

Esta dimensión pedagógica [del año litúrgico] apunta a educar al hombre concreto para que viva progresivamente y de un modo responsable y coherente, en la medida de su disponibilidad personal, todo el contenido de la salvación histórica y las exigencias soteriológicas del misterio de Cristo en el marco integral de la revelación cristiana¹⁸³.

La vida espiritual del cristiano se va desarrollando en la vivencia de este ciclo anual litúrgico, el cual contribuye a acentuar la valoración de la Palabra de Dios a través de la cual se nos presenta la historia de la salvación y que marca toda acción litúrgica. Además la vivencia del año

¹⁸¹ Cf. J. ORDÓÑEZ, *Teología y espiritualidad del año litúrgico*, 86.

¹⁸² CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosantum Concilium*, n.102.

¹⁸³ J. ORDÓÑEZ, *Teología y espiritualidad del año litúrgico*, 89.

litúrgico permite ir perfeccionando el contenido kerigmático, en los recién convertidos, y en los creyentes una progresiva cristificación pues al vivir en profundidad los misterios a lo largo del ciclo anual el fiel puede recibir una perfecta educación catequética, en tanto que las celebraciones permiten el encuentro personal con Cristo y proclaman vivencialmente los contenidos de la fe salvífica¹⁸⁴.

En el transcurso de un año la acción litúrgica mediante su eficacia sacramental brinda a cada fiel lo que precisa para hacerse parte de la historia universal de salvación, así ésta se concreta en la historia personal de salvación que cada bautizado desarrolla. A través del año litúrgico, que tiene como centro la celebración del misterio pascual de Cristo, se puede aprender lo que implica la vivencia en Cristo para los fieles.

Junto al ciclo anual del tiempo litúrgico se presenta semanalmente la celebración del Día del Señor. Conmemorando el día de la resurrección de Cristo, se celebra la pascual semanal cada ocho días. Así «el domingo es el día por excelencia de la asamblea litúrgica»¹⁸⁵, en el que se hace memoria del misterio pascual y se da gracias por el renacimiento en la vida de gracia que éste nos ha permitido, siendo el fundamento y núcleo de todo el año litúrgico¹⁸⁶.

El domingo es día del memorial de la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado, por eso está caracterizado por ser un día de fiesta donde el Señor se hace presente, por ello el ayuno y la penitencia se suprime en el domingo. Es día del Sol que ilumina toda la semana, día que anticipa la eternidad y permite ver la realidad del horizonte escatológico que nos espera. Sobre todo, el domingo es el día de la Eucaristía, que congrega a los fieles en asamblea litúrgica para celebrar el memorial de la pascua por la cual los fieles se van cimentando en la fidelidad al Señor.

La celebración del domingo está asociada a la fórmula del Nuevo Testamento por la cual Cristo resucitó al «tercer día según las Escrituras», con ello se interpreta la resurrección como la alianza definitiva, como la entrada de Dios en la historia pues el «tercer día» es el día de la teofanía según los relatos de la alianza del Sinaí. La resurrección irrumpe en el tiempo e incorpora al creyente en un presente que no termina, este presente del Resucitado es la Eucaristía¹⁸⁷.

También cada día se celebra el misterio de Cristo, sacramentalmente mediante la Eucaristía y mediante la celebración de la Liturgia de las Horas, que en su estructura favorece que la alabanza a Dios consagre el

¹⁸⁴ Cf. J. ORDÓÑEZ, *Teología y espiritualidad del año litúrgico*, 91-95.

¹⁸⁵ CEC, n.1167.

¹⁸⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosantum Concilium*, n.106.

¹⁸⁷ Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor*, 77-79.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

día y la noche, siendo siempre una oración de la Iglesia toda¹⁸⁸. De este modo la Liturgia de las Horas «vino a ser como un complemento necesario del acto perfecto de culto divino que es el sacrificio eucarístico, el cual se extiende así y se difunde a todos los momentos de la vida de los hombres»¹⁸⁹. La Eucaristía es preparada magníficamente mediante la celebración del Oficio divino en tanto que éste acrecienta en el cristiano la fe, esperanza, caridad, devoción y espíritu de abnegación que son disposiciones necesarias para la vivencia de la celebración eucarística¹⁹⁰.

El Oficio divino se constituye como fuente de piedad y alimento para la oración personal de los fieles, conjugando la oración vocal con la mental, por ello se pide que en ella la mente concuerde con la voz¹⁹¹. De este modo es alimento espiritual del pueblo de Dios, despertando la conciencia de ejercitar la oración continuada tal como Cristo lo pidió a su Iglesia. Además siempre que se celebra el Oficio se ora en la comunión de todo el cuerpo de Cristo, reconociendo en Él las voces de los fieles y su voz en medio de la oración de los creyentes¹⁹².

La finalidad de la Liturgia de las Horas es la santificación del tiempo¹⁹³; mas ello no debe entenderse simplemente como la separación en el día de momentos específicos para actualizar la presencia de Dios en la vida y el resto del tiempo vivirlo en lo profano. Como señala Castellano, la santificación del tiempo significa para el cristiano que toda su existencia en sí misma adquiere un sentido cultural, toda la vida de los fieles se hace culto espiritual¹⁹⁴, donde la liturgia se vive como momentos clave donde el culto se da mediante signos sacramentales, y ese sacrificio sea luego continuado en el quehacer cotidiano, en el sentido que pide San Pablo en Rm 12,1. Cabe señalar que hacer de la vida un culto espiritual no es posible sin una comunión vital con Cristo que se da por medio de la liturgia de la Iglesia¹⁹⁵ en ello se evidencia la relación entre la liturgia y la vida espiritual del creyente. Es cultural la existencia que cumple la voluntad del Padre, a imitación del Hijo y según su Espíritu.

Por otro lado, el tiempo se santifica también a través de la ofrenda que se hace del mismo a Dios como oblación gratuita y amorosa, señalando la prioridad que ocupa a lo largo de la jornada cotidiana, pues el tiempo del que dispone el hombre es un regalo venido de sus manos¹⁹⁶.

¹⁸⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosantum Concilium*, n.83-85.

¹⁸⁹ PABLO VI, *Cons. Apost. Laudis canticum*, Introducción.

¹⁹⁰ Cf. ORDENACIÓN GENERAL DE LA LITURGIA DE LAS HORAS, n.12.

¹⁹¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. Sacrosantum Concilium*, n. 90; ORDENACIÓN GENERAL DE LA LITURGIA DE LAS HORAS, n.19.

¹⁹² Cf. PABLO VI, *Cons. Apost. Laudis canticum*, n.8.

¹⁹³ Cf. ORDENACIÓN GENERAL DE LA LITURGIA DE LAS HORAS, n.10-11.

¹⁹⁴ Cf. J. CASTELLANO, *La liturgia de las horas, teología y espiritualidad*, 89-91.

¹⁹⁵ Cf. J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 62.

¹⁹⁶ Cf. J. CASTELLANO, *La liturgia de las horas, teología y espiritualidad*, 101.

Para poder entender todo ello, se debe considerar la unidad indisoluble que existe entre liturgia y vida cuya base es la participación del sacerdocio de Cristo por parte de los fieles. La Constitución *Laudis canticum* lo señala diciendo:

La vida entera de los fieles, durante cada una de las horas del día y de la noche, constituye como una *leitourghía*, mediante la cual ellos se ofrecen en servicio de amor a Dios y a los hombres, adhiriéndose a la acción de Cristo, que con su vida entre nosotros y el ofrecimiento de sí mismo, ha santificado la vida cristiana¹⁹⁷.

De este modo el trabajo cotidiano unido a la oración a lo largo del día adquiere un sentido litúrgico, dando un armonioso equilibrio entre la vida de oración y la actividad, el trabajo con Dios y para Dios en el servicio a los hermanos¹⁹⁸. Esta es una expresión de la profunda realidad que «la plegaria cotidiana no es una repetición de fórmulas, como el año litúrgico no es un retorno de las estaciones y una monótona vuelta a los mismos temas; es más bien ese progreso dinámico “en espiral” hacia la consumación de la historia, en la que el misterio de Cristo y su oración penetran la vida»¹⁹⁹.

Así los acontecimientos del día a día, puestos a la luz del misterio de Cristo son incorporados en la historia salvífica, de este modo la liturgia santifica el tiempo en tanto acoge en su plegaria lo que acontece en el tiempo y lo ordena así para que se cumpla en ellos la voluntad de Dios para la salvación de los hombres.

4. Espiritualidad litúrgica y relación con las demás “espiritualidades”

Dado que la liturgia celebra el misterio de Cristo para insertar al creyente en él, santificándolo y rindiendo el culto adecuado a Dios, la espiritualidad que de ella brota se hace necesaria para todo bautizado. Para la espiritualidad cristiana la celebración litúrgica se constituye en un momento fundacional y culminante de la misma puesto que en ésta Cristo actúa santificando a los hombres, de ahí que la liturgia por su naturaleza alimenta una espiritualidad concreta que es una continuidad y explicitación de lo celebrado²⁰⁰.

¹⁹⁷ PABLO VI, *Cons. Apost. Laudis canticum*, n.8.

¹⁹⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.61.

¹⁹⁹ J. CASTELLANO, *La liturgia de las horas, teología y espiritualidad*, 179.

²⁰⁰ Cf. M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 249-250; J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 26.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

Aunque la espiritualidad cristiana es una sola si consideramos su sustancia que es la santidad como participación de la vida trinitaria; las modalidades de caminar hacia la santidad son múltiples, por tanto, las espiritualidades pueden ser diversas; pero solo es universal la espiritualidad que nace de la liturgia²⁰¹. La espiritualidad litúrgica no es una vía optativa dentro del universo de otras formas de espiritualidad²⁰², sino que se constituye en el sustrato común y básico de toda forma de vida espiritual²⁰³. Es considerada incluso como la espiritualidad de la Iglesia en tanto que «la liturgia ha de considerarse la raíz y condición de posibilidad de toda auténtica expresión de vida espiritual cristiana porque es la espiritualidad sin declinaciones ni conjugaciones»²⁰⁴.

En esa misma línea Augé señala que la espiritualidad que nace de la liturgia expresa lo específicamente cristiano en tanto que en la liturgia se vive en su integridad y objetividad redentora el misterio de Cristo. De este modo, en ella se conjugan y complementan los elementos subjetivos y objetivos de la espiritualidad; así el elemento subjetivo de la experiencia religiosa se transfigura de acuerdo con el modelo objetivo de la gracia²⁰⁵.

Esto último queda claro en tanto que los misterios de salvación se ponen al alcance de los fieles mediante la liturgia no sólo para ser contemplados o para servir de ejemplo para la vida, sino que el objetivo principal es beneficiar a los fieles de su fuerza redentora²⁰⁶.

Por eso, Castellano no duda en afirmar que una auténtica espiritualidad cristiana siempre debe ser litúrgica, es decir debe enraizarse en el misterio de Cristo comunicado en la liturgia, pues de ella recibe «las fuentes objetivas de la gracia y las formas características de sus contenidos místéricos (palabra, oración, sacramentos, año litúrgico), dejándose plasmar por los misterios celebrados»²⁰⁷. Así la espiritualidad litúrgica busca celebrar, vivir, asimilar y visibilizar esos misterios en la vida cristiana tanto a nivel individual, comunitario y social.

Sin embargo, afirmar que la liturgia sea fuente de espiritualidad no significa que sólo exista un modo de vivir la espiritualidad en la Iglesia. De hecho, en ella, debido a la riqueza suscitada por el Espíritu Santo, se pueden apreciar diversas formas de vivir la espiritualidad, llamadas, por ejemplo, “espiritualidad” carmelitana, ignaciana, benedictina, etc., cada una de éstas es «determinada por un conjunto de rasgos, actitudes, elementos doctrinales, experiencias, etc., que implican un modo especial

²⁰¹ Cf. J. RIVERA - J. IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica*, 17-18.

²⁰² Cf. P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 93; 107.

²⁰³ Cf. J. LÓPEZ, *La liturgia de la Iglesia*, 338; M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 250.

²⁰⁴ R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 31; 51.

²⁰⁵ Cf. M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 250-251.

²⁰⁶ Cf. J. LÓPEZ, *La liturgia de la Iglesia*, 338.

²⁰⁷ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 27.

de configurarse con Cristo y, por tanto, un modo especial de ser y de actuar en el seno de la espiritualidad cristiana común»²⁰⁸.

Ahora bien, la espiritualidad litúrgica y las demás espiritualidades son distintas por naturaleza, pero están relacionadas entre sí, puesto que la primera se hace el fundamento de las demás. Así «la espiritualidad litúrgica está en el trasfondo necesario de toda espiritualidad cristiana y no hay opción posible entre ella y las restantes “espiritualidades” sino acoplamiento y conjunción»²⁰⁹.

Cada fiel puede optar por participar del misterio de Cristo desde las diversas formas de espiritualidad que han surgido a lo largo de la historia al interior de la Iglesia y que ella ha acogido como caminos válidos para orientarse hacia la santidad, pero se debe estar atento para que los acentos diferenciales vividos en ellas no lleven a caer en un mero devocionalismo que haga fragmentar o empobrecer el rico contenido del mensaje revelado y su capacidad de incidir en la vida del creyente. Toda espiritualidad específica está llamada a acoger el dato objetivo revelado en su integridad, por ello encuentran en las celebraciones litúrgicas un lugar connatural de alimento y acicate, sería pues un peligro que las escuelas de espiritualidad no lo viviesen así²¹⁰.

A decir de Russo la relación entre la espiritualidad litúrgica y las otras espiritualidades se centra en que:

Las diversas espiritualidades están caracterizadas generalmente por particulares acentos espirituales y elecciones operativas, que evidencian y representan ahora uno ahora otro aspecto del único misterio de Cristo. Se puede, pues, afirmar que las diversas espiritualidades “carismáticas” (...) parten del fragmento para llegar al todo. En cambio la espiritualidad litúrgica parte del todo para llegar a los fragmentos, y después todavía, contempla los fragmentos en el todo y en cada fragmento del misterio contempla y celebra el entero misterio de la salvación²¹¹.

A lo largo de la historia el surgimiento de algunas escuelas de espiritualidad se ha dado en un contexto donde la liturgia era parte de la especulación teológica pero no fuente de vida espiritual para el creyente, por ello puede considerarse que en algún punto éstas se hayan desarrollado en un sentido más o menos independiente de ella. Dada la renovación de la liturgia, ésta se convierte en fuente indispensable para la espiritualidad en la Iglesia, permitiendo reconducir las condiciones particulares que ofrecen las diversas escuelas hacia el misterio de Cristo, en tanto es expresión de un dato objetivo revelado que incorpora al hombre en la historia de salvación que se continúa a través del rito²¹².

²⁰⁸ M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 252.

²⁰⁹ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 106.

²¹⁰ Cf. *Ibid.*, 107; M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 252.

²¹¹ R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 52-53.

²¹² Cf. S. MARSILI, «Principios de espiritualidad litúrgica», 55-61.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

De este modo «cada una de las específicas espiritualidades cristianas debe saciar su sed en ese manantial [la liturgia] y confrontarse con esta realidad que tiene carácter normativo»²¹³.

Las prácticas de vida espiritual de las diversas escuelas y la liturgia se fecundan mutuamente, por eso tales prácticas pueden ser camino hacia la liturgia o desarrollo de lo celebrado en la vida concreta de los fieles. En esta consideración Soler refiere que hay prácticas de piedad que pueden ser necesarias para una vida litúrgica como son la meditación, la lectura (de la Palabra de Dios como *lectio divina* y lectura espiritual) y la oración personal²¹⁴. Ellas disponen al fiel para la celebración y después de ella le ayudan a saborear contemplativamente lo ya celebrado y vivirlo en la propia vida concreta. Para este autor, otras prácticas de espiritualidad que ayudan a la vivencia de la liturgia son: la adoración eucarística, el rezo del *Via crucis*, los ejercicios espirituales, los retiros, el rosario y las devociones marianas o de los santos en cuanto se sitúan en un contexto cristocéntrico.

Así como estas prácticas pueden ser convenientes para favorecer la vida litúrgica de los fieles, Soler señala que se debe prestar cuidado para que algunas devociones en su práctica no lleguen a ensombrecer la vivencia plena de la liturgia. A este respecto señala el caso de:

El “mes de María” que no debe desfigurar [...] la gran solemnidad de la cincuentena pascual con la que siempre coincide, por lo menos en gran parte. Se puede vivir la pascua en unión con María, y así lo propone también la liturgia... pero creo que habría que ir descubriendo mucho más la dimensión mariana del adviento. Este mismo cuidado habría que tener con ciertas devociones a san José durante la cuaresma.

Hace falta tacto, también para no “utilizar” la celebración eucarística para solemnizar una novena; la eucaristía tiene toda su entidad en ella misma [...] También se deben valorar debidamente las manifestaciones válidas de piedad popular (peregrinaciones, ofrenda de velas o exvotos, procesiones, etc.). Cuidando, por parte de los diversos educadores de la fe, que las manifestaciones de la piedad popular se inspiren en el culto litúrgico (en contenidos, símbolos, acciones, etc.) y sean preparación o consecuencia de él»²¹⁵.

Para poder articular la armoniosa relación entre la vida litúrgica y las prácticas de piedad devocionales de una espiritualidad específica se requiere una adecuada formación litúrgica que lleve a valorar y conocer la liturgia en esencia y desde allí proponer pedagógicamente la adquisición de una espiritualidad litúrgica que no caiga en el rigorismo ni desaparezca entre tantos actos de devoción. Así pues, se busca que los acentos diferenciales de cada familia espiritual no diluyan los aspectos

²¹³ R. RUSSO, «Espiritualidad desde la liturgia», 56.

²¹⁴ Cf. J. SOLER, *Liturgia, fuente de vida espiritual*, 78-81.

²¹⁵ J. SOLER, *Liturgia, fuente de vida espiritual*, 80-81.

centrales de la espiritualidad cristiana que brota de la participación plena, consciente y activa del misterio celebrado.

Farnés en esta dirección coloca el siguiente ejemplo:

Un franciscano al celebrar la Navidad no puede, por ejemplo, subrayar de tal forma la vivencia de la pobreza de Jesús hasta tal punto que olvide el núcleo de esta fiesta –la divinización del hombre en Cristo– tal como lo propone la Iglesia en su espiritualidad litúrgica a todos los fieles. El franciscano puede vivir la “espiritualidad litúrgica” de Navidad coloreada con “espiritualidad franciscana”, pero no simplemente la “espiritualidad franciscana”²¹⁶.

De todo ello se entiende que los matices que dan las diversas escuelas a la espiritualidad resulta enriquecedor en cuanto reflejan el modo específico de vivencia de la liturgia como culminación y fuente de toda la espiritualidad cristiana por parte de los fieles.

5. Perspectivas del desarrollo de espiritualidad litúrgica en los fieles

El desarrollo de la espiritualidad litúrgica apunta a que la propuesta de renovación litúrgica dada por el Concilio Vaticano II donde se presenta la liturgia como fuente y cumbre de toda la vida espiritual de la Iglesia²¹⁷ no sólo se conciba en un nivel teórico, sino que se pueda llevar a la vida concreta de cada fiel y cada comunidad.

Para alcanzar tal fin, la espiritualidad que se inspira, desarrolla y celebra en la liturgia presenta tres momentos de desenvolvimiento: la celebración en sí misma, la preparación para la misma y la vivencia posterior del misterio celebrado²¹⁸.

La celebración litúrgica requiere ser vivida como momento de encuentro del hombre con Dios, culmen de la alianza por la que la acción divina del Dios Trino santifica al hombre y éste acoge ese don para hacerlo fructificar. Para que esto sea así es indispensable que los fieles puedan tener una participación plena, consciente y activa en las celebraciones, esto abarca tanto la participación externa como son los gestos, las posturas, los cantos, las proclamaciones, etc., y la participación interna –la más delicada de procurar– que conlleve a que el corazón y la mente concuerden con lo que dice la voz. Esto es válido tanto para los fieles laicos como para los clérigos, pues en cada celebración del misterio de Cristo se busca conjugar la *actuosa participatio* y el *ars celebrandi* que permita hacer de la misma celebración una experiencia orante; evitando así que se presente cualquier intento de monopolio o

²¹⁶ P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 107.

²¹⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.14.

²¹⁸ Cf. P. FARNÉS, «Espiritualidad litúrgica», 98.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

invasiones de campo, ya sea por parte de los laicos o por parte de los ministros; sino procurando que cada cual según su condición favorezca una ordenada colaboración de todos y entre todos.

Para que la liturgia nutra la espiritualidad se necesita una liturgia contemplativa que conceda la primacía a la interioridad e interiorización, es decir, que permita la apropiación personal de aquello que se dice y sucede en la acción litúrgica²¹⁹. Con ello se busca participar de la oración misma de Cristo que se opera en la liturgia, ya que en ésta siempre se actúa como miembro del cuerpo de Cristo, en comunión con Él que es la cabeza.

La celebración siempre debe presentar como centro el misterio de Cristo, siendo memorial de las maravillas que Dios realizó en favor salvífico de su pueblo, haciéndose ella misma una experiencia del misterio. Este misterio que tiene como centro la Pascua de Cristo es matizado por los diversos énfasis que se hacen de él a lo largo del año litúrgico, por lo que cada tiempo litúrgico denota alguna característica propia.

Para poder vivir en plenitud la celebración litúrgica se hace necesaria una preparación que disponga a los fieles, ello se puede motivar promoviendo espacios que permitan la consideración de los misterios que se van a celebrar. En este sentido algunas devociones favorecen este camino hacia la liturgia para poder ir generando en el corazón de los creyentes los mismos sentimientos de Cristo, para vivir la filiación divina que le ha sido dada desde su Bautismo.

Además, una forma de preparación más remota será también el adquirir formación litúrgica²²⁰ para poder encontrar el sentido de lo que se va a vivir, puesto que se ama para conocer y se conoce para amar en mayor profundidad los misterios de Cristo.

En el tercer momento de la espiritualidad litúrgica se considera el modo de prolongar lo vivido en la liturgia pues «no debemos ver la liturgia como un espacio trascendente o alienante en nuestra vida cotidiana, sino como un trozo de existencia vivida, iluminada por la Palabra de Dios, santificado y potenciado por la presencia de Cristo y el don de su Espíritu»²²¹. Se trata del paso necesario desde la liturgia a la existencia cotidiana pues la espiritualidad litúrgica es la unión de una celebración santa y de su continuación en la vida.

Este punto se presenta la mistagogía como un camino por recuperar²²², éste fue empleado por los Padres de la Iglesia como método para la explicación de los misterios posterior a la celebración litúrgica

²¹⁹ Cf. M. AUGÉ, «Elementi di spiritualità liturgica», 28-29.XI.2007.

²²⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n.19.

²²¹ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 338.

²²² Cf. JUAN PABLO II, *Carta apost. Spiritus et sponsa*, n.12.56

pues se trataba de dar sentido profundo a lo ya vivido, «ayudar a pasar de lo que han comprendido con los sentidos –con los ojos corporales- a lo que deben descubrir con los ojos de la fe»²²³.

No se trata básicamente de presentar una idea o un ejemplo moralizador sino de entrar en contacto con el misterio salvador de Dios; de ahí que el método mistagógico abarque tres momentos: «la valoración de los signos de la liturgia; la interpretación de los ritos a la luz de la Escritura, en la perspectiva de la historia de la salvación; [y] la apertura al compromiso cristiano y eclesial, expresión de la nueva vida en Cristo»²²⁴. La celebración misma se hace así mistagogía como experiencia del misterio.

En este sentido la relación entre la celebración y la experiencia cristiana pasa por una profundización de la mistagogía litúrgica, que comprenda una mistagogía de la iniciación, por la que se comprenda y configure la vida espiritual a partir de la palabra, de los sacramentos, del año litúrgico; una mistagogía de la participación, que celebre el misterio y los misterios de Cristo con la mejor disposición espiritual; y la mistagogía de la asimilación, que lleve a la conformación perfecta con Cristo hasta revivir el misterio pascual en la propia existencia siguiendo el ritmo de la liturgia diaria, semanal y anual de la Iglesia²²⁵.

Esta incorporación en los misterios que se realiza por la vivencia de la liturgia cala en la espiritualidad cristiana, para que no se agote en un momento específico, sino que se prolongue en toda la vida haciendo de la existencia cristiana un culto espiritual agradable a Dios, en plena fidelidad a las palabras y actitudes de Cristo.

De esta manera la liturgia es necesaria para el desarrollo de la existencia cultural del cristiano, dado que, por la fuerza del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía y con la gracia de los otros sacramentos el fiel recibe la posibilidad de poder vivir su sacerdocio común en plenitud, participando del sacerdocio de Cristo. El creyente puede hacer de su vida un culto espiritual sólo «en la medida en que realiza su existencia como Cristo y en comunión con Él. [...] no hay posibilidad de una comunión vital con Cristo fuera de la ritualización de su memorial en la comunidad cristiana, es decir, sin la participación al misterio de Cristo en la liturgia de la Iglesia»²²⁶. Esto es así dado que la liturgia permite la celebración del misterio de Cristo, la presencia del Señor en medio de los fieles, la comunión intensa con Él y conlleva el compromiso de una vida de imitación por parte del creyente, por ello se

²²³ J. SOLER, *Liturgia, fuente de vida espiritual*, 56.

²²⁴ M. AUGÉ, *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, 258.

²²⁵ Cf. J. CASTELLANO, «Liturgia, teologia spirituale e spiritualità», 526.

²²⁶ J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 62.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

entiende que la existencia cultural cristiana empieza y culmina en la liturgia²²⁷.

Desde la lectura del Nuevo Testamento, tal como lo encontramos en Rom 12,1-2, el nuevo culto para los cristianos lo constituye su vida entera, que debe ser vivida a imitación de la de Cristo. La vida de Cristo fue una vida cultural en tanto que era vida de total obediencia al Padre y en servicio a los hombres²²⁸.

La existencia cultural cristiana tiene su fundamento en la unión con Cristo y la imitación de Su vida para hacer de la propia persona una ofrenda constante al Padre mediante la acción del Espíritu Santo, se puede decir que «vivir de su palabra y de su Espíritu [de Cristo], responder al amor del Padre con Él y como Él, es la síntesis de la nueva religiosidad cristiana»²²⁹. Si bien ésta es una experiencia personal que parte del don divino recibido y que es acogido por el fiel, posee a su vez una dimensión comunitaria, pues siempre se es miembro de la Iglesia, comunidad de creyentes. De ahí que la existencia cultural cristiana implique también el servicio y la caridad con el hermano. De esta manera se da la conjugación de la dimensión ascendente y descendente de la existencia cultural²³⁰; la primera comprende los momentos de intimidad del creyente con Dios, como en la oración, y la dimensión descendente abarca el testimonio con la palabra y con la vida, así como la vivencia de la caridad fraterna por la que se manifiesta la benevolencia salvífica divina a los hombres.

Todas las acciones de los laicos pueden ser ofrenda agradable al Padre, nuevo culto (siempre en unión con el único culto agradable que es Cristo), «todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo»²³¹. En consecuencia, si todo en la vida del cristiano puede tener un sentido cultural, ello se da en mayor medida en los acontecimientos donde los fieles se configuran con la Pasión gloriosa de Cristo, como son las fatigas apostólicas, la fidelidad en momentos dolorosos de la vida, el martirio, la caridad hasta el extremo o la inmolación silenciosa por el bien de la Iglesia²³², en tanto que en estas vivencias se muestra una gran capacidad de entrega en total disposición

²²⁷ Cf. J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 67.

²²⁸ Cf. M. AUGÉ, «Elementi di spiritualità liturgica», 28-29.XI.2007.

²²⁹ J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 65.

²³⁰ Cf. *Ibid.*, 68.

²³¹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogmática Lumen Gentium*, n.34.

²³² Cf. J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 68-69.

al Padre ofreciéndose a sí mismo para el bien de los hermanos, habiéndose dejado guiar por el Espíritu a imitación de Jesucristo.

De lo que se desprende que la condición indispensable para que la existencia del cristiano sea realmente cultural es que sea «según el Espíritu», lo cual conlleva una verdadera conversión del corazón y de la mente puesto que «todo lo que no sea homologable con la palabra o los sentimientos de Jesús no puede ser considerado cultural en la vida de un cristiano»²³³. La prolongación de la celebración litúrgica en la vida concreta de cada fiel, vivida como existencia cultural, es fruto del desarrollo de una espiritualidad litúrgica. Para poder vivir según el Espíritu se requiere beber de las fuentes donde Cristo comunica su Espíritu a los fieles, lo cual, de modo ordinario, se da a través de la liturgia, por ello la liturgia es fuente de la vida espiritual.

De todo lo considerado en este punto podemos decir con Castellano que «cultivar una espiritualidad litúrgica requiere: conocer el sentido bíblico y teológico de la liturgia y sus componentes; vivir las celebraciones en plenitud de experiencia teológica; llevar la gracia de la liturgia a la existencia concreta, a nivel personal, comunitario y social; hacer converger en la celebración litúrgica, cumbre de la vida cristiana, la experiencia personal y comunitaria de los fieles»²³⁴. Esta es la tarea que compromete a todos los cristianos en tanto que la liturgia la realiza toda la Iglesia, Cabeza y cuerpo, y es de ella de donde brota la más genuina y necesaria espiritualidad cristiana.

A modo de sintetizar lo visto en este capítulo, partimos de la concepción católica de la espiritualidad cristiana como la manera de vivir del creyente que se deja conducir por el Espíritu Santo, orientando todo su ser y actuar para hacer la voluntad de Dios Padre a imitación de Jesucristo. Así el desarrollo de la vida espiritual en el creyente configura una vida en el Espíritu y según el Espíritu, poniendo en relieve Su eficacia santificadora.

De ello la espiritualidad cristiana posee un marcado acento trinitario en tanto que las tres personas divinas actúan en el proyecto salvífico de hombre; tiene una dimensión de don en tanto que la santidad a la que se orienta la vida espiritual es una vocación personal que se acoge libremente y exige una respuesta; favorece el desarrollo una relación interpersonal con Dios basado en la vivencia de la alianza; posee un marcado carácter cristocéntrico y pascual; requiere de la privación de los obstáculos para llegar a la santidad es decir de la ascética; la vida espiritual del creyente no es un mero interiorismo sino conlleva la puesta en obra y un estilo de vida; comprende la contribución para la

²³³ J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», 67.

²³⁴ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual, teología, celebración, experiencia*, 28.

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

santificación del mundo; encierra un profundo sentido eclesial (como comunidad dónde encontrará la presencia destacada de la Virgen y los santos) y con ello abarca la participación del envío para el anuncio del Reino; así como el desarrollo del sentido de fraternidad en el servicio y la caridad.

Para poder desarrollar tal espiritualidad se requiere la identificación con Cristo viviendo a plenitud la filiación con Dios Padre, la comunión con Jesucristo y la docilidad a la acción del Espíritu Santo, todo ello encuentra en la liturgia una fuente que contribuye de modo privilegiado en el camino a la santificación que es el fin de la espiritualidad. Por medio de la liturgia, el hombre recibe la acción santificadora de Dios que se hace presente a lo largo de toda su historia personal, desde su nacimiento a la vida divina hasta su salida del mundo terrenal.

La liturgia expresa y nutre la espiritualidad cristiana ya que en la celebración del misterio de Cristo el creyente puede entrar en contacto auténtico con Dios y su obra salvadora, por ello la espiritualidad litúrgica es necesaria constituyéndose en la base común de la vida espiritual de todos los fieles, laicos y clérigos, quienes pueden luego matizar su experiencia espiritual al hilo de alguna escuela de espiritualidad surgida en el seno de la Iglesia. Ahora bien, la espiritualidad que brota de la liturgia no se agota solo en el momento celebrativo, sino que compromete toda la vida del bautizado, la fe que se vive es la misma fe que se celebra, de esta manera la vida misma del cristiano puede ser culto agradable a Dios.

La dimensión fontal de la liturgia respecto a la espiritualidad cristiana fue expresada desde las primeras comunidades cristianas en las cuales la vida espiritual tenía como centro la iniciación de la vida cristiana mediante el Bautismo-Unción, el alimento de la nueva vida en Cristo mediante la Eucaristía y la oración. En este sentido la vivencia de la liturgia de los sacramentos de iniciación cristiana nutre la espiritualidad cristiana en tanto que hace posible la filiación divina de los creyentes a través del nuevo nacimiento dado por el Bautismo que lo incorpora en la intimidad con Dios por la mediación del Hijo; así incorporado en la comunidad de creyentes que es la Iglesia, el creyente se asocia a la misión evangelizadora de la misma de forma plena mediante el sacramento de la Confirmación que unge al cristiano para proclamar la Buena Nueva de Cristo con la vida misma y con la palabra dando testimonio de su fe; en todo el camino de santificación el fiel se alimenta mediante la Eucaristía la cual genera la comunión del hombre con Dios y, a raíz de ella, la comunión de los cristianos entre sí en tanto forman parte del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, pues el amor a los hermanos es una exigencia del amor a Cristo; en esta misma línea se entiende que junto con la

comunión, la Eucaristía aporta a la espiritualidad del cristiano un sentido diaconal como donación humilde y amorosa.

Por su parte el trato íntimo del hombre con Dios mediante la oración también se ve enriquecido por la vivencia litúrgica en tanto que como experiencia orante introduce al creyente en la misma oración de Cristo, de este modo la voz de los fieles se une a la de Cristo en la celebración litúrgica. A su vez la oración en común dispone a los fieles para la oración personal y la oración personal prepara, acompaña y prolonga las actitudes vividas en la liturgia.

Por otra parte, dado que el ser humano es un ser temporal, su vida espiritual afecta esta dimensión, así pues, el hombre se santifica en el tiempo y santifica al tiempo a lo cual la liturgia presenta su aporte. Dios ha intervenido en el tiempo del hombre con su proyecto salvador, la actualización de este tiempo de salvación la realiza la liturgia, y queda sistematizada en el año litúrgico a través del cual la espiritualidad de los creyentes se va enriqueciendo con la celebración de los diversos misterios de la historia de salvación haciendo posible una cristificación de los creyentes que acogen el don ofrecido. También el ciclo semanal de la liturgia encuentra en la celebración del Día del Señor su centro, y en el ritmo diario la liturgia favorece la santificación del tiempo mediante la celebración de los sacramentos, sobre todo la Eucaristía. La liturgia de las horas, mediante la oración continuada, en unión con toda la Iglesia, favorece la vivencia de una existencia cultural para el cristiano.

De la consideración de todos los aspectos en los que la liturgia nutre la espiritualidad genuinamente cristiana y en atención a su propia naturaleza, no se presenta como cualquier otra vía de desarrollo de espiritualidad, sino que constituye el fundamento común para los diversos matices de las escuelas de espiritualidad presentes en la Iglesia, toda espiritualidad debe nutrirse de la liturgia para estar enraizada en las fuentes objetivas de la gracia, por lo que los diversos actos devocionales de las espiritualidades específicas pueden estar orientadas hacia la liturgia o favorecer un posterior desarrollo del misterio celebrado.

Así pues, el desarrollo de la espiritualidad que bebe de la liturgia abarca una preparación para la celebración litúrgica, una vivencia a plenitud de la misma y la prolongación en la vida de lo celebrado. Para poder fomentar una disposición de los fieles a vivir la plenitud la celebración litúrgica se hace necesaria una formación litúrgica, con ella se puede apreciar la liturgia como experiencia contemplativa cuyo centro es el misterio de Cristo. Siendo así la celebración misma alimenta la vida espiritual del creyente cuando éste tiene una participación plena, consciente y activa en la misma. Además, la celebración litúrgica trae consigo la extensión a lo largo de la vida del creyente de la experiencia salvífica acontecida, siendo de ayuda en este punto retomar la

CAP. III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

mistagogía, pues la clave será poder desarrollar una existencia cultural en tanto que sea, a imitación de Cristo, una vida según el Espíritu totalmente orientada al Padre y, desde allí, en servicio fraterno hacia los hombres.

CONCLUSIONES

Al término del desarrollo de los capítulos de la presente investigación en los que se ha mostrado cómo la liturgia es la fuente primaria y necesaria para la espiritualidad cristiana a la luz de las consideraciones de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* se ve conveniente señalar las siguientes conclusiones:

1. En el Antiguo Testamento la concepción de culto está relacionada al acontecimiento del éxodo que se hace memorial, y posee una triple dimensión: el culto es comunitario, pues lo ofrece el pueblo de Dios a quien el mismo Señor le ha revelado cómo quiere ser alabado; es un culto interior pues ha de abarcar toda la existencia en fidelidad a la alianza con un corazón justo y recto, a diferencia del culto vacío, mero ritualismo legalista que denuncian los profetas; y es un culto con dimensión escatológica pues abre a la esperanza de una recreación por el Espíritu que permita al hombre rendir el verdadero culto. De ello la respuesta a la llamada de Dios que muestra cómo debe ser adorado hace que el verdadero culto, que se expresa en los momentos rituales, oriente toda la existencia del hombre a fin de que la misma sea configurada conforme a la voluntad de Yahvé.
2. El Nuevo Testamento presenta la novedad de la centralidad de Cristo en el culto, pues la liturgia es su misterio actualizado, el misterio de su entrega amorosa que cumple la voluntad del Padre, que es la salvación de los hombres, por el cual como verdadero hombre rinde la verdadera adoración a Dios y como verdadero Dios puede conceder la santificación a los hombres. Desde el diálogo con la samaritana (Jn 4,20-24) se entiende que el culto en el espíritu y en la verdad es culto cristológico, en y desde Cristo, posibilitado por el Espíritu, buscando

CONCLUSIONES

la concordancia entre el culto exterior y los frutos en la vida del creyente. La vida concreta cristificada y movida por el Espíritu en el servicio de la caridad fraterna se convierte en el verdadero culto espiritual, un sacrificio espiritual y existencial (Rm 12, 1-2), ello sin menosprecio de los ritos por los cuales se celebra el misterio de Cristo, así la liturgia es el nexo entre la existencia cultural de Cristo y la vida cultural de los cristianos.

3. En las primeras comunidades cristianas, la espiritualidad de los fieles se encontraba arraigada en la vivencia de la liturgia y las consecuencias de la participación de ella, especialmente de los sacramentos de iniciación cristiana, que eran el eje del desarrollo de la vida creyente en el seno de la Iglesia, muestra de ello son los textos de los Padres de la Iglesia. La participación del Bautismo y de la Fracción del pan se correspondían con la coherencia de vida, sobre todo en la vida de caridad, como signo de autenticidad del cristiano. Además, se procuraba que los ritos vividos en la liturgia fueran acompañados por la disposición espiritual acorde con su significación. Un desarrollo destacado dentro de esta espiritualidad que se nutre de la liturgia y que es incentivada en los fieles se presenta en las catequesis bautismales y mistagógicas, así como los sermones, de santos padres como San Gregorio de Nisa, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, San Cirilo de Jerusalén y san Agustín.
4. El aporte teológico del Movimiento litúrgico como búsqueda de una renovación de la liturgia favoreció la consideración de su vinculación con la espiritualidad cristiana. Así Guéranger busca promover el acercamiento de los fieles a la liturgia brindándole la posibilidad de gustar el misterio del Espíritu Santo a lo largo del año litúrgico. Siguiendo adelante, Beauduin refiere que toda la vida del hombre se santifica mediante la liturgia por ello es importante la plena participación de todos los fieles y coloca como meta del movimiento litúrgico sustentar la vida espiritual de los fieles en la liturgia. Por su parte Casel se refiere a la liturgia como *mysterium* para abarcar tanto el culto externo como la disposición interna de donación que se presenta en los fieles, siendo que los misterios del culto permiten participar de los actos redentores de Cristo por ello es necesaria la participación activa en la liturgia que tiene su base en el sacerdocio bautismal. Prosiguiendo, Guardini refiere que la liturgia se constituye en la *lex orandi* como manifestación más perfecta de la vida espiritual por lo que la oración no litúrgica debe ajustarse y nutrirse de ella; entendiendo que el fundamento último de la liturgia es Dios mismo y

no un fin práctico se entiende su consideración de la liturgia como un juego, dado que lo primordial en la misma es el alcance de la salvación de los hombres.

5. El Magisterio de la Iglesia en el siglo XX recibió el influjo del movimiento litúrgico para ir desarrollando una comprensión teológica más profunda de la liturgia, se evidencia ello en documentos como el *Motu proprio Tra le sollecitudini* (1903) en el que se presenta como finalidad de la liturgia la glorificación de Dios y la santificación de los fieles; y la Encíclica *Mediator Dei* (1947) que remarca la primacía de la acción de Dios en la liturgia para santificar al hombre y en ello sustenta la superioridad de la liturgia frente a las prácticas de piedad, aunque se promueva una armonía entre las mismas no su contraposición. Toda esta renovación llega a su culmen en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963) donde se señala la liturgia como fuente donde se ha de beber el espíritu genuinamente cristiano. Los años posteriores al Concilio han sido un despliegue de las formulaciones del mismo, las cuales fueron base para que se pueda articular la concepción de la espiritualidad litúrgica, en esa línea se pueden encontrar referencias en los documentos de: San Juan Pablo II, en la Carta *Dominicae Cena* en donde refiere que la vida puede tomar un estilo sacramental que le haga llegar en el Espíritu a la madurez de Cristo y remarca la posibilidad de hacerse a sí mismo ofrenda a Dios; Benedicto XVI en la Exhortación *Sacramentum caritatis* refiere que la liturgia nutre la interioridad del hombre y éste puede ofrecer su propia vida para la salvación del mundo como nuevo culto siendo ello reflejado en la puesta en práctica de la caridad; y el Papa Francisco para el que la liturgia permite una experiencia transformativa por el que la existencia humana adquiere un sentido sacramental (Encíclica *Lumen Fidei*), también afirma que ésta se relaciona con la dimensión evangelizadora imprescindible de toda vida espiritual (Exhortación *Evangelii Gaudium*), hace posible el encuentro con Cristo mediante el sacramento (Exhortación *Amoris Laetitia*) y se conecta con la vida concreta manifestándose en la entrega a los hermanos (Exhortación *Gaudete et exsultate*), además conforme a la visión teológica de la liturgia el Papa exhorta a redescubrir el asombro de su genuina belleza, que nace de permitir al fiel acoger como don y adentrarse en el misterio de redención que se celebra hacia una implicación existencial, lo que requiere una auténtica formación para la liturgia y desde la liturgia, en la que el cuidado del *ars celebrandi* toma importancia en tanto que permite que todos los fieles puedan implicarse en la dinámica del lenguaje simbólico de la celebración

CONCLUSIONES

cristiana (*Carta Desiderio desideravi*). Un aporte importante en este camino fue, también, la formulación plasmada en el Catecismo de la Iglesia que presenta la liturgia en relación con la Santísima Trinidad y dentro de la economía de la salvación.

6. La Constitución *Sacrosanctum Concilium*, como primer documento del Concilio Vaticano II puso el acento en la primacía de Dios, así muestra la liturgia, desde la centralidad de Cristo, en tanto es ejercicio de su supremo y excelso sacerdocio que encuentra su culmen en el misterio pascual, del cual se hace memorial en el *hodie* que permite la acción de Dios Trino para santificar a los hombres (dimensión katabática), junto con la posibilidad de rendir el verdadero culto de amor y obediencia al Padre de toda la Iglesia (dimensión anabática), para ello se vale de signos sensibles y eficaces. De este modo la liturgia es obra de Dios en tanto que la acción celebrativa es manifestación de la plena bendición de Dios Padre, el Verbo encarnado ofrece y se ofrece santificando al hombre y siendo su modelo para rendir un culto agradable, y el Espíritu Santo dispone el corazón de los hombres para la vivencia litúrgica y confiere la eficacia salvadora a los ritos que se prolongan en la vida de los fieles. Además, este documento conciliar concibe la liturgia en relación con la historia de la salvación en tanto que ella confiere eficacia salvadora actual al misterio pascual de Cristo cada vez que es celebrado, asociando en esta tarea ha asociado a la Iglesia para que prolongue la celebración litúrgica en el tiempo hasta la Parusía.
7. Para el Concilio Vaticano II, la liturgia es la fuente primaria de donde se bebe el espíritu verdaderamente cristiano (*Sacrosanctum Concilium*, n.14), dado que en ella el misterio de Cristo presente convierte el aquí y ahora en un tiempo de gracia y salvación para el creyente, además la acción del Espíritu Santo que opera en la liturgia es la clave de la vida espiritual del creyente, transformando desde lo más profundo la vida misma en una ofrenda espiritual agradable a Dios. De este modo, la vivencia de la liturgia se hace necesaria para la vida espiritual de todos los fieles, clérigos y laicos, como miembros del Cuerpo místico de Cristo de ella beben cada uno según su condición y misión específica quedando comprometidos en el desarrollo de una vida que corresponda al misterio de Cristo que se celebra.
8. Para que la espiritualidad de los fieles se nutra de la liturgia se hace necesaria la participación activa, consciente y fructuosa de los mismos como respuesta a la iniciativa divina de salvación; así lo que

acontece en la celebración se hará realidad también en la existencia de cada cristiano que se adentra, acoge y se deja transformar por el misterio celebrado. Ahora bien, la base para poder desplegar una espiritualidad que nace de la liturgia se halla en la realidad del sacerdocio común de los bautizados por el que participan del sacerdocio de Cristo que se opera en la liturgia, desde la vivencia de este sacerdocio común los fieles pueden ofrecer sacrificios a Dios y ofrecerse a sí mismo, unidos siempre a la víctima por excelencia que es Cristo, haciendo de su vida una donación continua a la voluntad divina.

9. La espiritualidad cristiana se entiende como el modo de ser y vivir del fiel que responde a la invitación divina a la santidad, es la vida en el Espíritu Santo, la vida según Cristo para gloria de Dios Padre. La vida espiritual como respuesta a la llamada de Dios se va consolidando en cuanto afianza la relación filial del creyente respecto a Dios, mediante la configuración con Cristo. Si bien la vida espiritual es personal posee a su vez una dimensión comunitaria propia, ya que el cristiano es parte del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; por ello abarca también el desarrollo de una relación de fraternidad que encuentra su raíz en el amor, pues el amor de Dios se hace amor a los hermanos. Además, el sentido eclesial para el cristiano lo hace partícipe de la misión evangelizadora de la Iglesia. Sumado a ello se debe considerar que la espiritualidad cristiana requiere ser expresada en los diversos ámbitos de la vida de los fieles, debe ser plasmada en compromisos concretos en las obras y el estilo de vida.

10. Toda esta vida espiritual halla en la liturgia su fuente pues es el lugar de encuentro salvador del hombre con Dios, así el fiel acoge y vive en plenitud las celebraciones litúrgicas y éstas fructifican en la vida misma del creyente configurándola con Cristo orientada toda a Dios Padre siendo dócil al Espíritu. Esto es a lo que se refiere la espiritualidad litúrgica. Esta espiritualidad impregna toda la vida cristiana desde su inicio hasta su fin, en especial mediante la experiencia sacramental. Para que la espiritualidad cristiana sea tal se requiere la actualización del misterio redentor de Cristo como base objetiva de la vida espiritual, ello se da mediante la liturgia, de ahí que la espiritualidad que nace de la liturgia sea necesaria y universal para todos los creyentes, conllevando a la coherencia entre el vivir y celebrar la fe. Esta espiritualidad, a su vez, es dialogal en tanto Dios se comunica con su pueblo y viceversa; y es comunal en tanto que de la unión primero con Dios surge el llamamiento a la unidad entre los creyentes. Además, la espiritualidad litúrgica tiene como

CONCLUSIONES

propiedades ser cristocéntrica, pascual, bíblica, sacramental, mística, eclesial y cíclica.

11. La liturgia nutre la vida espiritual en diversos aspectos, primeramente, dado que la vida en el Espíritu para todo cristiano inicia con el nacimiento a la nueva vida como hijos de Dios en el seno de la Iglesia mediante el Bautismo, siendo hijos en el Hijo se desarrolla el sentido de filiación en una dinámica de confianza y obediencia amorosa a Dios Trino que abre, al mismo tiempo, al sentido de fraternidad con los otros creyentes. Todo ello conlleva al despliegue de una vida acorde a esta condición filial. Posteriormente los bautizados son fortalecidos e incorporados plenamente en la misión de la Iglesia, que es la salvación de todos los hombres, mediante el sacramento de la Confirmación, así por la plena participación del don del Espíritu adquiere la audacia apostólica para dar testimonio de Cristo con la palabra y con la vida misma, impregnando las realidades temporales con el sentido cristiano. En este camino de vida espiritual los fieles requieren ser nutridos constantemente por la Eucaristía por la cual se entra en la máxima comunión con Jesucristo la cual se irradia en la comunión entre los hermanos en la Iglesia (en su dimensión invisible y visible) y se manifiesta en el servicio fraterno basado en una actitud de humildad amorosa a semejanza de Cristo. Ahora bien, la vida espiritual requiere de espacios de relación personal del hombre con Dios que se dan mediante la oración, los cuales se ven enriquecidos por la liturgia en tanto que la propia celebración se hace experiencia orante por la cual los fieles participan de la oración de Cristo al Padre en el Espíritu Santo insertándose en el diálogo entre Dios y los hombres, además la vida de oración del creyente prepara, acompaña y prolonga las actitudes vividas en la liturgia y ésta impregna a la oración de sus notas como son la centralidad en Cristo y su misterio pascual, la eclesialidad y consiguiente desarrollo de fraternidad, el aspecto antropológico de la plegaria, entre otros. Sumado a todo ello, la liturgia brinda una nueva comprensión a los fieles respecto de su inmersión en la temporalidad pues el ahora se hace tiempo de santificación y salvación, así el ritmo litúrgico empapa la vida espiritual de los fieles en la actualización de la historia de salvación que es acogida por el fiel para iluminar su propia historia, pues la santificación del tiempo conlleva a vivir una existencia con sentido cultural impregnando de espíritu cristiano las realidades temporales en las que se desenvuelve.

12. Es importante presentar la relación de la espiritualidad litúrgica con la espiritualidad proveniente de las diversas escuelas en la Iglesia; al respecto, cabe señalar que la celebración litúrgica se constituye en un momento fundacional y culminante para la espiritualidad cristiana, por lo que la espiritualidad litúrgica no es una vía optativa dentro de las diversas escuelas de espiritualidad sino un sustrato común, en ella se conjugan los elementos objetivos y subjetivos de la espiritualidad en referencia a los misterios de salvación que son celebrados. Por ello en relación con la amplia gama de formas de vivencia espiritual al interior de la Iglesia, que constituyen la riqueza y expresan la acción del Espíritu Santo que por diversos caminos lleva a los hombres hacia la santidad, la espiritualidad litúrgica se posiciona en la base de todas ellas, así pues, todos los matices de espiritualidad pueden beber del manantial de la liturgia. Además, las prácticas de vida espiritual que desarrollan cada una de las diversas escuelas de espiritualidad pueden ser camino hacia la liturgia o un desarrollo de lo ya celebrado en la vida concreta del creyente, por lo que la vivencia de las mismas no debe ensombrear la grandeza de la liturgia.
13. Finalmente, para poder favorecer que la liturgia nutra la espiritualidad cristiana en la vida concreta de todos los fieles se debe favorecer la vivencia de la celebración litúrgica como un espacio de encuentro del hombre con Dios, en el que los fieles participen plena, consciente y activamente con total disposición de acoger el don divino, cuyo centro es el misterio de Cristo, fomentando la interioridad de lo que se va celebrando para que el corazón concuerde con la voz. Junto con ello se necesita generar una formación litúrgica en los fieles no sólo a nivel teórico –siempre necesario– sino incluso en el cultivo de las disposiciones interiores de acogida del misterio. No menos importante resulta, también, el cultivo de la prolongación de lo vivido en la liturgia en la existencia de cada cristiano, donde la mistagogía se presenta como un camino por recuperar para hacer de la existencia un culto espiritual agradable a Dios, se trata de dar el paso desde la celebración al despliegue de una vida que, a imitación de Cristo, busca hacer la voluntad de Dios Padre, siendo dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, abriéndose, además, a la caridad y servicio a los hermanos como prolongación del amor de Dios que se ha experimentado.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Abreviaturas bíblicas

Am	Amós
Col	Colosenses
Dt	Deuteronomio
Ef	Efesios
Ez	Ezequiel
Flp	Filipenses
Gal	Gálatas
Hb	Hebreos
Hch	Hechos de los apóstoles
Is	Isaías
1J	1ra. Carta de San Juan
Jn	Evangelio de San Juan
Jr	Jeremías
Lc	Evangelio de San Lucas
Lv	Levíticos
Mc	Evangelio de San Marcos
Mt	Evangelio de San Mateo
Nm	Números
Os	Oseas
1P	1ra. Carta de San Pedro
2P	2da. Carta de San Pedro
1R	1er. libro de Reyes
Rm	Romanos
1S	1er. Libro de Samuel

Abreviaturas generales

Apost.	apostólica
AAS	<i>Acta Apostolicae Sedis</i>

ASS	<i>Acta Sanctae Sedis</i>
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
Const.	Constitución
Const. Apost.	Constitución apostólica
d.C.	después de Cristo
dir.	Director
DP	Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana
DSp	<i>Dictionarie de Spiritualité ascétique et mystique. Doctrine et historie</i>
ed.	Editor
Enc.	Encíclica
Ex	Exhortación
Exhort. Apost.	Exhortación apostólica
ID.	Idem (lo mismo)
<i>Ibid.</i>	Ibidem (en el mismo lugar)
LXX	Versión griega de los Setenta.
n.	Numeral
NDL	Nuevo Diccionario de Liturgia
org.	Documento original
<i>Ph</i>	Revista <i>Phase</i>
pp.	páginas
Rev. espirit.	Revista de espiritualidad
SC	Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i>
<i>ScrTh</i>	Revista <i>Scripta Theologica</i>
v.	Versículo

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS MAGISTERIALES

- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Sacrosanctum Concilium*, AAS 56(1964) 97-138.
- ___, *Const. Dogmática Dei Verbum*, AAS 58(1966) 817-836.
- ___, *Const. Lumen Gentium*, AAS 57(1965) 5-71.
- ___, *Const. Gaudium et spes*, AAS 58(1966) 1025-1120.
- ___, *Decreto Ad gentes*, AAS 58(1966) 947- 990.
- ___, *Decreto Presbyterorum Ordinis*, AAS 58(1966) 991-1024.
- PIO X, *Motu proprio Tra le sollecitudini*, ASS 36(1903-4) 329-339.
- PIO XII, *Carta Encíclica Mediator Dei*, AAS 39(1947) 520-595.
- ___, *Discurso al Congreso internacional de pastoral litúrgica*, 22.IX.1956, AAS 48(1956)711-752.
- PABLO VI, *Alocución de la solemne clausura de la segunda sesión del Concilio*, 4. XII. 1963, AAS 56(1964) 31-40.
- ___, *Cons. Apost. Laudis canticum*, AAS 63(1971) 527-535.
- ___, *Const. Apost. Divinae consortium naturae*, AAS 63(1971), 657-664.
- JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Caenae*, AAS 72(1980) 112-148.
- ___, *Carta Enc. Ecclesia de Eucharistia*, AAS 95(2003-7) 433-475.
- ___, *Carta apostólica Vicesimus quintus annus*, AAS 81(1989) 897-918.
- ___, *Exhort. Apost. Pastores dabo vobis*, AAS 84(1992) 657-804.
- ___, *Const. Apost. Fidei depositum*, 11.X.1992, AAS 86(1994)113-118.
- ___, *Carta apostólica Spiritus et sponsa*, AAS 96(2004) 419-427.
- BENEDICTO XVI, *Exhort. Apost. Sacramentum Caritatis*, AAS 99(2007) 105-180.
- ___, *Lectio divina en el Seminario romano mayor*, 15.II.2012, https://www.vatican.va/content/benedict-vi/es/speeches/2012/february/documents/hf_ben-xvi_spe_20120215_seminario-romano-mag.html
- FRANCISCO, *Enc. Lumen Fidei*, AAS 105(2013) 555-596.
- ___, *Exhort. Apost. Evangelii gaudium*, AAS 105(2013) 1019-1137.
- ___, *Enc. Laudato Si*, AAS107(2015) 847-945.
- ___, *Exhort. Apost. Amoris Laetitia*, AAS 108(2016) 311-446.

- , *Exhort. Apost. Gaudete et exsultate*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html
- , *Carta Apost. Desiderio desideravi*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/20220629-lettera-ap-desiderio-desideravi.html
- , *Mensaje a los participantes en el simposio «Sacrosanctum Concilium. Gratitude y compromiso por un gran movimiento eclesial»*, 18.II.2014, https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2014/documents/papa-francesco_20140218_messaggio-simposio-sacrosanctum-concilium.html
- , *Homilía en la Santa Misa del III domingo de Cuaresma*, Parroquia romana de Ognissanti, 7.III.2015, https://www.vatican.va/content/francesco/it/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150307_omelia-parrocchia-ognissanti.html
- , *Homilía en la Misa en santa Marta*, 10.II.2014, <https://yorezoxelpapa.wordpress.com/francisco-desde-santa-marta/homilias-papa-francisco-ano-2014/homilias-del-papa-francisco-febrero-de-2014/>
- , *Audiencia General*, 8.IX.2017, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2017/documents/papa-francesco_20171108_udienza-generale.html
- , *Audiencia General*, 22.IX.2017, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2017/documents/papa-francesco_20171122_udienza-generale.html
- , *Audiencia General*, 04. IV.2018, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2018/documents/papa-francesco_20180404_udienza-generale.html
- CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA- CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO, *Jesucristo portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”*, 03.II.2003, https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/interelg/documents/rc_pc_interelg_doc_20030203_new-age_sp.html
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RITOS, *Decretus generale Maxima Redemptionis*, 16.XI.1955, AAS 47(1955) 838-847.

LIBROS Y ARTICULOS

- ALDAZÁBAL, J., ed., *Liturgia y vida espiritual*, Barcelona 1994.
- , *Vocabulario básico de liturgia*, Barcelona 2002³.
- AMBROSIO, *Los sacramentos y los misterios*, Sevilla 1991; org. Latín, *De sacramentis et de mysteriis*.
- SAN AGUSTÍN, *Obras completas. VIII. Cartas(1º)*, Madrid 1951.
- , *Obras completas. XIII. Tratados sobre el Evangelio de San Juan(1º)*, Madrid 1955.
- , *Obras completas. XXI. Enarraciones sobre los Salmos(3º)*, Madrid 1966.
- , *Obras completas. XXVI. Sermones(6º)*, Madrid 1985.
- , *Obras completas. XXIV. Sermones(4º)*, Madrid 1983
- , *Obras completas. XVI-XVII. De Civitate Dei*, Madrid 2006.

BIBLIOGRAFÍA

- ASTI, F., «Liturgia fonte della teología spirituale secondo la Sacrosanctum Concilium», *Revista Mysterion* 7(2014/2) 159-179.
- AUGÉ, M., *Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad*, Barcelona 1997².
- _____, *Elementi di spiritualità liturgica*; Jornada de renovación para el clero. Diócesis de Trivoli, 28-29 nov 2007.
- _____, «A cincuenta años de Sacrosanctum Concilium con una mirada al futuro de la reforma litúrgica», *Ph* 320 (2014) 159-178.
- BAROFFIO, B., «Sacerdocio», NDL(1987²), 1755-1778.
- BASURKO, X. –GOENAGA, J., «La vida litúrgico-sacramental de la Iglesia en su evolución histórica», en D. BOROBIO, *La celebración en la Iglesia I*, Salamanca 1985, 49-204.
- BEAUDUIN, L., *La piedad de la Iglesia*, Barcelona 1996; org. francés, *La piété de l'Église*, Bélgica 1914.
- BERNARD, CH., *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Madrid 1997; org. Italiano, *Teologia Spirituale*, 1989.
- BOROBIO, D., dir., *La celebración en la Iglesia, I. Liturgia y sacramentología fundamental*, Salamanca 1985.
- _____, «La liturgia, escuela de oración», *Ph* 197(1993) 361-372.
- _____, *Eucaristía*, Madrid 2000.
- _____, «Sacrosanctum Concilium y la reforma litúrgica del Vaticano II», Conferencia en el Aula de Teología, Universidad Pontificia de Salamanca, Santander 17.I.2012.
- CASEL, O., *El misterio del culto en el cristianismo*, Barcelona 2001; org. alemán, *Das Christliche Kultmysterium*, Regensburg 1932.
- CASTELLANO, J., «Celebración litúrgica y existencia cristiana», *Rev. Espirit.* 150 (1979) 49-69.
- _____, *Pedagogía de la oración cristiana*, Barcelona 1996.
- _____, «Liturgia, teología spirituale e spiritualità», *Teresianum* 52 (2001) 513-533.
- _____, *Liturgia de las horas. Teología y espiritualidad*, Barcelona 2003.
- _____, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia*, Barcelona 2006.
- CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, Madrid 2006.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata VI-VIII. Vida intelectual y religiosa del cristiano*, Madrid 2005.
- DANIÉLOU, J., *Sacramentos y culto según los Santos Padres*, Madrid 1964; org. Francés, *Bible et liturgie, la théologie biblique des sacrements et des fedes d'après les peres de l'église*, París 1964².
- DI BERARDINO, A., ed., *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, Salamanca 1991; org. italiano, *Dizionario Patristico e di Antichità cristiane*, Casale Monferrato 1983.
- Didajé*, Barcelona 1996.
- FARNÉS, P., «Oración litúrgica y oración personal. Diferencias y relaciones», *Liturgia y espiritualidad*, 27 (1995) 147-166.
- _____, «Espiritualidad litúrgica», *ScrTh* 29 (1997) 75-108.
- FLORES, J., «Sentido espiritual de la liturgia», *Ph* 54 (2014) 461-472.
- FRANQUESA, A., «La constitución en su contexto histórico», en C. MORCILLO, ed., *Concilio Vaticano II. Comentarios a la constitución sobre la sagrada liturgia*, Madrid 1965², 63-84.
- GAMARRA, S., *Teología espiritual*, Madrid 1994.

- GARCIA CORDERO, M., *Biblia comentada*. III. *Libros proféticos*, Madrid 1967.
- GARRIDO, M., «Proemio», en C. MORCILLO, ed., *Concilio Vaticano II. Comentarios a la constitución sobre la sagrada liturgia*, Madrid 1965², 116-175.
- GARRIDO, M., «Principios generales para la reforma de la liturgia», en C. MORCILLO, ed., *Concilio Vaticano II. Comentarios a la constitución sobre la sagrada liturgia*, Madrid 1965², 176-204.
- GONZALEZ, M., *Cristo, el misterio de Dios*, Madrid 1976.
- GREGORIO DE NISA, *La gran catequesis*, Madrid 1990.
- GRELOT, P., «*Liturgie et vie spirituelle. I. La liturgie dans l'Écriture*», DSp, 873-889.
- GUARDINI, R., *El espíritu de la liturgia*, Barcelona 2000².
- GUÉRANGER, P., *El año litúrgico*. I. *Adviento y navidad*, Burgos 1954.
- GY, P.-M., «*Liturgie et vie spirituelle. B. Liturgies occidentales*», DSp, 889-912.
- HAMMAN, A., «Espiritualidad», DP, 773.
- HIPÓLITO DE ROMA, *La Tradición apostólica*, Salamanca 1986.
- IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*, Lima 2000.
- JOUNEL, P., «Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II», en A. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, Barcelona 1987, 91-113.
- JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis bautismales*, Madrid 1995.
- JUSTINO, «Apología I», en D. RUIZ, *Padres apostólicos y apologistas griegos (s.II)*, Madrid 2002, 1019-1071.
- LANNE, E., «*Liturgie et vie spirituelle. II. Liturgie et vie spirituelle dans les Églises chrétiennes. Liturgie eucharistique en orient et en occident (1^{er}-4^e siècles)*», DSp, 890-899.
- LEÓN-DUFOUR, X., *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1983; org. francés, *Le partage du pain eucharistique selon le nouveau testament*, París 1983².
- , *Lectura del evangelio de Juan*, I. *Juan 1-4*, Salamanca 1989; org. francés, *Lecture de l'évangile selon Jean I*, París 1988.
- LÓPEZ, J., «Enseñar a orar a partir de la liturgia. El ritmo anual y diario de la oración», Ph 197(1993) 373-384.
- , *La liturgia de la Iglesia. Teología, historia, espiritualidad y pastoral*, Madrid 1996².
- MARSILI, S., «Principios de espiritualidad litúrgica», *Cuadernos Phase* 52(1994) 55-67.
- MARTIMORT, A., *La Iglesia en oración*, Barcelona 1987³.
- MOLINA, G., «La Sacrosanctum Concilium: planteamientos, logros y desafíos», *Cuestiones teológicas*, Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana 42 (2015) 71-99.
- MORCILLO, C., ed., *Concilio Vaticano II. Comentarios a la constitución sobre la sagrada liturgia*, Madrid 1965².
- NEUNHEUSER, B., «Espiritualidad litúrgica», NDL (1987²) 676-702.
- OFICINA PARA LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS DEL SUMO PONTÍFICE, «La liturgia, fuente de vida, de oración y de catequesis», 25.01.2012, https://www.vatican.va/news_services/liturgy/details/ns_lit_doc_20120125_liturgia-fonte_sp.html.
- OÑATIBIA, I., *Bautismo y confirmación*, Madrid 2000.
- ORDÓÑEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico*, Madrid 1978.
- RATZINGER, J., *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Madrid 2001.

BIBLIOGRAFÍA

- ___, *Un canto nuevo para el Señor*, Salamanca 2005²; org. alemán, *Ein neues Lied für den Herrn*, Friburgo, 1995.
- ___, *Obras completas*, XI. *Teología de la liturgia*, Madrid 2012.
- RATZINGER, J./BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. II. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid 2011, org. alemán, *Jesus von Nazareth-Vom Einzug in Jerusalem bis zur Auferstehung*, Roma 2011.
- RATZINGER, J.- SCHÖNBORN, C., *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 1995²; org. Alemán, *Kleine Hinführung zum Katechismus der Katholischen Kirche*, Munich 1993.
- RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia*, I. *Introducción general*, Madrid 2013².
- RIVERA, J. – IRABURU, J., *Síntesis de espiritualidad católica*, Pamplona 1989².
- ROCHETTA, C., *Los sacramentos de la fe. Estudio de la teología bíblica de los sacramentos como «acontecimientos de salvación» en el tiempo de la Iglesia*, II. *Sacramentología bíblica especial*, Salamanca 2002; org. Italiano, *I sacramenti della fede. Vol 2: sacramentologia biblica speciale*, Boloña 1997.
- ROYO, A., *Espiritualidad de los seglares*, Madrid 1967.
- RUIZ, D., *Padres Apostólicos. Edición bilingüe y completa*, BAC, Madrid 1985⁵.
- ___, *Padres Apostólicos y Apologistas griegos*, Madrid 2002.
- RUSSO, R., «Espiritualidad desde la liturgia», *Cuestiones teológicas* 42 (2015) 11-69.
- SÁNCHEZ, M., *La gracia como participación de la naturaleza divina según Santo Tomás de Aquino*, Ciudad del Vaticano 2021.
- SARTORE, D.-TRACCA, A., dir., *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987; org. Italiano, *Nuovo Dizionario di Liturgia*, Roma 1984².
- SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según san Juan*, I. *Introducción y capítulos 1-4*, Barcelona 1980; org. alemán, *Das Johannesevangelium*, Friburgo de Brisgovia 1979.
- SILVESTRE, J., «La liturgia de las horas, fuente de vida espiritual». Curso de actualización en Teología Litúrgica, Universidad de Navarra, Pamplona, 18.X.2012.
- SOLER, J., *Liturgia, fuente de la vida espiritual*, Barcelona 2000.
- TENA, P., «Sacrosanctum Concilium 50 años: una contemplación jubilar», *Ph* 320 (2014) 145-158.
- TERTULIANO, *El bautismo. La oración*. Madrid 2006.
- URDEIX, J., dir., *Sacrosanctum Concilium. Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II*, Cuadernos Phase, Barcelona 2004.
- VILLAR, J., «El sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio común de los fieles», *Ius canonicum* 51(2011) 29-41.
- VILLER, M. – al., *Dictionnaire de spiritualité. Ascétique et mystique. Doctrine et histoire*, IX, París 1975.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I: DATOS DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA EN LA REVELACIÓN	10
1. Datos de la Sagrada Escritura respecto de la liturgia y espiritualidad .	10
1.1 <i>Datos en el Antiguo Testamento</i>	11
1.2 <i>Datos en el Nuevo Testamento</i>	14
2. La espiritualidad litúrgica desde la Tradición de la Iglesia	20
2.1 <i>El aporte de los Padres de la Iglesia</i>	20
2.2 <i>La liturgia en relación con la espiritualidad cristiana después de la época patristica</i>	32
3. Consideraciones en el Magisterio de la Iglesia	35
3.1 <i>Antecedente: el movimiento litúrgico y La búsqueda de renovación litúrgica en clave espiritual</i>	35
3.2 <i>Magisterio pontificio desde el siglo XX</i>	41
3.3 <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i>	51
CAPÍTULO II: PANORAMA DE LA LITURGIA DESDE LA CONSTITUCIÓN SACROSANCTUM CONCILIIUM.....	55
1. Concepción de liturgia	56
1.1 <i>La liturgia es obra de Dios</i>	60
1.2 <i>La liturgia en relación con la historia de salvación</i>	62
2. Liturgia y espiritualidad desde la Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i>	65
2.1 <i>Relación entre liturgia y espiritualidad</i>	65
2.2 <i>La participación activa de los fieles y el desarrollo de la espiritualidad</i>	69

ÍNDICE GENERAL

2.3 <i>El sacerdocio común como base de la espiritualidad litúrgica</i>	73
CAPÍTULO III: LA LITURGIA COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD	
CRISTIANA	80
1. Concepción de espiritualidad cristiana en la Iglesia católica	81
2. Nociones de espiritualidad litúrgica	86
3. La espiritualidad cristiana se nutre de la liturgia	92
3.1 <i>Desde la liturgia, el llamado a ser hijo de Dios (Bautismo)</i>	94
3.2 <i>Desde la liturgia, el impulso a la misión (Confirmación)</i>	100
3.3 <i>Desde la liturgia, la comunión en la Iglesia y el servicio a los demás (Eucaristía)</i>	105
3.4 <i>Desde la liturgia, se enriquece la vida de oración</i>	110
3.5 <i>Desde la liturgia, se vive la santificación del tiempo</i>	114
4. Espiritualidad litúrgica y relación con las demás “espiritualidades” ..	118
5. Perspectivas del desarrollo de espiritualidad litúrgica en los fieles	122
CONCLUSIONES	130
SIGLAS Y ABREVIATURAS	137
BIBLIOGRAFÍA	139
ÍNDICE GENERAL	144